

Entrevista Díaz-Creelman

James Creelman



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2016



Entrevista Díaz-Creelman

James Creelman



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2016

Entrevista Díaz-Creelman

Resumen

Durante la primera década del siglo XX, que coincidió con la penúltima reelección del dictador Porfirio Díaz, así como con la cercanía del octogésimo aniversario de su nacimiento, el periodista norteamericano había logrado entrevistar al hombre fuerte de México, quien desde 1877 impuso su ley y su paz a un país que, desde su independencia, venía desangrándose constantemente en luchas fratricidas e intervenciones extranjeras. Para 1908, año de tal entrevista, el país parecía maduro para asumir un cambio político. Y así lo manifestó Díaz pero, aunque declaró que sería su última permanencia en la presidencia, nadie le creyó; sin embargo, había la necesidad de creer en esas palabras y por ello el éxito inusitado de la entrevista, que muy pronto se tradujo del inglés al español y se conoció muy ampliamente en todo el país. Sabido es que esta entrevista, en la que Díaz pareció sincero, despertó la conciencia nacional y fue el pivote que, junto con otros factores, desencadenó el movimiento revolucionario que encabezó Madero.

Abstract

During the first decade of the 20th century, which coincided with the penultimate reelection of dictator, Porfirio Díaz and the proximity of his 80th birthday, the North American journalist had manged to interview Mexico's strongman who, since 1877, had imposed his law and his peace on a country which, since his independence, had shed an enormous amount of blood in fratricidal fights and foreign interventions. By 1908, the year of this interview, the country appeared ready to assume a political change. This is what Díaz had said, but although he had declared that it would be his last stint in the presidency, no-one believed him. However, it was necessary to believe in those words, hence the unexpected success of the interview, which was soon translated from English into Spanish and widely published throughout the country. It is a well-known fact that this interview, in which Díaz appeared to be sincere, awakened the national conscience and was the pivot which, together with other factors, triggered the revolutionary movement led by Madero.



ENTREVISTA DÍAZ-CREELMAN

James Creelman

Cuadernos Serie Documental / 2

Mario Julio del Campo (traducción)
José María Luján (prólogo)
Álvaro Matute (prólogo a la segunda edición)

Primera edición electrónica en epub: 2016, de acuerdo con la segunda edición en papel de 2008

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, Ciudad de México

ISBN 978-607-02-8113-6

Creelman, James, autor.
Entrevista Díaz-Creelman / James Creelman ; traducción de Mario Julio del Campo ; prólogo a la segunda edición, Álvaro Matute ; prólogo José María Luján. – Segunda edición. – (Cuadernos Serie Documental ; 2)
1 recurso electrónico
Libro epub
ISBN 978-607-02-8113-6
1. Díaz Porfirio, 1830-1915. 2. México – Presidentes – Entrevistas. I. Campo, Mario Julio del, traductor. II. Matute, Álvaro, prologuista. III. Luján, José María, prologuista. IV. Título. V. Serie.

Cómo citar:
Creelman, James, *Entrevista Díaz-Creelman* (primera edición EPUB), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2016 (Cuadernos Serie Documental, 2).

ENTREVISTA DÍAZ-CREELMAN
Libro electrónico editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, se terminó de producir el 30 de junio de 2016.
La edición electrónica en formato epub 2.0 (9.14 MB) estuvo a cargo de Sigma Servicios Editoriales, Copal 41, manzana 12, lote 7, Pedregal de Santo Domingo, 04369. Coyoacán, Ciudad de México.
Participaron en la edición: Rosalba Cruz (edición del proyecto), Natzi Vilchis (edición técnica), Carmen Fragano (administración de contenidos), Cristina Estrada (digitalización) y Mónica Torres (verificación de contenidos)

Hecho en México



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 2016

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

El gran tema en torno a la aptitud del pueblo mexicano para la democracia ocupó la mente de aquellos que se interesaron en el futuro político del país. Esto ocurrió durante el primer decenio del siglo XX, sobre todo a partir de que escritores políticos como Manuel Calero lo hicieron circular. Fue aun más acentuado cuando Francisco Bulnes pronunció su famoso discurso en el que justifica la sexta reelección del general Porfirio Díaz, a la vez que el periodo presidencial aumentaba de cuatro a seis años. Esto quería decir que la última presidencia de Díaz debía concluir en el emblemático año de 1910. Conforme se acercaba dicho término, la especulación crecía y, en la mayoría de los casos, otorgaba calificación reprobatoria al poner en tela de juicio tal aptitud. Querido y Manrique Moheno la negaban, como también lo haría Esteban Maqueo Castellanos, entre algunos. De ahí que resulte especialmente interesante que aquellos a quienes la historia mexicana haría antagonistas en 1910, es decir, el presidente Díaz y el opositor Francisco I. Madero, afirmaran que el pueblo mexicano sí estaba apto para ejercer la democracia. Madero lo hacía para complementar sus argumentos contrarios al largo gobierno autocrático encabezado por el oaxaqueño. Y, sin embargo, éste expresa satisfecho que, gracias a su gestión, ya había una clase media capaz de ejercer un gobierno democrático. ¿Cinismo? Vale la pena ver su declaración en el contexto en el que la manifestó, la *Entrevista Díaz-Creelman*, que ahora tiene el lector en sus

manos.

La entrevista que le hiciera el periodista norteamericano James Creelman (1859-1915) al presidente Porfirio Díaz es uno de los documentos políticos más importantes del momento histórico en que fue producido, por lo que significa como anuncio conclusivo de una era y el advenimiento de otra. Mucho se ha especulado acerca de ella y se seguirá especulando. No es un documento cerrado, sobre el cual haya sido expresado todo cuanto sugiere, ya sea el documento en sí ya la circunstancia alrededor del mismo: si fue preparada por José Ives Limantour o si él se enteró de ella al leer el periódico cuando fue publicada, como afirma en sus *Apuntes sobre mi vida pública.*

Los políticos en su tiempo y los historiadores posteriormente han dejado correr mucha tinta en torno a la famosa entrevista. Periodista afamado, Creelman era reportero del *Pearson's Magazine.* En el aire estaba la posibilidad de que el presidente de los Estados Unidos Theodore Roosevelt se presentara una vez más a buscar la reelección, lo cual era inusual, después de haberlo hecho dos veces. Aparentemente, el motivo de la entrevista era acercarse a quien por séptima vez había sido presidente constitucional de México. Había más elementos, desde luego.

La entrevista es interesante por lo que ofreció a los lectores de habla inglesa, y desde luego a quienes tuvieron ante sus ojos las traducciones al español que reprodujo la prensa mexicana en 1908. Contiene rasgos biográficos del presidente, así como sus opiniones acerca de sí mismo y del desarrollo del país. Es, sin duda, una de las pocas expresiones de Porfirio Díaz que ponen de manifiesto lo que podría

considerarse su pensamiento político. Destaca su opinión sobre la clase media, a la que le otorga la responsabilidad del futuro político del país. Los ricos están ocupados en su riqueza y los pobres en su manutención. Pensar en términos políticos es patrimonio de una clase media que estaba ahí, implícitamente, gracias a su gobierno. Su retórica es la de un padre orgulloso.

La gran especulación sobre ella proviene de su anuncio de retiro para 1910, que no fue cumplido. Muchos aseguran que mentía descaradamente al haberle anunciado eso a Creelman; otros prefieren concederle el beneficio de la duda. El caso es que no cumplió la promesa.

Creelman escribió posteriormente un libro dedicado al para entonces ya depuesto presidente, en 1911, titulado *Díaz, Master of México,* que ha caído en el olvido.

La *Entrevista Díaz-Creelman* sigue teniendo mucho interés no sólo para los historiadores. Escrita para el público general en su momento, puede ser apreciada por el mismo cien años después de su publicación original. El Instituto de Investigaciones Históricas tuvo la iniciativa de hacer circular una edición facsimilar en 1963 a sugerencia del maestro José María Luján, destacado profesor de Porfirismo y Revolución en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, quien le antepuso un breve prólogo. Entre esa fecha y el centenario de la entrevista han transcurrido cuarenta y cinco años, lo cual, así como el centenario del documento, justifica esta nueva edición. La traducción que la acompaña, no muy bien lograda, ha sido sometida a revisión, para ofrecer un texto más fiel. Los lectores de lengua inglesa disfrutarán la versión original, tal como apareció en el *Pearson's Magazine.*

Otro gran documento, del cual se ha hecho una gran cantidad de ediciones facsimilares, es *La sucesión presidencial en 1910,* libro con el que Francisco I. Madero dejó de ser un político local en su estado natal de Coahuila, para convertirse en la figura nacional que llegó a ser, y luego ocupar un lugar indiscutible en la historia. La lectura y cotejo de las declaraciones del viejo autócrata con el análisis del joven político norteño, cien años después de haber sido dadas a conocer, invita e incita a la reflexión histórica y política acerca de ese tema fundamental que es y seguirá siendo la democracia en México.

ÁLVARO MATUTE

Marzo de 2008

PRÓLOGO

La mayoría de los autores que escriben acerca de la última parte del porfirismo o de los inicios de la Revolución da una extraordinaria importancia a la efervescencia política que provocó la entrevista Díaz-Creelman. Y, en efecto, así fue.

Tan luego como el *Pearson's Magazine* publicó en su número correspondiente a marzo de 1908 el texto de la entrevista, ésta fue inmediatamente traducida y publicada por *El Imparcial*; los periódicos provincianos la reprodujeron en su totalidad y la prensa de otros países publicó los pasajes más importantes y los comentarios respectivos. Díaz era una personalidad que había brincado las fronteras.

El Partido Antirreeleccionista sufrió un colapso; si Díaz no se presentaba como candidato, el partido habría perdido su razón de ser. Los "Reyistas" consideraron que la retirada de Díaz era su mejor oportunidad y los "Científicos" pensaron que, al fin, su candidato Limantour sería presidente de la república.

Clubes políticos surgieron en todo el país. Hubo reuniones de carácter político en toda la provincia. Se hablaba de la renovación de los gobernadores, de quiénes tenían posibilidades de ser senadores en el futuro y de cuáles serían los diputados que colaborarían con el próximo presidente.

Los acreedores de México preguntaron desde sus oficinas en Nueva York, París o Londres qué perspectivas políticas había para el futuro; y los abogados de las compañías extranjeras

remitieron a sus poderdantes largos pliegos con lucubraciones, generalmente líricas, acerca del futuro político de México.

Se comprendió entonces, en toda su fuerza, la exactitud de la afirmación de Bulnes, cuando el 21 de junio de 1903, esto es, cinco años antes, había dicho: "La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias."

La inquietud política, adormecida por treinta años de porfirismo, surgió nuevamente, con toda la explosiva potencia que había tenido antes de 1877.

¿Pero qué fue lo que dijo Díaz? A más de cincuenta años de distancia nos parece desproporcionada la agitación que sus palabras provocaron; lo que dijo textualmente fue: "No importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios; me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré ya ochenta años." ¡Cuántas veces antes había dicho Díaz las mismas palabras! ¡Cuántas veces antes se había retirado!

Pero, en realidad, lo que tenía mayor importancia en 1908 era que Díaz tendría ochenta años. El régimen estaba carcomido; se caía, no de ineficacia, no de ineptitud, sino de falta de transformación. Díaz había cambiado el país; Díaz había hecho la paz —la paz de los sepulcros o la paz porfiriana—, pero la paz; y en los treinta años de pacífico gobierno habían surgido nuevos hombres, nuevas tendencias, nuevas ambiciones: un México nuevo, en suma, distinto por completo al México de la Chinaca.

Las botas federicas habían dejado su lugar a los zapatos de corte francés; el vestido de charro había desaparecido para dar lugar a la levita cruzada; el bastón sustituyó al sable, y sólo permanecía viva “la matona”, reproducida en las caricaturas políticas.

Ya no era una hazaña de hombres rudos dedicarse al campo; los bandidos de Río Frío y los asaltantes de Salazar habían sido controlados por los rurales y los últimos indios bravos habían muerto en el norte a manos del coronel Joaquín Terrazas. Pero Díaz, sus colaboradores y sus sistemas eran los mismos.

Díaz nada nuevo dijo a Creelman, pero el pueblo, el público, el país, tenían ganas de creerlo, y, más que ganas, necesidad de creerlo. No había paz en las conciencias.

En vista de la importancia de la entrevista, el Instituto de Historia hace la presente publicación, reproduciendo en forma facsimilar el original publicado por el *Pearson’s Magazine* y, a continuación, la traducción hecha por Mario Julio del Campo, que esperamos sea de utilidad para quienes se interesan por la historia.

JOSÉ MARÍA LUJÁN

FACSÍMIL

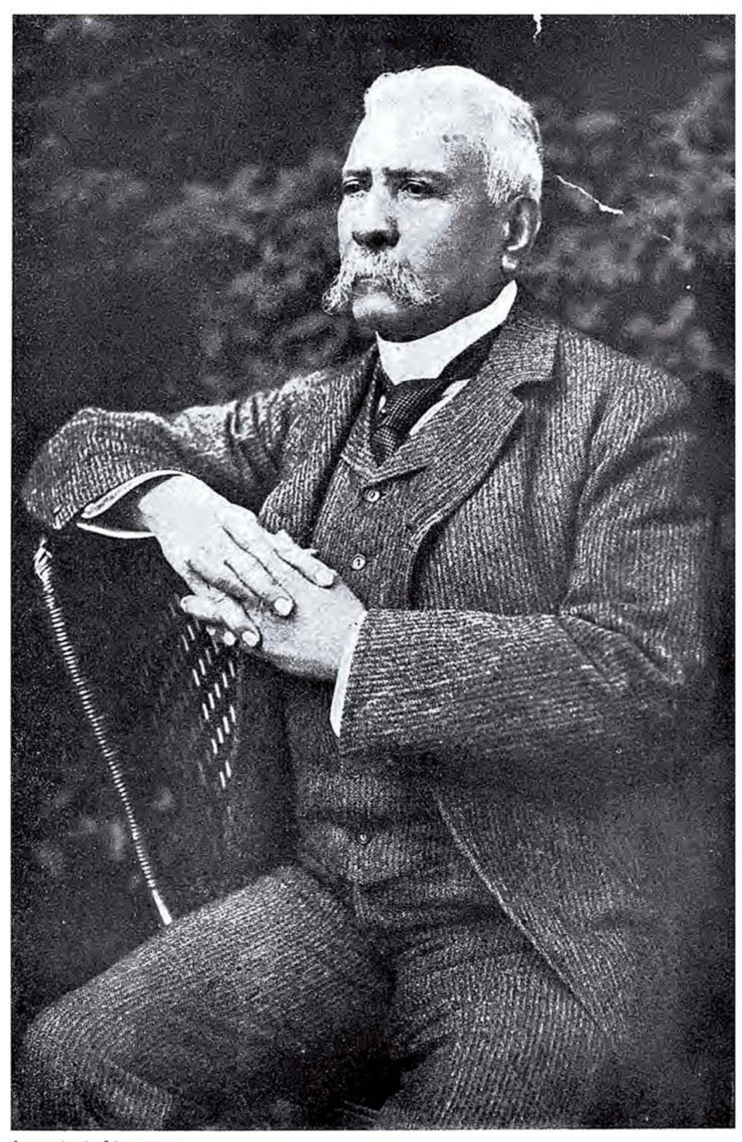
President Díaz, Hero of the Americas

FACSÍMIL



MARCH

[III]



Photographed by Cabon, Mexico

PRESIDENT PORFIRIO DIAZ, THE CREATOR AND HERO OF MODERN MEXICO, AS HE WAS A FEW WEEKS AGO AT THE AGE OF SEVENTY-SEVEN YEARS

[IV]

PEARSON'S MAGAZINE

VOL. XIX MARCH, 1908 NO. 3



Photographed by Percy Cox, Mexico

THE MEETING OF TWO CIVILIZATIONS IN MEXICO TO-DAY

PRESIDENT DIAZ

Hero of the Americas

By JAMES CREELMAN

In this remarkable article the greatest man of the continent speaks fully to the world through Pearson's Magazine. By previous arrangement Mr. Creelman went to Mexico and was received at Chapultepec Castle. He had unusual opportunities for conversation with President Diaz and has brought out with great clearness the dramatic and impressive contrast between his stern, autocratic government and his stirring tribute to the democratic idea. Through Mr. Creelman the President announces his unchangeable intention to retire from power, and predicts a peaceful future for Mexico under free institutions. The story of a nation-maker.—EDITOR.



FROM the heights of Chapultepec Castle President Diaz looked down upon the venerable capital of his country, spread out on a vast plain, with a ring of mountains flung up grandly about it, and I, who had come nearly four thousand miles from New York to see the master and hero of modern Mexico—the inscrutable leader in whose veins is blended the blood of the primitive Mixtecs with that of the invading Spaniards—watched the slender, erect form, the strong, soldierly head and commanding, but sensitive, countenance with an interest beyond words to express.

A high, wide forehead that slopes up to crisp white hair and overhangs deep-set, dark brown eyes that search your soul, soften



TERRACE OF CHAPULTEPEC CASTLE, WHERE MR. CREELMAN TALKED WITH PRESIDENT DIAZ. ON THE CEILING WILL BE NOTICED SOME OF THE POMPEIAN DECORATIONS ORDERED BY THE HAPLESS EMPEROR MAXIMILIAN

into inexpressible kindliness and then dart quick side looks—terrible eyes, threatening eyes, loving, confiding, humorous eyes—a straight, powerful, broad and somewhat fleshy nose, whose curved nostrils lift and dilate with every emotion; huge, virile jaws that sweep from large, flat, fine ears, set close to the head, to the tremendous, square, fighting chin; a wide, firm mouth shaded by a white mustache; a full, short, muscular neck; wide shoulders, deep chest; a curiously tense and rigid carriage that gives great distinction to a personality suggestive of singular power and dignity—that is Porfirio Diaz in his seventy-eighth year, as I saw him a few weeks ago on the spot where, forty years before, he stood—with his besieging army surrounding the City of Mexico, and the young Emperor Maximilian being shot to death in Querétaro, beyond those blue mountains to the north—waiting grimly for the thrilling end of the last interference of European monarchy with the republics of America.

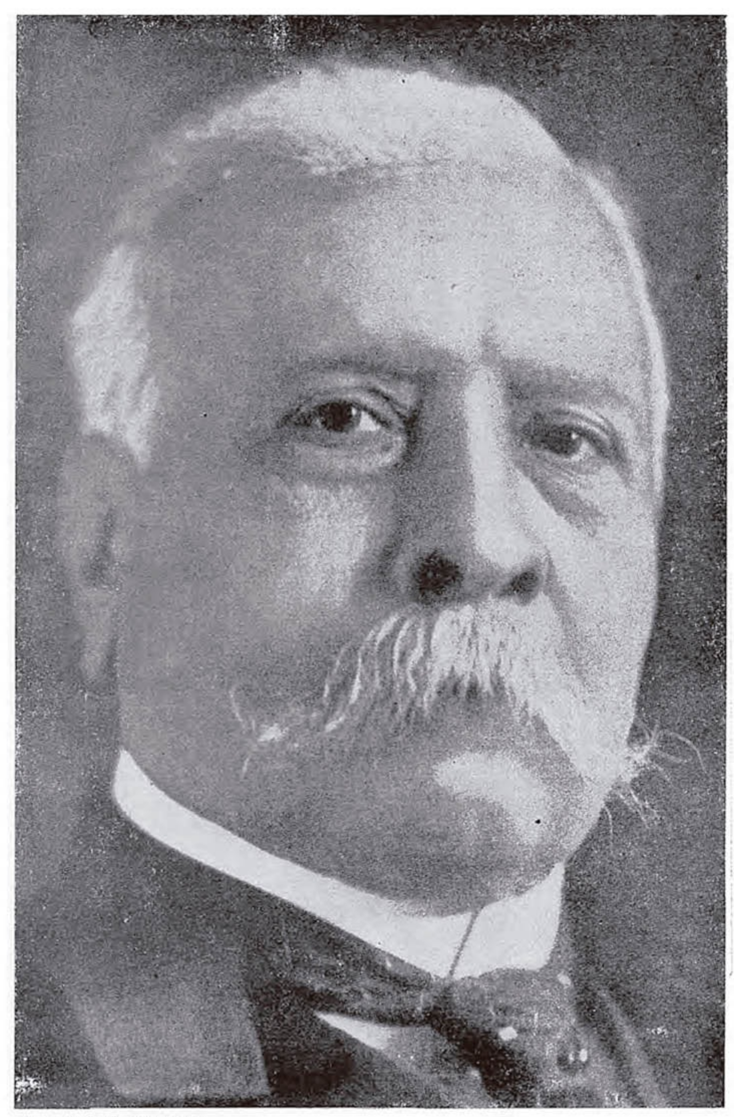
It is the intense, magnetic something in the wide-open, fearless, dark eyes and the sense of nervous challenge in the sensitive, spread nostrils, that seem to connect the man with the immensity of the landscape, as some elemental force.

There is not a more romantic or heroic figure in all the world, nor one more intensely watched by both the friends and foes of democracy, than the soldier-statesman, whose adventurous youth pales the pages of Dumas, and whose iron rule has converted the warring, ignorant, superstitious and impoverished masses of Mexico, oppressed by centuries of Spanish cruelty and greed, into a strong, steady, peaceful, debt-paying and progressive nation.

For twenty-seven years he has governed the Mexican Republic with such power that national elections have become mere formalities. He might easily have set a crown upon his head.

Yet to-day, in the supremacy of his career, this astonishing man—foremost figure of the American hemisphere and unreadable mystery to students of human government—announces that he will insist on retiring from the Presidency at the end of his present term, so that he may see his successor peacefully established and that, with his assistance, the people of the Mexican Republic may show the world that they have entered serenely and preparedly upon the last complete phase of their liberties, that the nation is emerging from ignorance and revolutionary passion, and that it can choose and change presidents without weakness or war.

It is something to come from the money-mad gambling congeries of Wall Street and in the same week to stand on the rock of Chapultepec, in surroundings of almost unreal



Photographed by Percy Cox, Mexico

THIS REMARKABLE PHOTOGRAPH, MADE EXPRESSLY FOR PEARSON'S MAGAZINE, SHOWS THE POWER, COURAGE AND ENERGY IN PRESIDENT DIAZ'S COUNTENANCE. WHEN HE IS AROUSED HIS EYES OPEN WIDE AND DEEPEN IN COLOR AND HIS NOSTRILS SPREAD. YET, IN SPITE OF THE TERRIFIC FORCE WHICH HE SUGGESTS AT SUCH A MOMENT, HIS SIMPLE DIGNITY IS ALWAYS APPARENT

[VII]



IHE MEXICAN NATIONAL PALACE. PRESIDENT DIAZ'S OFFICE IS IN THE RIGHT-HAND CORNER. SECRETARY OF FINANCES

grandeur and loveliness, beside one who is said to have transformed a republic into an autocracy by the absolute compulsion of courage and character, and to hear him speak of democracy as the hope of mankind.

This, too, at a time when the American soul shudders at the mere thought of a third term for any President.

The President surveyed the majestic, sunlit scene below the ancient castle and turned away with a smile, brushing a curtain of scarlet trumpet-flowers and vine-like pink geraniums as he moved along the terrace toward the inner garden, where a fountain set among palms and flowers sparkled with water from the spring at which Montezuma used to drink, under the mighty cypresses that still rear their branches about the rock on which we stood.

"It is a mistake to suppose that the future of democracy in Mexico has been endangered by the long continuance in office of one President," he said quietly. "I can say sincerely that office has not corrupted my political ideals and that I believe democracy to be the one true, just principle of government, although in practice it is possible only to highly developed peoples."

For a moment the straight figure paused and the brown eyes looked over the great valley to where snow-covered Popocatapetl lifted its volcanic peak nearly eighteen thousand feet among the clouds beside the snowy craters of Ixtaccihuatl—a land of dead volcanoes, human and otherwise.

"I can lay down the Presidency of Mexico without a pang of regret, but I cannot cease to serve this country while I live," he added.

The sun shone full in the President's face but his eyes did not shrink from the ordeal. The green landscape, the smoking city, the blue tumult of mountains, the thin, exhila-



LIMANTOUR OCCUPIES THE LEFT-HAND CORNER   THESE ARE THE TWO GREAT ADMINISTRATORS OF THE NATION

rating, scented air, seemed to stir him, and the color came to his cheeks as he clasped his hands behind him and threw his head backward. His nostrils opened wide.

"You know that in the United States we are troubled about the question of electing a President for three terms?"

He smiled and then looked grave, nodding his head gently and pursing his lips. It is hard to describe the look of concentrated interest that suddenly came into his strong, intelligent countenance.

"Yes, yes, I know," he replied. "It is a natural sentiment of democratic peoples that their officials should be often changed. I agree with that sentiment."

It seemed hard to realize that I was listening to a soldier who had ruled a republic continuously for more than a quarter of a century with a personal authority unknown to most kings. Yet he spoke with a simple and convincing manner, as one whose place was great and secure beyond the need of hypocrisy.

"It is quite true that when a man has occupied a powerful office for a very long time he is likely to begin to look upon it as his personal property, and it is well that a free people should guard themselves against the tendencies of individual ambition.

"Yet the abstract theories of democracy and the practical, effective application of them are often necessarily different—that is when you are seeking for the substance rather than the mere form.

"I can see no good reason why President Roosevelt should not be elected again if a majority of the American people desire to have him continue in office. I believe that he has thought more of his country than of himself. He has done and is doing a great work for the United States, a work that will

cause him, whether he serves again or not, to be remembered in history as one of the great Presidents. I look upon the trusts as a great and real power in the United States, and President Roosevelt has had the patriotism and courage to defy them. Mankind understands the meaning of his attitude and its bearing upon the future. He stands before the world as a statesman whose victories have been moral victories.

"In my judgment the fight to restrain the power of the trusts and keep them from oppressing the people of the United States marks one of the most important and significant periods in your history. Mr. Roosevelt has faced the crisis like a great man.

"There can be no doubt that Mr. Roosevelt is a strong, pure man, a patriot who understands his country and loves it well. The American fear of a third term seems to me to be without any just reason. There can be no question of principle in the matter if a majority of the people of the United States approve his policies and want him to continue his work. That is the real, the vital thing—whether a majority of the people need him and desire him to go on.

"Here in Mexico we have had different conditions. I received this Government from the hands of a victorious army at a time when the people were divided and unprepared for the exercise of the extreme principles of democratic government. To have thrown upon the masses the whole responsibility of government at once would have produced conditions that might have discredited the cause of free government.

"Yet, although I got power at first from the army, an election was held as soon as possible and then my authority came from



Photographed by Waite, Mexico

DIAZ, THE SOLDIER, IN THE FIELD

[X]



Photographed by Percy Cox, Mexico

HERE ARE OLD MEXICO AND NEW MEXICO FACE TO FACE

the people. I have tried to leave the Presidency several times, but it has been pressed upon me and I remained in office for the sake of the nation which trusted me. The fact that the price of Mexican securities dropped eleven points when I was ill at Cuernavaca indicates the kind of evidence that persuaded me to overcome my personal inclination to retire to private life.

"We preserved the republican and democratic form of government. We defended the theory and kept it intact. Yet we adopted a patriarchal policy in the actual administration of the nation's affairs, guiding and restraining popular tendencies, with full faith that an enforced peace would allow education, industry and commerce to develop elements of stability and unity in a naturally intelligent, gentle and affectionate people.

"I have waited patiently for the day when the people of the Mexican Republic would be prepared to choose and change their government at every election without danger of armed revolutions and without injury to the national credit or interference with national progress. I believe that day has come."

Again the soldierly figure turned toward the glorious scene lying between the mountains. It was plain to see that the President was deeply moved. The strong face was as sensitive as a child's. The dark eyes were moist.

And what an unforgetable vision of color, movement and romance it was!

Beneath the giant trees still surrounding the rock of Chapultepec—the only rise in the flat valley—Montezuma, the Aztec monarch, used to walk in his hours of ease before Cortés and Alvarado came with the cross of Christ and the pitiless sword of Spain, to be followed by three hundred terrible years in which the country writhed and wept under sixty-two Spanish viceroys and five governors, to be succeeded by a ridiculous native emperor and a succession of dictators and presidents, with the Emperor Maximilian's invasion between, until Diaz, the hero of fifty battles, decided that Mexico should cease to fight, and learn to work and pay her debts.

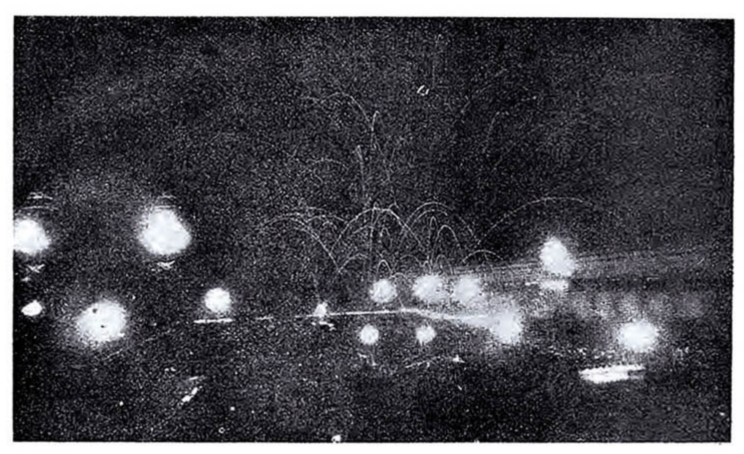


GENERAL DIAZ IN FULL UNIFORM

Here, on the hillside of Chapultepec, were red and white roses blooming in December, passion flowers, daisies, strange splashes of scarlet blossoms; white jessamine wreathing itself over rocks sculptured by the Aztecs; stretches of blue myrtles that made the heart leap with an emotion born of color; violets, poppies, lilies, laurels.

To the rear was the pink-walled, crumbling mill where Winfield Scott stood with his artillery in 1847, when swift lines of American bayonets came through the swamp, the cypresses and the laurels, and the American flag was borne to the summit of Chapultepec over the dead bodies of the gallant young Mexican cadets whose white monument is decorated once a year by American veterans.

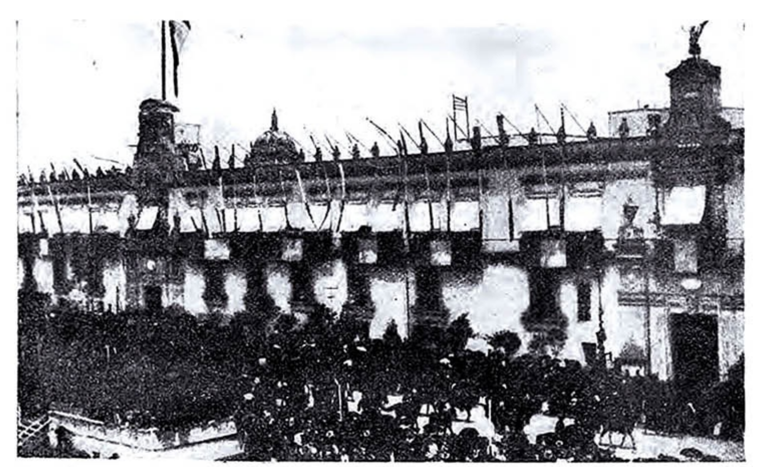
As we paced the castle terrace we could see long processions of Mexican Indians, accompanied by their wives and children, with monstrous hats, bright-colored blankets and bare or sandaled feet, moving continuously from all parts of the valley and from the mountain passes toward Guadalupe; and two days later I was to see a hundred thousand aboriginal Americans gather about that holiest of American shrines, where, under a crown of emeralds, rubies, diamonds and sapphires that cost thirty thousand dollars merely to fashion, and before a multitude of



Photographed by Waite. Mexico

THERE HANGS ON THE FRONT OF THE NATIONAL PALACE, THE CHURCH BELL WHICH THE PRIEST HIDALGO RANG ON THE NIGHT OF SEPTEMBER 15TH, 1810, AS THE SIGNAL FOR THE WAR FOR INDEPENDENCE. AT ELEVEN O'CLOCK ON EACH ANNIVERSARY NIGHT PRESIDENT DIAZ APPEARS ON A BALCONY, RINGS THIS BELL AND GIVES A CHEER FOR FREE MEXICO THE ABOVE PICTURE SHOWS THE SCENE AN INSTANT AFTER THE BELL IS HEARD

blanketed Indians, kneeling with their wives and babies, holding lighted candles and flowers, and worshipping with a devotion that smote the most cynical spectator into reverence, the resplendent Archbishop of Mexico celebrated mass before the altar-enclosed



Photographed by Waite, Mexico

THIS SHOWS THE PROCESSION PASSING THE PALACE ON THE FOLLOWING DAY

blanket of the pious Indian, Juan Diego, upon whose woven surface the image of the Virgin of Guadalupe appeared in 1531.

We could faintly see the little chapel on the hill where the holy blanket originally hung. Before its door Santa Anna, the dictator, who overthrew the native emperor, Iturbide, ceded to the conquering forces of the United States, for fifteen million dollars, California, Nevada, Utah, part of Colorado and most of New Mexico and Arizona, which, with Texas, brought about eight hundred and fifty thousand square miles of Mexican territory under the Stars and Stripes—and this, nine days after gold was discovered in California.

In the little cemetery beside that chapel is the neglected grave of the dictator Santa Anna, and in the jumble of the city we could discern the roof of the church in which, with glittering pomp, he buried his amputated leg, which was afterward torn from its tomb by a jeering mob, who tied it to a rope and dragged it joyously through the streets.



PRESIDENT DIAZ HUNTING IN THE MOUNTAINS, AT THE AGE OF SEVENTY-FIVE YEARS MARK THE ERECTNESS AND VIGOR OF THE FIGURE, THE STRENGTH AND BEARING OF THE MAN, COMPARED WITH HIS YOUNGER COMPANIONS! THIS SNAP-SHOT WAS MADE THROUGH THE CAMERA OF HIS SON

"It is commonly held that true democratic institutions are impossible in a country which has no middle class," I suggested.

President Diaz turned, with a keen look, and nodded his head.

"It is true," he said. "Mexico has a middle class now; but she had none before. The middle class is the active element of society, here as elsewhere.

"The rich are too much preoccupied in their riches and in their dignities to be of much use in advancing the general welfare. Their children do not try very hard to improve their education or their character.

"On the other hand, the poor are usually too ignorant to have power.

"It is upon the middle class, drawn largely from the poor, but somewhat from the rich, the active, hard-working, self-improving middle class, that a democracy must depend for its development. It is the middle class that concerns itself with politics and with the general progress.

"In the old days we had no middle class in Mexico because the minds of the people and their energies were wholly absorbed in politics and war. Spanish tyranny and misgovernment had disorganized society. The productive activities of the nation were abandoned in successive struggles. There was general confusion. Neither life nor property was safe. A middle class could not appear under such conditions."

"General Diaz," I interrupted, "you have had an unprecedented experience in the history of republics. For thirty years the destinies of this nation have been in your hands, to mold them as you will; but men die, while nations must continue to live. Do you believe that Mexico can continue to exist in peace as a republic? Are you satisfied that its future is assured under free institutions?"

It was worth while to have come from New York to Chapultepec Castle to see the

in our people, I fear. But the nation has grown and it loves liberty. Our difficulty has been that the people do not concern themselves enough about public matters for a democracy. The individual Mexican as a rule thinks much about his own rights and is always ready to assert them. But he does not think so much about the rights of others. He thinks of his privileges, but not of his duties. Capacity for self-restraint is the basis of democratic government, and self-restraint is possible only to those who recognize the rights of their neighbors.

"The Indians, who are more than half of our population, care little for politics. They are accustomed to look to those in authority for leadership instead of thinking for themselves. That is a tendency they inherited from the Spaniards, who taught them to refrain from meddling in public affairs and rely on the Government for guidance.



PRESIDENT DIAZ STANDS ON THE RIGHT. BEHIND HIM HANG THE DEER KILLED BY HIM, AT THE AGE OF SEVENTY-FIVE YEARS, IN TWO DAYS' HARD HUNTING. THE SNAP-SHOT WAS MADE BY HIS SON

hero's face at that moment. Strength, patriotism, warriorship, prophethood seemed suddenly to shine in his brown eyes.

"The future of Mexico is assured," he said in a clear voice. "The principles of democracy have not been planted very deep

"Yet I firmly believe that the principles of democracy have grown and will grow in Mexico."

"But you have no opposition party in the Republic, Mr. President. How can free institutions flourish when there is no opposition

to keep the majority, or governing party, in check?"

"It is true there is no opposition party. I have so many friends in the republic that my enemies seem unwilling to identify themselves with so small a minority. I appreciate the kindness of my friends and the confidence of my country; but such absolute confidence imposes responsibilities and duties that tire me more and more.

"No matter what my friends and supporters say, I retire when my present term of office ends, and I shall not serve again. I shall be eighty years old then.

"My country has relied on me and it has been kind to me. My friends have praised my merits and overlooked my faults. But they may not be willing to deal so generously with my successor and he may need my advice and support; therefore I desire to be alive when he assumes office so that I may help him."

He folded his arms over his deep chest and spoke with great emphasis.

"I welcome an opposition party in the Mexican Republic," he said. "If it appears, I will regard it as a blessing, not as an evil. And if it can develop power, not to exploit but to govern, I will stand by it, support it, advise it and forget myself in the successful inauguration of complete democratic government in the country.

"It is enough for me that I have seen Mexico rise among the peaceful and useful nations. I have no desire to continue in the Presidency. This nation is ready for her ultimate life of freedom. At the age of seventy-seven years I am satisfied with robust health. That is one thing which neither law nor force can create. I would not exchange it for all the millions of your American oil king."

His ruddy skin, sparkling eyes and light, elastic step went well with his words. For one who has endured the privations of war and imprisonment, and who to-day rises at six o'clock in the morning, working until late at night at the full of his powers, the physical condition of President Diaz, who is even now a notable hunter and who usually ascends the palace stairway two steps at a time, is almost unbelievable.



PRESIDENT DIAZ DINING WITH HIS HUNTING COMPANIONS IN THE FOREST

"The railway has played a great part in the peace of Mexico," he continued. "When I became President at first there were only two small lines, one connecting the capital with Vera Cruz, the other connecting it with Querétaro. Now we have more than nine-

[XVI]



Copyright by Waite, Mexico

THE MASTER OF MEXICO IN HIS OFFICIAL CHAIR

[XVII]

teen thousand miles of railways. Then we had a slow and costly mail service, carried on by stage coaches, and the mail coach between the capital and Puebla would be stopped by highwaymen two or three times in a trip, the last robbers to attack it generally finding nothing left to steal. Now we have a cheap, safe and fairly rapid mail service throughout the country with more than twenty-two hundred post-offices. Telegraphing was a difficult thing in those times. To-day we have more than forty-five thousand miles of telegraph wires in operation.

"We began by making robbery punishable by death and compelling the execution of offenders within a few hours after they were caught and condemned. We ordered that wherever telegraph wires were cut and the chief officer of the district did not catch the criminal, he should himself suffer; and in case the cutting occurred on a plantation the proprietor who failed to prevent it should be hanged to the nearest telegraph pole. These were military orders, remember.

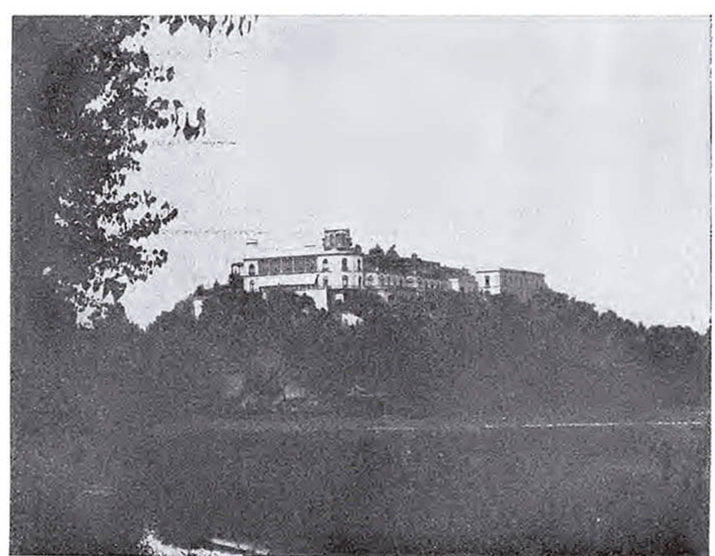
"We were harsh. Sometimes we were harsh to the point of cruelty. But it was all necessary then to the life and progress of the nation. If there was cruelty, results have justified it."

The nostrils dilated and quivered. The mouth was a straight line.

"It was better that a little blood should be shed that much blood should be saved. The blood that was shed was bad blood; the blood that was saved was good blood.

"Peace was necessary, even an enforced peace, that the nation might have time to think and work. Education and industry have carried on the task begun by the army."

He moved slowly along the terrace, sweeping the scene below with his glances, as though the old days were upon him again—the slaughter and victory at Puebla, the march on Mexico City; the visit of the stately Princess Salm-Salm to his lines and her vain pleadings for the life of the Emperor Maximilian, preparing to die at Querétaro; the stealthy interview of Maximilian's priest-secretary; the pale Señora Donna Luciana Arrozola de Baz, wife of Maximilian's war minister, who came out to offer the surrender of the capital if Diaz would abandon the re-



Photographed by Percy Cox, Mexico

CHAPULTEPEC CASTLE

[XVIII]



Copyright, 1904, by Waite. Mexico

WALK IN THE SHADOW OF MONTEZUMA'S OLD CYPRESSES, WHERE PRESIDENT DIAZ HAS FOR MORE THAN A QUARTER OF A CENTURY TAKEN HIS DAILY EXERCISE AND PLASSED THE DESTINY OF HIS COUNTRY

public; the attempts of traitorous generals, here on Chapultepec rock, to betray the young Emperor to save themselves—all, heroines, heroes, priests and soldiers, sent back hopeless, and the lines of sharp steel, already glorious with the blood of the foreign oppressors, strengthened and tightened about the doomed city. And then, the white flag flying from the towers of yonder gray cathedral, the end of the bastard empire and the entry of the dusty republican army, Diaz at its head, between multitudes of great-hatted, blanketed, barefooted peons, weeping for gratitude.

"And which do you regard as the greatest force for peace, the army or the schoolhouse?" I asked.

The soldier's face flushed slightly and the splendid white head was held a little higher.

"You speak of the present time?"

"Yes."

"The schoolhouse. There can be no doubt of that. I want to see education throughout the Republic carried on by the national Government. I hope to see it before I die. It is important that all citizens of a republic should receive the same training, so that their ideals and methods may be harmonized and the national unity intensified. When men read alike and think alike they are more likely to act alike."

"And you believe that the vast Indian population of Mexico is capable of high development?"

"I do. The Indians are gentle and they are grateful, all except the Yacquis and some of the Myas. They have the traditions of an ancient civilization of their own. They are to be found among the lawyers, engineers, physicians, army officers and other professional men."

Over the city drifted the smoke of many factories.

"It is better than cannon smoke," I said.

"Yes," he replied, "and yet there are times when cannon smoke is not such a bad thing. The toiling poor of my country have risen up to support me, but I cannot forget what my comrades in arms and their children have been to me in my severest ordeals."

There were actually tears in the veteran's eyes.

"That," I said, pointing to a hideously modern bull-ring near the castle, "is the only surviving Spanish institution to be seen in this landscape."

"You have not noticed the pawnshops," he exclaimed. "Spain brought to us her pawn-shops, as well as her bull-rings."

The terrace on which the great American stood still bears the ugly Pompeian decorations which the doomed Emperor Maximilian and the beautiful Empress Carlotta



HALL IN MEXICO CITY WHERE THE FAMOUS CALENDAR AND SACRIFICIAL STONES STAND AMONG THE AZTEC SCULPTURES

caused to be painted to gratify their Austrian tastes. The patriot who crushed the imperial invader, and in whose blood is to be found the tide ripple of Spanish ancestry and a native American civilization whose ancient monuments are still the wonder of the continent, will not have the gaudy memorials of the crowned adventurer against whom he fought, and whose bribes he scorned, altered or even touched.

Below us, and reaching from the castle gardens to the city, was the wide and beautiful boulevard which the young Empress Carlotta gave to Mexico, she who went mad while pleading with the Pope to save her husband after Napoleon III deserted him, and who to-day, a gray-haired woman, is still shut up in a Belgian castle.

Here in the carriage-way is a monument to Guatemoc, the last of the Montezumas, erected by President Diaz. There is an equestrian monument to Carlos IV, the largest bronze casting in the world, whose maker killed himself when he realized that the horse and its imperial rider were without stirrups.

Away to the right, among the trees of Coyoacan, is the garden in which Cortés strangled his wife and the spot on which he roasted the feet of Guatemoc in a vain attempt to make the monarch reveal the hiding place of the Aztec treasures.

Still farther away in the valley is the picturesque house and garden of Alvarado, Cortés's cruel captain, which was the home of an Aztec chief before the Spaniards came, and is now occupied by Mrs. Nutall, the charming California woman who is searching out the mystery of the original Americans in the majestic ruins of Mexico.

To the left is the road over which Cortés and his cut-throats retreated from Montezuma's capital, when the Aztecs rose up against his murderous oppression, and the still living tree under which he wept on the "Dismal Night" as he saw his defeated forces file before him.

And throughout the valley moves a wonderful system of electric cars, for even the crumbling house of Cortés is lit by electricity, and an electric elevator runs through the shaft in Chapultepec hill by

which the Montezumas used to escape from enemies.

It is hard to remember that this wonderful plain was once a lake and that the Aztecs built their great city on piles, with causeways to the mainland President Diaz bored a tunnel through the eastern mountains and the Valley of Mexico is now drained to the sea through a system of canals and sewers that cost more than twelve million dollars.

"Is there a real foundation for the Pan-American movement? Is there an American idea that can bind the peoples of this hemisphere together and distinguish them from the rest of the world?"

The President listened to the question and smiled. Only a few weeks before, the American Secretary of State had been the guest of Mexico, lodged in Chapultepec Castle like a king, with its hill turned into a fairyland, and the nation, from President to peon, exerting itself to show that, in all the American republics he had visited, none could equal the land of the Montezumas in the grandeur of its welcome.

"There is an American sentiment and it is growing," said the President. "But it is useless to deny a distinct feeling of distrust, a fear of territorial absorption, which interferes with a closer union of the American republics. Just as the Guatemalans and other peoples of Central America seem to fear absorption by Mexico, so there are Mexicans who fear absorption by the United States. I do not share this fear. I have full confidence in the intentions of the American Government, yet"—with a sudden twinkling of the eyes—"popular sentiment changes and governments change and we cannot always tell what the future may bring.

"The work done by the Bureau of the American Republics at Washington is a good one and it has a great field of usefulness. It deserves hearty support. All that is needed is that the peoples of the American nations shall know one another better. The Bureau of the American Republics is doing a great deal in that direction."

He spoke with marked confidence of the Pan-American usefulness of the Bureau under the management of Director Barrett.

"It is important that the leading men of the hemisphere should visit one another's countries. The visit of Secretary Root to Mexico and the words he spoke here have already been fruitful. Ignorant Mexicans have been led to think that their enemies live on the other side of our northern frontier. But when they see a distinguished American statesman and Cabinet officer like Mr. Root entertained in Mexico, and



Photographed by Waite from painting

THE TORTURE OF THE LAST OF THE MONTEZUMAS BY CORTÉS. THIS PICTURE APPEALS POWERFULLY TO THE AZTEC PEONS WHO CROWD THE NATIONAL ART GALLERIES OF MEXICO

learn the words of friendship and respect he spoke, they cannot be misled again. Let the leaders of the Americas see more of one another and the Pan-American idea will grow rapidly, as the republics understand that they have nothing to fear and much to hope for from one another."

"And the Monroe Doctrine?"

"Limited to a particular purpose the Monroe Doctrine deserves and will receive the support of all the American republics. But as a vague general claim of power by the United States, a claim easily associated with armed intervention in Cuba, it is a cause of profound suspicion. There is no good reason why the Monroe Doctrine should not be made a general American doctrine, rather than a mere national policy of the United States. The American nations might bind themselves for self-defense, and each nation agree to furnish its proportion of means in case of war. They might even provide a penalty for a failure to fulfil the agreement. Such a Monroe Doctrine would make each nation feel that its national self-respect and sovereign dignity was not compromised, and would secure the American republics forever against monarchical invasion or conquest."

"How does the present tendency of national sentiment in the United States strike you at this distance, Mr. President? You have as the leader of the Mexican people studied us for more than thirty years."

How strong he seemed, how frank, simple and sane, as he stood there in the sunlight on the ground where civilization began in the Western World—he whose boyish arm was too weak to serve Mexico when she was stripped of half her territory by American bayonets—he who since that unhappy day has trodden fifty battlefields and has defended his country against all enemies, internal or external!

"The people of the United States are distinguished by public spirit," he said. "They have a singular love of country. I meet thousands of Americans every year, and I find them to be, as a rule, intelligent workers and men of great energy of character. But their strongest characteristic is love of country. In my opinion, when war comes this spirit will change into a military spirit.

"In taking the Philippines and other colonies you have set your flag far from your shores. That means a great navy I have no doubt that if President Roosevelt remains in office four years more, the American navy will equal the British navy in power."



A PIOUS PEASANT WOMAN ASCENDING THE SACRED HILL OF AMECAMECA, WEARING A CROWN OF THORNS. THE CROWD IS SOFTENING HER PENANCE BY THROWING SHAWLS AND BLANKETS UNDER HER BLEEDING KNEES



ONE OF THE RELIGIOUS SPECTACLES WHICH STIR THE BLANKETED PEONS OF MEXICO

"But, Mr. President, Cuba is to be given back to its people, and it is well understood in the United States that the people of the Philippines will receive their political and territorial independence as soon as they are fitted to govern themselves."

Listening soberly and with an expressionless face, he looked toward the snowy volcanoes, beyond which lay the scene of the bloody struggle in which he smashed forever the power of Europe in Mexican affairs and made imperialism a word of contempt among his countrymen.

"When the United States gives independence to Cuba and the Philippines," he said slowly and with some show of feeling, "she will take her place at the head of the nations and all fear or distrust will disappear from the American republics."

It is impossible to convey an accurate idea of the gravity and earnestness with which the President spoke.

"While you hold the Philippines you will be compelled not only to keep a great navy, but your army will increase in size."

"We are trying to make American school teachers take the place of soldiers in the Philippines," I ventured.

"I appreciate that, but I feel satisfied that in the end the people of the Philippines will gain more than the people of the United States and that the sooner you give up your Asiatic possessions the better it will be from every point of view. No matter how generous you may be, the people you govern will always consider themselves a conquered people."

There was a pause. A flock of pigeons wheeled about the castle. From the city came the muffled sound of church bells.

"Men are more or less the same all over the world," he continued. "Nations are like men. They must be studied and their motives understood. A just government is simply the collective ambitions of a people expressed in practical form.

"It all comes down to a study of the individual. It is the same in all countries. The individual who supports his government in peace or war has some personal motive. The ambition may be good or bad, but it is, at the bottom, personal ambition. The beginning of true government is the discovery of that motive, and statesmanship should seek, not to extinguish but to regulate individual ambition. I have tried to follow that rule in dealing with my countrymen, who are naturally a gentle, affectionate people, following their hearts oftener than their heads. I have tried to understand what the individual wants. Even in his worship of God a man expects some return, and how can a human government expect to find anything higher in its units?

"In my youth I had a stern experience that taught me many things. When I com-

manded two companies of soldiers there was a time when for six months I had neither advice, instructions nor support from my Government. I had to think for myself I had to be the Government myself. I found men to be the same then as I have found them since. I believed in democratic principles then and I believe in them yet, although conditions have compelled stern measures to secure peace and the development which must precede absolutely free government. Mere political theories will not create a free nation.

"Experience convinces me that progressive government should seek to gratify individual ambition as far as possible, but that it must possess an extinguisher, to be used wisely and firmly when individual ambition burns too brightly for the general good."

"And the trust question, Mr. President? How is a country like Mexico, with such vast natural resources awaiting development, to protect itself against the oppressions of such alliances of wealth and industrial combination as have grown up in your nearest neighbor, the United States?"

"We welcome and protect the capital and energy of the whole world in this country. We have a field for investors that perhaps cannot be found elsewhere. But, while we are just and generous to all, we are seeing to it that no enterprise shall be an injury to our people.

"For instance, we passed a law providing that no owner of oil-producing lands should have the right to sell them to any other person without the consent of the Government. Not that we objected to the operation of our oil fields by your American oil king, but that we were determined that our oil wells should not be suppressed in order to prevent competition and keep up the price of American oil.



Photographed by Waite from painting

BENITO JUAREZ, A PURE ZAPOTEC INDIAN, WHO INAUGURATED THE "REFORMS" IN MEXICO AND WAS THE COUNTRY'S FIRST CONSTITUTIONAL PRESIDENT

"There are some things which governments do not talk about, because each case must be dealt with on its own merits, but the Mexican Republic will use its powers to preserve to its people a just share of its wealth. We have maintained free and fair conditions in Mexico thus far, and I believe we can maintain them for the future.

"Our invitation to the investors of the world is not to be found in idle promises, but in the way we treat them when they come among us."

And so I left the master of modern Mexico among the flowers and memories of the heights of Chapultepec.

The Spanish-Indian boy who was to make the plundered and degraded Mexican nation a challenge to the statesmen, and a confusion to the political doctrinaires of the world, was born seventy-seven years ago in the town of Oaxaca, among the mountains of southwestern Mexico.

That same valley gave birth to Benito Juarez, the pure-blooded Zapotec Indian



Copyright. 1904, by Waite, Mexico

EVERY-DAY SCENE IN THE PLAZA FRONTING THE SPLENDID CATHEDRAL OF MEXICO

lawyer and patriot, "the man in the black coat," who was the first constitutional president of the Republic.

Porfirio Diaz was the descendant of Spaniards who married women of the Mixtec race, an industrious, intelligent, and honest people whose history is lost in the myths of aboriginal America.

He was the son of an inn-keeper. An institution of learning now stands memorially on the site of his birth. Three years after he was born his father died of cholera and his Spanish-Mixtec mother was left alone to support her six children.

When the grown boy wanted shoes, he watched a shoemaker, borrowed tools, and made them himself. When he wanted a gun he took a rusty musket-barrel and the lock of a pistol, and constructed a reliable weapon with his own hands. So, too, he learned to make furniture for his mother's house.

He made things then, as he afterward made the Mexican nation, by the sheer force of moral initiative, self-reliance and practical industry. He asked no one for anything that he could get for himself.

Go from one end to the other of Mexico's 767,005 square miles, on which more than 15,000,000 persons live to-day, and you will see everywhere evidence of this masterful genius. You turn from battlefields to schools, from schools to railways, factories, mines and banks, and the wonder is that one man can mean so much to any nation, and that nation an American republic next in importance to the United States and its nearest neighbor.



MORELOS, THE FIGHTING PRIEST WHO HELPED TO FREE MEXICO FROM SPAIN



Photographed by Waite, Mexico

MEXICAN INDIANS IN DANCING DRESS AT THE HOLY FEAST OF GUADALUPE

He found Mexico bankrupt, divided, infested with bandits, a prey to a thousand forms of bribery. To-day life and property are safe from frontier to frontier of the republic.

After spending scores of millions of dollars on harbor improvements, drainage works and other vast engineering projects, and paying off portions of the public debt—to say nothing of putting the national finances on a gold basis—the nation has a surplus of $72,000,000 in its treasury—this, in spite of the immense government subsidies which have directly and indirectly produced 19,000 miles of railways.

When he became President, Mexico's yearly foreign trade amounted to $36,111,600 in all. To-day her commerce with other nations reaches the enormous sum of $481,363,388, with a balance of trade in her favor of $14,636,612.

There were only three banks in the country when President Diaz first assumed power, and they had a small capital, loaning at enormous and constantly changing rates.

To-day there are thirty-four chartered banks alone, whose total assets amount to nearly $700,000,000, with a combined capital stock of $158,100,000.

He has changed an irregular and ineffective pretense of public instruction, which had 4,850 schools and about 163,000 pupils, into a splendid system of compulsory education, which already has more than 12,000 schools, with an attendance of perhaps a million pupils; schools that not only train the children of the Republic, but reach into the prisons, military barracks and charitable institutions.

And from one end of the country to the other —with $800,000,000 (gold) of American capital alone invested—it is the invariable testimony of both foreign and native investors that the Government is honestly administered and that business enterprises are dealt with fairly, intelligently, and without the slightest suggestion of blackmail, where before all was corruption, oppression and confusion.

The slender, dark-eyed Oaxacan boy, with the Spanish-Mixtec blood in his veins, who

was to do these wonderful things for his country, and change Mexico from a weakness and a shame to an honor and a strength among the American nations, could not foresee the mighty part he was to play in history. He wandered much as a child among the ruins of Mitla, those vast remains of a native civilization that reaches back beyond Cortés, beyond the Mayflower pilgrims, beyond Columbus, beyond even the Aztecs, to a time when the Zapotecs and Mixtecs reared their courts and altars, lived their theocratic and socialistic lives out on their own continent and dreamed not of the Spaniards who were to come with dogmatic theology and gunpowder.

Here among the extinct altars of his aboriginal American ancestors he learned to love his native soil with a love and strength that has thrilled into life the national spirit cowering under the blanketed, barefooted ignorance of Mexico, made a man capable of standing erect out of the gentle, starved, beaten Mexican peon, and set the Republic among nations to be respected and trusted.

It is difficult to realize that the white-haired President with whom I walked and talked at Chapultepec Castle in December—the hero and leader of his people—is the Porfirio Diaz who played among the ruins of Mitla, destined by his poor mother to be a priest.

No man may say how old are the people who were yet to be made a nation by Diaz.

Before the birth of Christ Mexico had cities, temples, courts and laws. Her sculptures, her potteries, her gardens and her gold, silver and copper mines are ancient beyond human knowledge.

In Yucatan and in Oaxaca are the remains of wonderful buildings made by the original American civilizers. Not far from the City of Mexico is the mighty pyramid of Cholula, larger than any pyramid in Egypt, on the summit of which stood the rich temple of Quetzalcoatl, the "fair god." About this pyramid, now a desolation, Cortés, the conqueror, counted four hundred temple towers before Spanish Christianity laid the city waste and destroyed its records. Yet the scientists who are to-day digging around the pyramid say that it was old and its origin unknown even before the ancient Aztecs discovered the plain of Cholula.



A TYPICAL MEXICAN PEON AND THE MAGUEY PLANT WHICH FURNISHES PULQUE, THE INTOXICATING CURSE OF THE REPUBLIC



Copyright by Percy Cox, Mexico

THIS VIEW, OVERLOOKING AMECAMECA, GIVES A GOOD IDEA OF THE GRANDEUR OF MEXICAN LANDSCAPES. IT SHOWS THE RIGHT OF IXTACCIHUATL THE VICTORIOUS AMERICAN ARMY FORCED ITS WAY INTO THE VALLEY OF MEXICO, IN CASTLE WITH

When the heathen King Penda was fighting to maintain the religion of Woden against the religion of Christ in England, and when Theodore I was Bishop of Rome, the Toltec race reigned in Mexico. The Aztecs appeared in the twelfth century when Richard the Lion-hearted was attempting to rescue the Holy Sepulcher from the Saracens. They settled in the Valley of Mexico and built their capital on piles in the middle of a shallow lake, now the City of Mexico.

The empire of the Montezumas began, it is said, about the year 1460, and when Cortés, the murderous and greedy Spanish invader, landed among the Aztecs, Montezuma II was on the throne. The death of that generous and amiable monarch by the arrows of his own warriors when Cortés compelled him to appear before his infuriated people in the hope of quieting them; the torture and death of Guatemoc, his royal successor and last of the Montezumas; the destruction of the native temples and records by Christian Spain—these were incidents in that great and thrilling spectacle of an entire civilization extinguished by force.

Throughout Mexico to-day you may see millions and millions of the descendants of the ancient Mexicans, in gaudy blankets, preposterously wide and tall hats, trousers so tight that you wonder how they are removed, sandaled or bare feet--a brown-skinned, straight-haired people, with large black eyes and indolent ways, an affectionate, gentle, polite, grateful people.

It is enough to bring tears to the eyes of an American to see these wronged peons, their wives and children, poor, patient, eager to be loved, responding instantly to every kind word or look, clinging to religion with a simple earnestness that adds a new holiness to the crumbling Christian shrines of their country; to see humble men and women everywhere holding hands, caressingly, even on the highways; to see the poor constantly giving to the poor; to see the solemn pride of the most



THE TWO DEAD VOLCANOES—IXTACCIHUATL, TO THE LEFT; POPOCATAPETL, TO THE RIGHT. THROUGH A PASS ON 1847. THIS IS PART OF THE SCENE SPREAD BEFORE MR. CREELMAN WHEN HE WALKED THE TERRACE OF CHAPULTEPEC PRESIDENT DIAZ

wretched outcast when he speaks of Mexican independence—and to think of the three hundred years of unspeakable horror through which their ancestors passed under Spanish domination, robbed, tortured and degraded almost to the level of beasts.

There are fifty-five native tongues in Mexico and, even now, great multitudes speak only the Aztec language.

And to these original Americans, Porfirio Diaz is something less than a god, something more than a man. If he has shed blood freely, if he has governed with an iron hand, if he has seemed to deny the democratic principles for which he fought on the field, if he has retained office when he yearned for retirement, it was principally for the sake of the down-trodden peons; that through long peace, industry and education, even though the conditions were imposed by armed force, the trampled and stripped heirs of the first American civilization, the real children of its soil, might rise and remain forever a free and enlightened people—for, after all, when every vote in the Mexican Republic is cast and counted the country will be ruled by its aboriginal inhabitants.

Again and again during my talks with President Diaz in December he expressed his confidence in the ultimate rise of these wonderful tribes to the highest plane of civilization. He seemed to tower up with a new dignity when he spoke of them. His plan for nationalizing education is born of faith in them and their future.

Yet, in spite of the lovable and improvable qualities of the aboriginals, when you see them everywhere loafing in the sunlight against their little adobe huts—inert, content, procrastinating, lazy—it seems a miracle that one man could have changed the most corrupt, confused and helpless country on earth into modern Mexico. Perhaps it was this very transformation that confirmed the master of the nation in his dem-



Photographed by Waite, Mexico

THE BEAUTIFUL AND STATELY YOUNG WIFE OF PRESIDENT DIAZ

ocratic principles and makes him look confidently to the final complete rule of the common people.

With the downfall of the Aztec empire the Spanish monks swept away every vestige of original civilization, and the annihilation of the great native temple on the spot where the present cathedral stands in the City of Mexico was merely a single event in a fierce vandalism that lost to the world the key to one of its oldest and most interesting civilizations.

It is not necessary to tell the appalling story oı tnree hundred years of Spanish



Photographed by Waite, Mexico

THE POWERFUL AND SUGGESTIVE PROFILE OF MEXICO'S GREAT PRESIDENT

viceroys in Mexico. They stripped the land and enslaved the people. With the reign of Phillip II—he whose religious bigotry made the Netherlands revolt; he who sent the Armada against England—the dread Inquisition was established in Mexico, and as recently as 1815 heretics were publicly burned to death on the ground where now you may walk in the capital among flowers and trees to the sound of a military band.

Before the Spaniards came the natives cut the hearts out of living human sacrifices in their worship of the gods, but the Christianity that followed Cortés seemed at times to trample the very souls out of its victims.

Dominican, Franciscan and Carmelite monks overran the country. The monastic

orders became enormously rich. Their monasteries were fortresses. They got possession of the richest lands. Millions and millions of dollars were spent in the decoration of churches. Even to-day you may see evidence of the almost unbelievable extravagance that accompanied the cruel arrogance of monastic rule, while the mass of the people, beaten and cowed, sank into lower and lower depths of poverty and ignorance.

Yet that people produced the two greatest men in the history of Mexico—Benito Juarez and Porfirio Diaz, both with Indian blood.



PRESIDENT DIAZ, WITH ONE OF HIS DAUGHTERS AND A GRANDSON

It was a priest,—oh, marvelous wheel of Justice!—a priest of Spanish blood, who struck the first strong blow for Mexican independence, in September, 1810. Miguel Hidalgo was sixty years old when he ascended his primitive pulpit in the small town of Dolores, proclaimed the revolution in a loud voice, and, with a cotton banner bearing the image of the Virgin of Guadalupe, followed by a handful of patriots, armed with knives and clubs, he roused a part of the country, stormed and captured Guanajuato, San Miguel and Celaya and marched against the capital.

The white-haired patriot-priest was defeated, captured and promptly shot to death with three of his companions.

Hidalgo's venerable head was stuck on a pike and exhibited for eleven years on the fortress wall of Guanajuato. It now rests in the splendid Cathedral of Mexico.

Another priest, José Maria Morelos, carried on the struggle begun by Hidalgo. He turned out to be a good soldier, and the story of his war for freedom is one of the most picturesque pages in history. But in 1815 he was taken prisoner, condemned by the Inquisition as "an unconfessed heretic, a traitor to God, to the King and to the Pope," and was shot.

It was Agustin de Iturbide, once a colonel in the Spanish forces, who won the tremendous fight attempted by Hidalgo and Morelos.

But Iturbide had himself proclaimed emperor, lived in a great palace—now a hotel swarming with American company promoters—and established the church as a monopoly.

Then arose General Santa Anna, a dashing, vulgar, brave adventurer, whose forces were finally scattered by American volleys. This picturesque and tyrannical rogue proclaimed a republic, banished the Emperor Iturbide, and, when the fallen Emperor returned to Mexican soil, had him shot.

Santa Anna was a brilliant political gambler who alternately governed the country through puppet-presidents and played at being president or dictator himself. He won bat-

tles, massacred prisoners, tried to crush the Texan revolution, was captured by the Texans and released, lost a leg in defending Vera Cruz against the French and had the limb buried with royal pomp; was twice exiled and twice recalled, and was again driven into exile by a revolution, only to return and die in obscurity. It was this many-sided but unprincipled soldier who commanded in the disastrous war with the United States



Photographed by F. L. Clarke, Mexico

MAJOR PORFIRIO DIAZ JR., SON OF PRESIDENT DIAZ. HE IS AN ARCHITECT-ENGINEER AND HAS DISTINGUISHED HIMSELF AS A SCIENTIFIC FARMER

While his country was gradually wrecked by successive wars and political intrigues, until bandits took possession of its highways and its blackmailing, perfidious officials were the scandal of the age, young Porfirio Diaz was studying in a Roman Catholic seminary in Oaxaca.

The news that an American army had invaded Mexico set his soul on fire. He walked two hundred and fifty miles across the rough country to the capital to offer himself as a soldier. But it was too late; Mexico had already surrendered nearly half of her territory to the conquering Americans.

The boy went back to his mother with a new look in his face. His godfather, the Bishop of Oaxaca, told him that he was to be a priest. He refused to accept the decision. He had made up his mind to be a soldier. A terrible scene followed, but he withstood the reproaches of his mother and the bishop.

In that hour the seed of modern Mexico was germinating unconsciously in the heart and brain of the Spanish-Mixtec lad of seventeen years.

Having renounced the career of a priest, he studied law and, in time, was able to earn his tuition fees by taking law pupils.

Through one of his professors, Don Marcos Perez, he met Benito Juarez, the illustrious Indian lawyer, then governor of the State of Oaxaca. Juarez, who was to begin the work of Mexican reform completed and



PORFIRIO DIAZ THE THIRD. HE IS THE SON OF THE PRESIDENT'S SON



VIADUCT OF METLAC, BETWEEN MEXICO CITY AND VERA CRUZ. AN EXAMPLE OF IMPORTANT ENGINEERING WORK WHICH IS TO BE SEEN THROUGHOUT MODERN MEXICO

unified by Diaz, took much notice of the youth and had him appointed librarian of the college. These two are the greatest names in Mexican history.

Suddenly Don Marcos Perez was arrested and confined in the turret of the local Convent of Santo Domingo as a conspirator against the dictatorship of Santa Anna. That kind of thing usually ended in an ignominious death.

It was important that the prisoner should have means of communication. His life depended on it.

Young Diaz did not desert his benefactor. With his brother he scaled the walls of the convent at night, swung from a rope in front of the prisoner's window, talked with him, escaped the dictator's sentinels, and twice returned to repeat the thrilling adventure. There is nothing in fiction more exciting than the tale of these three nights, when the

PRESIDENT DIAZ PRESENTING THE NATIONAL FLAG TO A MEXICAN BATTALION

future President of Mexico, hung on the end of a rope, planned in the darkness, almost within arm's-reach of the sentries, the safety of the Mexican patriot who had been his friend.

I thought of the pale youth swinging in the midnight air fifty-three years ago, when I saw him looking down from Chapultepec Castle in his old age, the maker of his nation, the most interesting and impressive figure of his time.

The revolt against Santa Anna's tyrannies in 1854 was led by General Alvarez, a pure Indian, who had fought for independence against Spain. The dictator audaciously called for a popular vote to sustain him.

It meant death or imprisonment to vote against Santa Anna. In Oaxaca the dictator's troops and cannon were drawn up in the plaza where the votes were recorded. The professors of the law institute—Diaz was now a professor—were commanded to vote as a body for Santa Anna.

The young professor, now only twenty-four years old, went to the scarlet-covered dais where the professors were tremblingly writing their names in favor of the dictator, and asked to be excused from voting.

He was taunted with cowardice. Without another word he went to the opposition book, where none had dared to write, and recorded his vote openly for General Alvarez, leader of the revolution against Santa Anna.



GUANAJUATO, THE WONDERFUL AND PICTURESQUE OLD CITY WHERE SO MUCH AMERICAN MONEY IS INVESTED IN MINING

In the uproar which followed this daring act Diaz disappeared in the crowd, and, by the time his arrest was ordered, he had mounted a horse, and, rifle in hand, he rode down all who opposed him, reaching the town of Mixteca, where he put himself at the head of barefooted peons armed to overthrow the dictatorship, and scattered the troops sent to pursue him.

That was Porfirio Diaz at the age of twenty-four years.

After the fall of Santa Anna, General Alvarez became President, and he appointed Juarez minister of justice and ecclesiastical relations. Juarez drafted a law subjecting soldiers and the clergy to civil trial. This

aroused the clericals to opposition and the church preached resistance. General Alvarez resigned and Ignacio Comonfort formed a provisional government, announcing that the clergy must submit to the laws.

There was a clerical revolt in Puebla, which was promptly suppressed, and the cost of the operation was defrayed by a government sale of church property.

The war between the Church and the Republic had begun, and it did not end until the soil of Mexico was wet with blood.

The Republic forbade church corporations to possess lands, except what were actually necessary for church purposes, and directed the sale of all other church lands. Then a constitution abolishing all ecclesiastical or military privileges, providing for universal instruction and guaranteeing freedom of speech and of the press, the right of petition and association and the bearing of arms, was adopted. This was the cause of a great civil war.

Diaz became a captain in the National Guard, and in July, 1857, he led an attack on the clerical and conservative revolutionists near the village of Ixcapa. The battle became a hand-to-hand fight. The young captain, then twenty-seven years old, was hit in the side by a bullet, which made a large hole. He fell, but a moment later, white-faced and with blood streaming from his side, he rose and threw himself into the fight with his cheering soldiers until the battle was won. Nearly two years afterward an American naval surgeon removed this bullet.



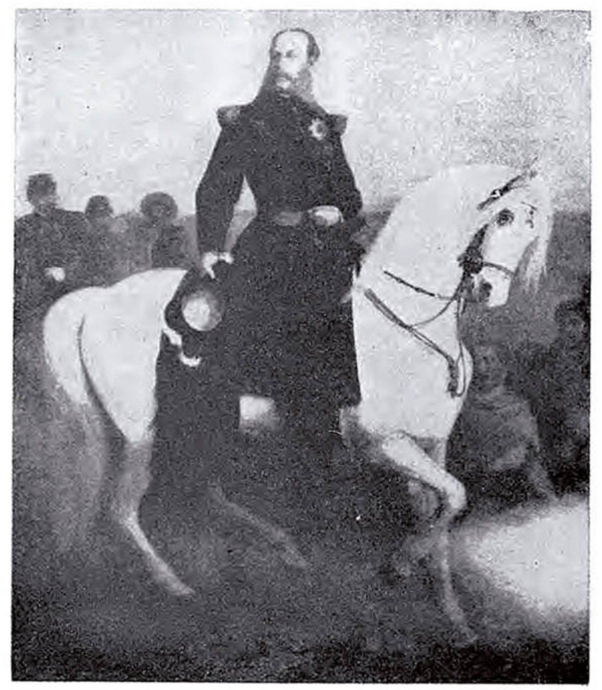
Copyright, 1904, by Waite, Mexico

MONUMENT TO GUATEMOC, THE LAST OF THE MONTEZUMAS, TORTURED AND MURDERED BY CORTÉS, WHICH PRESIDENT DIAZ CAUSED TO BE ERECTED IN MEXICO CITY

While still suffering from his wound he was called upon to help to recover his native town, Oaxaca, from the fierce revolutionary leader, Cobos. With a squad of men he led a desperate attempt to break into the enemy's position. Later on, when his wound had reopened and he was too ill to buckle a sword about him, his courage and leadership won the bloody fight for possession of Oaxaca.

Comonfort, having proclaimed the new constitution, had declared himself dictator, and then fled to the United States.

Juarez became President, pledging himself to maintain the constitution and to work for the destruction of the political power of the Church and the confiscation of its vast properties. The clericals and conservatives established General Miramon as President in



Copyright, 1904, by Waite, Mexico — Photographed from painting in Museum

THE EMPEROR MAXIMILIAN

Mexico City—the handsome, courtly Miramon who was afterward executed by the side of the Emperor Maximilian.

War raged throughout Mexico. The marks of this terrific struggle are visible everywhere to-day.

It was a war in which priests appeared, crucifixes in hand, at the head of charging troops; a war in which the curse of the Church was thundered from hundreds of altars; a war in which the treasures of centuries were roughly stripped from walls, altars and sacristies, armed peon patriots roughly breaking into dim interiors gleaming with gold, silver, jewels, priceless old carvings, embroideries, painted and sculptured Christs and Madonnas, gilded saints, robes encrusted with gems, shrines beautiful and soft with the dust and tarnish of ages—and tons of solid silver altar railings, gold vessels, embroideries woven of precious metals and all manner of costly accoutrements were melted down to pay the cost of soldiers.

Diaz had become governor of a state and military commander of a district. He had the rank of colonel.

The United States recognized President Juarez; but the enemy had him besieged in Vera Cruz, where he issued a proclamation confiscating the lands of the Church, followed by proclamations secularizing marriages and guaranteeing religious toleration.

Even against the whole force of the Church and its political allies, against ecclesiastical anathemas and against the accumulated influence of tradition, added to a desperate soldiery, backed by an intelligent aristoc-

racy, the black-coated Indian President and his army won steadily.

When the capital had been taken and Juarez was seated in authority, Diaz went back to Oaxaca and was elected to the Congress.

General Marquez, a remorseless slaughterer of prisoners, succeeded to the place of Miramon, and he advanced with his troops to attack the capital. When the firing was heard Diaz arose and asked the Congress to let him join the forces of the Republic.

The young colonel, by a night attack, led by him in person, defeated Marquez, capturing seven guns and seven or eight hundred prisoners. That made him a general.

It is useless to recount all the battles of Diaz. The record shows that he served Mexico as a soldier for fifty-four years.

In 1862 President Juarez suspended payment on Mexican government bonds. There was no money. War had emptied the national treasury.

England, France, and Spain demanded payment for their bondholders and, failing to get more than promises, formed an alliance and sent an allied fleet to the Mexican coast.

The Republic was exhausted and the allies were permitted to land and occupy Vera Cruz.



Copyright, 1901, by Waite, Mexico

A TYPICAL TEHUANTEPEC BEAUTY

Then the weak mind of Napoleon III took fire, and he dreamed of conquest. Presently he sent an agent, Don Juan Almonte, to propose a Mexican empire under the suzerainty of France, whereat Spain and England indignantly withdrew their forces.

At once the French proclaimed a military dictatorship under Almonte, and a French army marched inland. Diaz's brother was the first Mexican wounded in this advance.

There was a great battle fought at the City of Puebla. Diaz was second in command under General Zaragosa. Although the Mexicans were outnumbered three to one, they inflicted a terrible defeat upon the invaders, and Diaz is the most slashing, heroic figure in the story of that day's fighting. Mexico celebrates the victory of May 5th as one of her great national anniversaries.

Nearly a year later the French, with a greatly increased army, besieged Puebla,

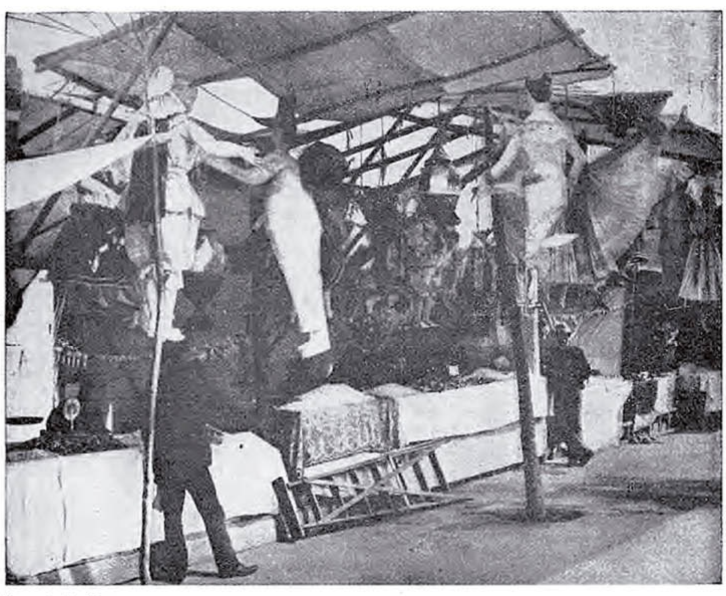
and, after weeks of fighting, sometimes from house to house and hand to hand—with Diaz thrilling his comrades by his desperate courage and brilliant methods—the city was starved into surrender.

Diaz was made prisoner, refused to give his parole and, with a peon's blanket covering his uniform, managed by a clever ruse to escape, visit President Juarez in Mexico City and accept command of the eastern army of the Republic, just before Juarez abandoned the capital to the invaders.

When the French had entered the capital the imperial crown of Mexico was offered to the Archduke Maximilian, a brother of the present Emperor of Austria. The young prince and his beautiful young wife, Carlotta, were escorted across the ocean by French and Austrian warships and were crowned Emperor and Empress in the Cathedral of Mexico. That was in 1863, when the Civil War prevented the United States from resisting a direct violation of the Monroe Doctrine.

Maximilian, who was young, handsome and much of a dreamer, set up a resplendent court under the influence of the girlish but intensely ambitious Empress Carlotta. But he continued to enforce the reform laws of Juarez, and that cost him much of the clerical support. He also executed several Mexican generals, including Diaz's brother. The Republicans never acknowledged the Empire, but continued to look to President Juarez, who retired, first, to San Luis Potosi, and then to Monterey.

Hard pressed, Juarez crossed into the United States. The Emperor then issued a proclamation declaring that all persons in arms against his Government were bandits and would be shot on capture. It was under



Photographed by Cox

CHRISTMAS BOOTHS AROUND THE BEAUTIFUL ALAMEDA, IN MEXICO CITY, WHERE, NINETY-THREE YEARS AGO, THE INQUISITION PUBLICLY BURNED HERETICS

this shameful decree that Maximilian executed the Mexican generals.

Napoleon had sent Field-Marshal Bazaine to support Maximilian in Mexico with something like forty thousand French bayonets. Bazaine recognized in Diaz the most dangerous and intelligent of his enemies, and on his advice Maximilian tried to win the patriot general over to his cause. He even persuaded General Uraga, an old and beloved commander under whom Diaz had served, to write to him a seductive letter. Diaz answered in brotherly terms, but scorned the proposal, writing:

When a Mexican presented himself to me with the proposals of Luis [Uraga's messenger], I ought to have brought him to trial according to law, and not to have sent you in reply anything more than the sentence and a notification of the death of your envoy. But the great friendship you invoke, the respect I have for you, and the memories of happier days, which bind me to you and to that mutual friend, relax all my energy and convert it into the weakness of returning him to you safe and sound, without a single word of odious recrimination.

The test to which you have submitted me is a very grave one, because your name and friendship constitute the only influence (if there be one) capable of forcing me to deny all my past, and to tear with my own hands the beautiful flag, emblem of the liberties and independence of Mexico. As I have been able to withstand this test, you may believe that neither the cruelest disillusions nor the greatest adversities will ever cause me to waver. . . .

Neither by myself, nor by the distinguished personnel of the army, nor by the towns of this extensive part of the Republic, can the possibility of an understanding with the foreign invasion be thought of, resolved as we are to fight without truce, to conquer, or to die in the challenge, to bequeath to the generation that succeeds us the same free and sovereign Republic which we inherited from our fathers.



Copyright, 1905, by Waite, Mexico

HERE YOU HAVE THE ORDINARY SCENE AT A MEXICAN RAILWAY STATION

After that letter, written when Diaz was thirty-four years old, when the head of his Government was a fugitive, when France and Austria were supporting Maximilian, and when the Emperor and his distinguished French field marshal were ready to honor the soldier to whom they stretched alluring hands, is it any wonder that, during the long years of his power, with the Republic at his feet and all opposition dissolved, not once has he been tempted to place a crown on his head and that now, at the summit of his authority and glory, he offers himself to the twentieth century and to all the centuries after, as a witness for democracy, a prophet of the ultimate virtue and capacity of his people?

Bazaine assembled an army and moved against Diaz at Oaxaca. The marshal commanded in person in the attack upon the patriot he had failed to corrupt. For weeks besieged and besiegers fought daily and the

town was constantly under artillery fire. But at last, after losing more than two-thirds of his soldiers, and when all food and ammunition were exhausted, Diaz went on foot at night to Bazaine and surrendered Oaxaca.



Photographed by Percy Cox, Mexico

VENDERS OF TAMALES AND TORTILLAS ARE NOT ALLOWED TO ANNOY RAILWAY PASSENGERS. THEY CANNOT GO BEYOND THE RAIL

The marshal said he was glad that Diaz realized his error—"it was criminal to take up arms against one's sovereign."

Diaz lifted his head and looked his conqueror straight in the eyes.

"I will not join, nor even acknowledge, the Empire," he answered. "I am just as hostile to it as I have been at the cannon's mouth. But further resistance is impossible and further sacrifice useless, as I have neither men nor arms."

Then followed a long imprisonment. Diaz once more refused to give his word that he would not take up arms again for the Republic. The Emperor sent messages of warning. The French even threatened death to obdurate prisoners. Diaz said frankly that if he could escape he would take the field against the Empire.

The prisoner spent four or five months digging a subterranean tunnel from the cell of the convent in which he was confined, but before he could finish the work he was moved to another convent, his cell was deprived of light and his guards were doubled.

During his long imprisonment one of his old generals, who had entered Maximilian's service, came to his cell and said that the Emperor wished to see him and that the imperial carriage was in waiting to take him into the imperial presence. The Emperor desired to give Diaz command of a great part of his army.

The prisoner listened coldly and then, drawing himself to his full height, he said:

"I have no objection to such a meeting. But I will not go in the imperial carriage. The commander of your forces has the right to have me brought before him, but only as his prisoner, and if he is to see me he must see me in the ranks of his prisoners."

It was a fitting answer by the hero of the Americas to the crowned adventurer. Maximilian never forgot it.

It is an extraordinary proof of the energy, courage and resourcefulness of this man that, in spite of the fact that his prison was guarded with unusual vigilance and that a

sentry entered his cell every hour—for he made no secret of his intention to gain his freedom—he contrived by a subterfuge to draw away the attention of his guards and managed to escape alone. Here is his own story of that dramatic night:

"Late at night on the 20th, I rolled into a small ball three ropes which I had surreptitiously obtained to assist me in my escape, putting another into my kit-bag along with a dagger, perfectly pointed and sharpened—the only weapon at my disposal.

"After the bell had sounded for silence in the prison I went out upon an open balcony near the roofs. It overlooked an inner courtyard of the convent. In this place the coming or going of a prisoner would attract little attention from the sentinels, for it was commonly used by us all for exercise.

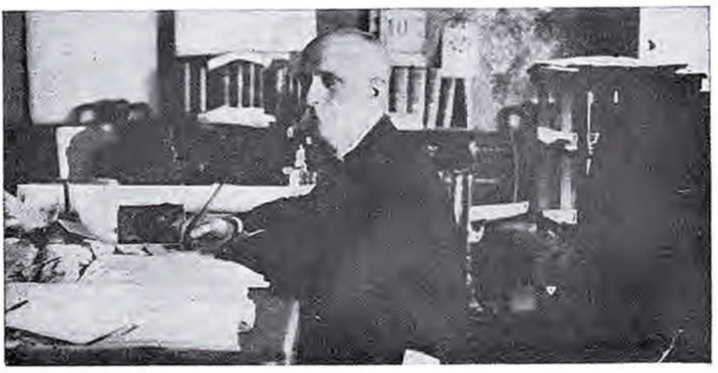
"The night was particularly dark, but the stars shone clearly overhead.

"I took with me the ropes, wrapped in a gray cloth. Once assured that nobody was about, I flung them up onto the adjacent roof. Then I threw my last rope over a projecting stone gutter above me, which seemed very strong, and secured it with difficulty. The light was too feeble to enable me to see the gutter well.

"I tested the strength of my support, and feeling satisfied, climbed up the rope and onto the roof. Then I untied the rope by which I had ascended, and took possession of the three that I had previously flung up.

"My walk across the roofs to the corner of San Roque, the point I had chosen for my descent to the street, was very dangerous. Opposite me was the roof of a church, at such a height that it overlooked the whole of the convent. Here a sentinel was posted whose duty it was to watch the convent prison. Before I had made many steps I came to a part of the roof where there were many windings, for each of the convent cells was built within a semi-circular arch and corridors ran between these rows of arches. Threading my way along and taking advantage of every bit of shelter, crawling at times on hands and knees, I moved slowly in the direction of the sentinel, while seeking the point from which to effect my descent.

"There were two sides of the courtyard square to be traversed. Often I had to stop and carefully explore the ground over which I moved, for many loose pieces of tiles and glass were strewn about the roof, which cracked and made noises under my feet. Moreover, frequent flashes of sheet lightning illuminated the sky, and at any moment might have disclosed my whereabouts.



Copyright, 1906, by Waite, Mexico

JOSÉ YVES LIMANTOUR, THE DISTINGUISHED MEXICAN SECRETARY OF FINANCES, WHOSE BRILLIANT POLICIES HAVE ATTRACTED THE ATTENTION OF THE FINANCIERS OF ALL COUNTRIES

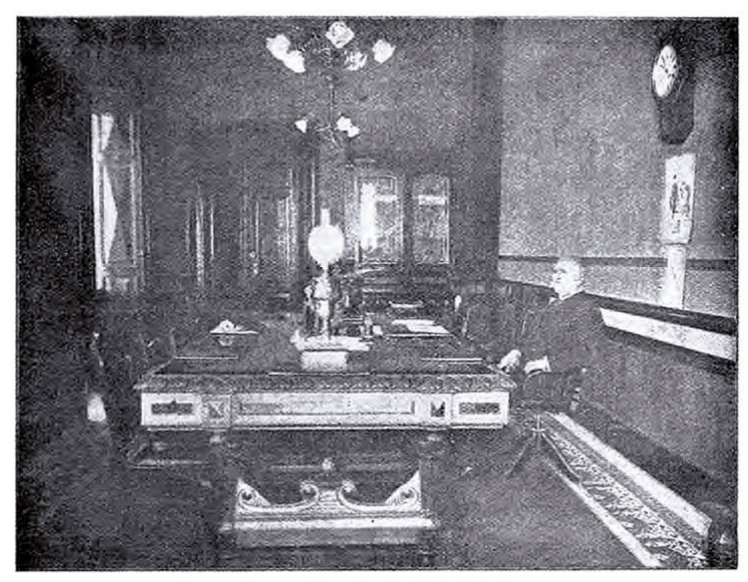
"At last I came to the protection of a wall where the sentinel on the church parapet could no longer see me unless he stooped down very low. I walked steadily along and rested, pausing to ascertain if any alarm had been raised. Here I was in great danger, for the stonework sloped and its surface was very slippery after the heavy rains. At one moment my feet slipped helplessly toward some window panes, which could have offered but little resistance; in fact I almost fell to the depths below.

"To get up to the street of San Roque, where I hoped to descend, I had to pass a part of the convent which was used as the chaplain's house. The man had only a short time before denounced some political prisoners who, in an ill-fated effort to escape, had cut a passage toward this dwelling. In consequence of this denunciation they were the next day taken out and shot.

"I needed, therefore, to be very careful not to rouse him.

"Almost breathless, I reached the roof of the chaplain's house, just as a young man who lived there entered by the door. He probably came from the theater, for he was gaily humming an air. I waited until he had reached his room. Shortly afterward he came out with a lighted taper, and actually walked in the direction where I was crouching. Fortunately I was well concealed. After an interval, he went back to the house; probably it was only a few minutes, but minutes seemed hours to me in such circumstances. When I thought he had been a sufficient time in his room to have got into bed, perhaps to have fallen asleep, I crept onto the roof, and walked from there to San Roque corner, which at last I reached.

"Exactly at this corner of the roof, there is a stone statue of San Vicente Ferrer, which I had intended to make use of in securing my rope. Unfortunately, the saint tottered when I touched him. However, I thought he probably had an iron support



PRESIDENT DIAZ IN HIS PRIVATE CABINET



THE CENTRAL FIGURE, IN CIVILIAN DRESS, IS PRESIDENT DIAZ, WHO IS WATCHING THE TRIALS OF NEW MEXICAN CANNON

somewhere to keep him up; but for greater safety I secured the rope only round the base of the pedestal, which formed the angle of the building and seemed strong enough to bear any weight.

"I was afraid if I descended straight into the street at this corner, I might be seen by some passer-by in the act of climbing down my rope. I therefore determined to go down by the side of the house away from the main street, which gave me the advantage of some shadow. Alas, by the time I reached the second floor my feet missed their grip on the side wall, and slipping down on the garden side I landed in a pig-sty.

"My dagger first fell from my belt and dropped among the porkers. Then I tumbled in among them. Alarmed at this intrusion, the pigs set up such a squealing that if any one had run to see what was the matter I should have been discovered at once. I hid again as soon as I recovered my feet, but had to wait until the pigs were pacified before venturing to move away from the garden. Then to reach the street I climbed a low wall. I had to beat a retreat quickly, for a gendarme was just passing on his rounds and examining the fastenings of the door below me. When he had gone I dropped into the street and breathed freely once more.

"Sweating and almost exhausted with fatigue, I hurried to the house where I expected to find my horse, my servant, and a guide [Diaz had previously managed to communicate with these allies], and reached the place without further mishap.

"Once I was safely inside the house, the three of us looked to the loading of our pistols, mounted our horses and, after avoiding a cavalry patrol, left the city. I was almost certain that we should be stopped at the gate by the guard, and I fully intended to fight my way out, but fortunately the gate was open. There was a light within the lodge and a saddled horse waiting outside.

"We went through at full trot, and once out of the city, to gain time we broke into a full gallop."

Hardly had Diaz begun to organize and fight a series of desperate battles when a messenger from Maximilian came to say that the Emperor was willing to place himself in the hands of the Liberals, and to intimate that if Diaz would change his allegiance he might be commander-in-chief of the armies of the Empire. He sent back word that his one object

was to make the Emperor his prisoner and subject him to the law of the Republic.

Again and again he swept the imperial forces before him.

Then the close of the Civil War left the United States free to defend the Monroe Doctrine, Napoleon was warned by the American Government that his armed interference in the affairs of the continent would no longer be tolerated, and he withdrew his troops, leaving Maximilian alone in Mexico.

The whole world knows how the Empress Carlotta went to Europe to beg assistance for her husband, how Napoleon turned his back on her, how she visited the Vatican and went mad while pleading with the Pope and how she was shut up in a Belgian castle where she still lives, as yet ignorant of Maximilian's death.

Diaz took Puebla after terrible slaughter, and while he was besieging the City of Mexico, Maximilian was captured in Querétaro by General Escobedo, was condemned by a court martial for his barbarous decree ordering Mexican soldiers to be slain as bandits and was, with his two generals, Miramon and Mejia, shot to death.



Photographed by Carmichael

HIDALGO, THE PRIEST-PATRIOT WHO LED THE FIRST GREAT REVOLT AGAINST SPAIN AND DIED A MARTYR TO THE CAUSE OF FREEDOM

Then the capital surrendered and Juarez, the Indian President, returned to find the flag of the Republic flying above a sea of Diaz's bayonets. Diaz himself soon retired to become a farmer.

Later on the soldier took the field against Juarez on the ground that he had failed to carry out promised reforms. Juarez died and was succeeded by Lerdo, who attempted to suppress the Diaz revolution by concentrating a large army. Diaz retired to the United States, sailed in disguise for the south of Mexico from New Orleans, was recognized at Tampico, leaped into the sea, was pursued and captured in the water, but escaped again.

Following is the tale as written by one of Diaz's old officers:

While at Tampico the steamer *City of Havana* took on board Government troops who were going to Vera Cruz, among whom were several officers who recognized him at once, as they were the same men whom General Diaz had but recently defeated and made prisoners at the capture of Matamoras. It was useless for the mysterious passenger to attempt to avoid the inquisitive eyes of his fellow travelers and to refrain from appearing at the table.

From the very first he realized that he had

been discovered and was being closely watched, and as unexpected bad weather was delaying the loading of the vessel and her departure to sea, he suspected they would seize and shoot him. Rather than run this danger, he decided to make his escape and trust his life to the dangers of the sea and the sharks. To make matters even more difficult, the steamer was anchored a long distance from the entrance to the port. However, his mind was made up. He divested himself of his clothes, and without other weapons than a dagger with which to defend himself against the attacks of sharks, let himself into the sea over the ship's side. He did not provide himself with even a life buoy, so as to be less conspicuous a mark for any one who might see him and open fire on him in the water.

As it happened, he was seen immediately, because he was watched very closely, and the cry of "man overboard" warned him that he was discovered and would be pursued. Very soon after, he heard the sound of one of the ship's boats which had been lowered.



Photographed by Harris & Ewing, Washington

DAVID E. THOMPSON, THE ABLE AMERICAN AMBASSADOR TO MEXICO, ONE OF PRESIDENT DIAZ'S OLD FRIENDS

Then commenced a terrible race; a man hunt, witnessed by hundreds of spectators, in which the destinies of the nation trembled in the balance. The exciting chase was watched by the passengers of the *Havana* and the crews of two vessels, one American and the other from Campeche, both of which were anchored near the spot.

Assistance was proffered to him from the Campeche boat while he was swimming past her, but he would not accept it.

With all the strength of his powerful lungs and with the skill and daring of an expert swimmer he clove his way steadily through the water, but in an effort to throw his pursuers off his track lost his bearings, and instead of making for the shore, changed his direction by mistake and made for the open sea.

At length, though General Diaz was swimming strongly, his powers began to fail him, and after swimming round and round in a vain endeavor to find the right direction, he was forced to abandon the attempt and was dragged into the boat. There he lay on the bottom of the ship's pinnace, completely worn out by his superhuman efforts and the amount of sea water which he had swallowed, on account of the rough choppy weather, but not unconscious, as some have said. When they were near the ship's side the postal agent, Gutierrez Zamora, threw him a shirt to put on, as he was naked.

After he had been brought on board, Lieutenant-colonel Arroyo, commanding President Lerdo's troops, at once attempted to take charge of the prisoner and try him by court martial, and thus obtain his promotion to the rank of general in reward for his diligence and zeal; but the dauntless swimmer protested against this course of action, and, taking his pistol from under the mattress in his state room where it was hidden, called upon the captain of the ship to offer him the protection of the American flag, under which the *Havana* and her crew were sailing.

Lieutenant-colonel Arroyo was all for executing General Diaz without further ceremony, as thereby he was assured of his promotion to the rank of general, whereas, if he merely took him along prisoner, the Government would not consider this as any particular service, and promotion would be held from him, as had occurred in the case of Terán, who had been taken prisoner and not executed on the spot.

The captain of the ship listened to General Diaz's requests, and his aid was the more willingly given as between him and the prisoner there had passed certain Masonic signs. Moreover, the American sailor was greatly impressed with the daring and courage of a man who had risked his life in such a plucky manner.

It was arranged that he should be left under guard, but was considered at the same time as being on American soil, and the captain stated

he would not give him up until they reached Vera Cruz. However, he tried to disarm him, whereat General Diaz declared that he would only use his pistol in self-defence, but that they would have to kill him before he would allow any one to deprive him of his only weapon.

The captain ordered that the guard of an officer and five soldiers which had been placed at the door of General Diaz's cabin should be withdrawn; but Arroyo, with the idea of his promotion still uppermost, made a pretence of putting a guard to watch the store of ammunition, and in this way continued to keep a close watch on the man he looked upon as his prisoner.

The following night was intensely dark and the fact that a storm was brewing made all circumstances favorable; accordingly General Diaz determined to make another attempt at escape, despite the fact that the captain had offered to transfer him to an American man-of-war anchored near Tampico, an opportunity he did not care to avail himself of as it would have delayed his plans.

Copyright, 1908, by Waldon Fawcett

DON ENRIQUE CREEL, THE DISTINGUISHED AMBASSADOR AT WASHINGTON. HE IS ONE OF MEXICO'S RICHEST AND MOST CAPABLE MEN

He cleverly managed to slip into the cabin of the purser, whose name was Coney, and told him of his plans. This officer, who was a good friend, endeavored to dissuade him from his determination and eventually suggested another way out of the difficulty.

General Diaz agreed to follow his advice. A life buoy was thrown into the sea so as to make the government soldiers think he had jumped overboard. Meanwhile, the prisoner hid himself in the cabin, not under a sofa as common rumor has it, but in a small locker. This ruse proved to be entirely successful, as, soon afterward, the disappearance of the prisoner was noticed, and his captors rushed to the side of the ship and commenced eagerly scanning the sea in the hopes of catching sight of him. What they did find, however, was the life buoy, and, as this was covered with great patches of bright red iron-rust which looked exactly like blood, it was surmised that the fugitive in trying to gain the shore had been eaten up by sharks.

However, as an additional precaution, General Alonso Flores had troops posted all along the beach, so as to capture the prisoner should he succeed in reaching the shore.

Meanwhile, General Diaz was undergoing indescribable torments, cramped as he was within the narrow limits of that tiny cabin locker, or cupboard. He could not stand upright, nor was he able to sit down, and had, besides, to keep his legs wide apart, so that the small doors of the locker could be shut. To add to the trying situation, Purser Coney, as a matter of policy and in order to disarm all suspicion, invited the Lerdist officers into his cabin, where they would often spend hours chatting and playing at cards. One of them who was sitting in front of the cupboard every now and then tilted his chair back, thus pressing the flaps of the door against the unfortunate man hidden within, who suffered agonies while it lasted. In this manner seven endless days of torment were passed on a diet of ship's biscuits and water, until the vessel reached Vera Cruz, where the dangers and difficulties of escape became more serious. The task before him was to escape from the ship without falling into the hands of the Lerdist troops, who were continually on the lookout for him.

Colonel Juan Enriquez, who was then chief of the coast guard service at Vera Cruz, managed to smuggle in to him a dilapidated sailor's suit and a very old pair of boots and at the same time sent him word to say that a rowboat in charge of a man whom he would recognize by certain signals would come alongside for him.

When the ship commenced to unload bales of cotton and the barges came alongside, his boat also appeared among them, and then the man, who every one supposed had been eaten by the sharks of Tampico, made his escape.

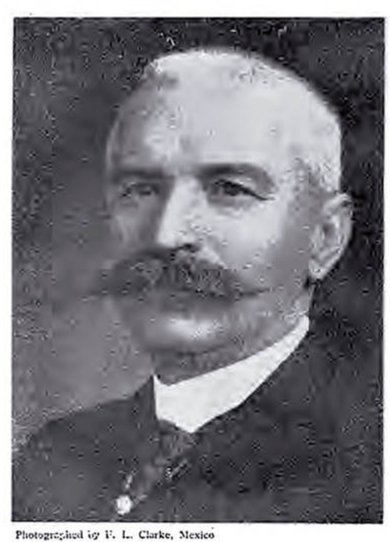
Once in the south, his power grew and his army won victory after victory. In November, 1876, with twelve thousand soldiers he triumphantly rode into the capital. A few weeks later he was elected President.

With the exception of four years—1880 to 1884, when General Gonzalez was elected because the constitution, afterward amended, forbade the reëlection of a President—Diaz has been President ever since, and he will remain at the head of the nation till he dies or chooses to retire.

Now the soldier became the statesman.

He held the turbulent masses still. He made revolution an impossibility. He organized a police system that swept away the bandits. He built schools. He punished corruption, and made it known that a concession granted by Mexico would never be repudiated. He caused the national finances to be organized and the national revenues collected and spent honestly and intelligently. He began retrenchments by cutting his own salary from $30,000 to $15,000. He made a nation of Mexico, a nation whose laws and whose pledges meant something.

It had been proposed that no railroad should be permitted between Mexico and the United States. The Republic was to be saved from future invasion by an intervening wilderness. Against the bitterest opposition, and in the teeth of accusations against his loyalty to the Republic, Diaz welcomed the great trunk railways built by American capital, and had generous subsidies granted to them.



Photographed by F. L. Clarke, Mexico

VICE-PRESIDENT CORRAL

That was the policy which Diaz set against the cowardly cry, "Between the strong and the weak let there be a desert."

The Harriman interests are now building two immense railway lines through the western part of Mexico, spending about a million dollars a week, and these will connect through existing lines with the Pan-American road, which has been built almost to the Guatemalan frontier.

Among the most remarkable enterprises now being pushed forward is the Kansas City, Mexico and Orient line, which Arthur E. Stillwell is constructing. The road is sixteen hundred miles long and will cost about $30,000,000. It is already half built. The Kansas City, Mexico and Orient railway will cross the new Harriman lines on the way to its outlet on the Pacific.

There are nineteen thousand miles of railways operated in Mexico, nearly all with American managers, engineers and conductors, and one has only to ride on the Mexican Central system or to enjoy the trains de luxe of the National Line to realize the high transportation standards of the country.

So determined is President Diaz to prevent his country from falling into the hands of the trusts that the Government is taking over and merging in one corporation, with the majority stock in the Nation's hands, the Mexican Central, National and Inter-oceanic lines—so that, with this mighty trunk system of transportation beyond the reach of private control, industry, agriculture, commerce and passenger traffic will be safe from oppression.

This merger of ten thousand miles of railways into a single company, with $113,000,000 of the stock, a clear majority, in the Government's hands, is the answer of President Diaz and his brilliant Secretary of Finances to the prediction that Mexico may some day find herself helplessly in the grip of a railway trust.

Curiously enough, the leading American railway officials representing the lines which are to be merged and controlled by the Government, spoke to me with great enthusiasm of the plan as a distinct forward step, desirable alike for shippers and passengers and for private investors in the roads.

Two-thirds of the railways of Mexico are owned by Americans, who have invested about $300,000,000 in them profitably.

As it is, freight and passenger rates are fixed by the Government, and not a time table can

be made or changed without official approval.

It may surprise a few Americans to know that the first-class passenger rate in Mexico is only two and two-fifths cents a mile, while the second-class rate, which covers at least one-half of the whole passenger traffic of the country, is only one cent and one-fifth a mile —these figures being in terms of gold, to afford a comparison with American rates.

I have been privately assured by the principal American officers and investors of the larger lines that railway enterprises in Mexico are encouraged, dealt with on their merits and are wholly free from blackmail, direct or indirect.

Mr. Stillwell, of Kansas City, is not only building a railway from Kansas City through Mexico to the Pacific—in raising capital for which he has taken fourteen hundred American business men on special trains to Mexico within two years—but he has established and controls vast real estate enterprises in the Republic. He has something like seven million dollars invested in Mexico.

"In all my dealings with Mexican officials," he said to me, "I have never been asked to pay one dollar in bribery, direct or indirect. In establishing the American end of my railway I have had to fight politics and graft constantly. Here in Mexico I have been treated not only justly, but with great generosity. President Diaz told me once that if I were ever approached for a dollar of tribute by any Mexican official I had but to disclose the fact and, no matter how high up the official stood, he would lose his post at once."



Photographed by Clinedinst, Washington

JOHN BARRETT, DIRECTOR OF THE BUREAU OF THE AMERICAN REPUBLICS, WHOSE WORK IS PRAISED BY PRESIDENT DIAZ

More than $1,200,000,000 of foreign capital has been invested in Mexico since President Diaz put system and stability into the nation. Capital for railways, mines, factories and plantations has been pouring in at the rate of $200,000,000 a year. In six months the Government sold more than a million acres of land.

In spite of what has already been done, there is still room for the investment of billions of dollars in the mines and industries of the Republic.

Americans and other foreigners interested in mines, real estate, factories, railways and other enterprises have privately assured me, not once, but many times, that, under Diaz, conditions for investment in Mexico are fairer and quite as reliable as in the most highly-developed European countries. The President declares that these conditions will continue after his death or retirement.

Since Diaz assumed power, the revenues of the Government have increased from about $15,000,000 to more than $115,000,000, and yet taxes have been steadily reduced.

When the price of silver was cut in two, President Diaz was advised that his country could never pay its national debt, which was doubled by the change in values. He was urged to repudiate a part of the debt. The President denounced the advice as foolish-

[XLIX]



THE SADDLE ON THIS HORSE COST $5,000. BESIDE THIS TREE MONTEZUMA WEPT OVER HIS DOWNFALL

ness as well as dishonesty, and it is a fact that some of the greatest officers of the government went for years without their salaries that Mexico might be able to meet her financial obligations dollar for dollar.

The cities shine with electric lights and are noisy with electric trolley cars; English is taught in the public schools of the great Federal District; the public treasury is full and overflowing and the national debt decreasing; there are nearly seventy thousand foreigners living contentedly and prosperously in the Republic—more Americans than Spaniards; Mexico has three times as large a population to the square mile as Canada; public affairs have developed



THE ORDINARY MEXICAN PLOW. WHEN AN AMERICAN PLOW APPEARS, THE PEON SAWS OFF ONE HANDLE FOR CONVENIENCE

strong men like José Yves Limantour, the great Secretary of Finances, one of the most distinguished of living financiers; Vice-president Corral, who is also Secretary of the Interior; Ignacio Mariscal, the Minister of Foreign Affairs, and Enrique Creel, the brilliant Ambassador at Washington.

And it is a land of beauty beyond compare. Its mountains and valleys, its great plateaus, its indescribably rich and varied foliage, its ever blooming and abundant flowers, its fruits, its skies, its marvelous climate, its old villages, cathedrals, churches, convents—there is nothing quite like Mexico in the world for variety and loveliness. But it is the gentle, trustful, grateful Indian, with his unbelievable hat and many-colored blanket, the eldest child of America, that wins the heart out of you. After traveling all over the world, the American who visits Mexico for the first time wonders how it happened that he never understood what a fascinating country of romance he left at his own door.

It is the hour of growth, strength and peace which convinces Porfirio Diaz that he has almost finished his task on the American continent.

Yet you see no man in a priest's attire in this Catholic country. You see no religious processions. The Church is silent save within her own walls. This in a land where I have seen the most profound religious emotion, the most solemn religious spectacles—from the blanketed peons kneeling for hours in cathedrals, the men carrying their household goods, the women suckling their babies, to that indescribable host of Indians on their knees at the shrine of the Virgin of Guadalupe.

I asked President Diaz about it while we paced the terrace of Chapultepec Castle.

He bowed his white head for a moment and then lifted it high, his dark eyes looking straight into mine.

"We allow no priest to vote, we allow no priest to hold public office, we allow no priest to wear a distinctive dress in public, we allow no religious processions in the streets," he said. "When we made those laws we were not fighting against religion, but against idolatry. We intend that the humblest Mexican shall be so far freed from the past that he can stand upright and unafraid in the presence of any human being. I have no hostility to religion; on the contrary, in spite of all past experience, I firmly believe that there can be no true national progress in any country or any time without real religion."

Such is Porfirio Diaz, the foremost man of the American hemisphere. What he has done, almost alone and in such a few years, for a people disorganized and degraded by war, lawlessness and comic-opera politics, is the great inspiration of Pan-Americanism, the hope of the Latin-American republics.

Whether you see him at Chapultepec Castle, or in his office in the National Palace, or in the exquisite drawing-room of his modest home in the city, with his young, beautiful wife and his children and grandchildren by his first wife about him, or surrounded by troops, his breast covered with decorations conferred by great nations, he is always the same—simple, direct and full of the dignity of conscious power.

In spite of the iron government he has given to Mexico, in spite of a continuance in office that has caused men to say that he has converted a republic into an autocracy, it is impossible to look into his face when he speaks of the principle of popular sovereignty without believing that even now he would take up arms and shed his blood in defense it.

Only a few weeks ago Secretary of State Root summed up President Diaz when he said:

"It has seemed to me that of all the men now living, General Porfirio Diaz, of Mexico, was best worth seeing. Whether one considers the adventurous, daring, chivalric incidents of his early career; whether one considers the vast work of government which his wisdom and courage and commanding character accomplished; whether one considers his singularly attractive personality, no one lives to-day that I would rather see than President Diaz. If I were a poet I would write poetic eulogies. If I were a musician I would compose triumphal marches. If I were a Mexican I should feel that the steadfast loyalty of a lifetime could not be too much in return for the blessings that he had brought to my country. As I am neither poet, musician nor Mexican, but only an American who loves justice and liberty and hopes to see their reign among mankind progress and strengthen and become perpetual, I look to Porfirio Diaz, the President of Mexico, as one of the great men to be held up for the hero-worship of mankind."

ENTREVISTA DÍAZ-CREELMAN

EL PRESIDENTE DÍAZ, HÉROE DE LAS AMÉRICAS

James Creelman

En este artículo notable, el prócer del continente habla abiertamente al mundo a través del Pearson's Magazine. Por un arreglo previo, él señor James Creelman fue recibido en el Castillo de Chapultepec y tuvo oportunidades extraordinarias de conversar con el presidente Díaz y obtener con gran precisión el dramático e impresionante contraste entre su severo, autocrático gobierno y su alentador tributo a la idea democrática. A través del señor Creelman, el presidente anuncia su irrevocable decisión de retirarse del poder y predice un pacífico futuro para México bajo instituciones libres. Es ésta la historia del hombre que ha construido una nación. El editor.

Desde la altura del castillo de Chapultepec, el presidente Díaz contempló la venerable capital de su país, extendida sobre una vasta planicie circundada por un anillo de montañas que se elevan magníficas. Y yo, que había viajado casi 4000 millas desde Nueva York para ver al guía y héroe del México moderno, al líder inescrutable en cuyas venas corre mezclada la sangre de los antiguos mixtecas y la de los conquistadores españoles, admiré la figura esbelta y erguida: el rostro imperioso, fuerte, marcial, pero sensitivo. Semblanza que está

más allá de lo que se puede expresar con palabras.

Una frente alta, amplia, llega oblicuamente hasta el cabello blanco y rizado; sobre los ojos café oscuro de mirada sagaz que penetran en el alma, suavizados a veces por inexpresable bondad y lanzando, otras veces, rápidas miradas soslayadas, de reojo —ojos terribles, amenazadores, ya amables, ya poderosos, ya voluntariosos—, una nariz recta, ancha, fuerte y algo carnosa cuyas curvadas aletas se elevan y dilatan con la menor emoción. Grandes mandíbulas viriles que bajan de largas orejas finas, delgadas, pegadas al cráneo; la formidable barba, cuadrada y desafiante; la boca amplia y firme sombreada por el blanco bigote; el cuello corto y musculoso; los hombros anchos, el pecho profundo. Un porte tenso y rígido que proporciona una gran distinción a la personalidad, sugiriendo poder y dignidad. Así es Porfirio Díaz a los setenta y ocho años de edad, como yo lo vi hace unas cuantas semanas en el mismo lugar en donde, hace cuarenta años, se sostuvo con su ejército sitiador de la ciudad de México, mientras el joven emperador Maximiliano era ejecutado en Querétaro —atrás de las azules montañas del norte—, esperando con el ceño fruncido el emocionante final de la última intervención monárquica europea en las repúblicas de América.

Es ese algo, intenso y magnético en los ojos oscuros, abiertos, sin miedo, y el sentido de nervioso desafío en las sensitivas aletas de la nariz, lo que parece conectar al hombre con la inmensidad del paisaje como una fuerza elemental.

No hay figura en todo el mundo, ni más romántica ni más heroica, ni que más intensamente sea vigilada por amigos y enemigos de la democracia, que este soldado, hombre de

Estado, cuya aventurera juventud hace palidecer las páginas de Dumas y cuya mano de hierro ha convertido las masas guerreras, ignorantes, supersticiosas y empobrecidas de México, oprimidas por siglos de crueldad y avaricia española, en una fuerte, pacífica y equilibrada nación que paga sus deudas y progresa.

Ha gobernado la República Mexicana por veintisiete años con tal energía, que las elecciones se han convertido en meras formalidades: con toda facilidad podría haberse coronado.

Aún hoy, en la cumbre de su carrera, este hombre asombroso —prominente figura del hemisferio americano e indescifrable misterio para los estudiosos de los gobiernos humanos— anuncia que insistirá en retirarse de la presidencia al final de su presente periodo, de manera que podrá velar porque su sucesor quede pacíficamente establecido, y que, con su ayuda, el pueblo de la República Mexicana pueda mostrar al mundo que ha entrado ya a la más completa y última fase en el uso de sus derechos y libertades, que la nación está superando la ignorancia y la pasión revolucionaria y que es capaz de cambiar y elegir presidente sin flaquear y sin guerras.

Es verdaderamente increíble salir de la congestionada Wall Street y sus ansias económicas y hallarse en el transcurso de la misma semana en el cerro de Chapultepec, rodeado de una belleza casi irreal en su grandiosidad, al lado de aquel a quien se considera que ha transformado una república en una autocracia por la absoluta conjunción de carácter y valor, y oírlo hablar de la democracia como de la esperanza de salvación de la humanidad. Esto, también, en el momento en que el alma norteamericana teme y se estremece ante la sola

idea de tener un mismo presidente por tres periodos electorales consecutivos.

El presidente contempló la majestuosa escena, llena de luz, a los pies del antiguo castillo, y se retiró sonriendo. Rozó, al pasar, una cortina de flores escarlata y la enredadera de geranios rosa vivo, mientras se dirigía, a lo largo de la terraza, al jardín interior, en donde una fuente brota entre palmas y flores, salpicando con agua de este manantial en el cual Moctezuma solía beber, bajo los recios cipreses que de antiguo yerguen sus ramas sobre la roca en que nos detuvimos.

“Es un error suponer que el futuro de la democracia en México ha sido puesto en peligro por la prolongada permanencia en el poder de un solo presidente”, dijo en voz baja. “Puedo decir con toda sinceridad que el servicio no ha corrompido mis ideales políticos y que creo que la democracia es el único justo principio de gobierno, aun cuando llevarla al terreno de la práctica sea posible sólo en pueblos altamente desarrollados.”

Calló un momento la recia figura y los oscuros ojos contemplaron el gran valle en donde el Popocatépetl, cubierto de nieve, levanta su cono volcánico de cerca de 18000 pies entre las nubes y junto a los blancos cráteres del Iztaccíhuatl; una tierra de volcanes muertos, los humanos y los geológicos.

“Puedo dejar la presidencia de México sin ningún remordimiento, pero lo que no puedo hacer es dejar de servir a este país mientras viva”, añadió.

El sol daba con fuerza en la cara del presidente, pero sus ojos

no se cerraron, resistiendo la dura prueba. El paisaje verde, la ciudad humeante, el tumulto azul de las montañas, el tenue aire perfumado parecían conmoverlo, y sus mejillas se colorearon mientras, con las manos cruzadas atrás, mantenía la cabeza erguida. Las aletas de su nariz se ensanchaban.

"¿Sabe usted que en Estados Unidos tenemos graves problemas por la elección del mismo presidente por más de tres periodos?"

Sonrió, y después, con gravedad, sacudió la cabeza asintiendo mientras se mordía los labios. Es difícil describir el gesto de concentrado interés que repentinamente adquirió su fuerte fisonomía inteligente.

"Sí. Sí lo sé", repuso. "Es un sentimiento natural en los pueblos democráticos el que sus dirigentes deban ser cambiados. Estoy de acuerdo con este sentimiento."

Difícil era pensar que estaba yo escuchando al soldado que ha dirigido una república sin interrupción durante cinco lustros, con una autoridad personal que es desconocida para la mayoría de los reyes. Sin embargo, habló de un modo sencillo y convincente, como lo haría aquel cuyo lugar, alto y seguro, está más allá de la necesidad de ser hipócrita:

"Existe la certeza absoluta de que cuando un hombre ha ocupado por mucho tiempo un puesto destacado empieza a verlo como suyo, y está bien que los pueblos libres se guarden de las tendencias perniciosas de la ambición individual.

"Sin embargo, las teorías abstractas de la democracia y la efectiva aplicación práctica son a veces, por su propia naturaleza, diferentes. Esto es, cuando se busca más la

substancia que la mera forma.

“No veo realmente una buena razón por la cual el presidente Roosevelt no deba ser reelegido si la mayoría del pueblo americano quiere que continúe en la presidencia. Creo que él ha pensado más en su país que en él mismo. Ha hecho, y sigue haciendo, una gran labor por los Estados Unidos; una labor que redundará, ya sea que se reelija o no, en que pase a la historia como uno de los grandes presidentes. Veo los monopolios como un gran poder verdadero en los Estados Unidos, y el presidente Roosevelt ha tenido el patriotismo y el valor de desafiarlos. La humanidad entiende el significado de su actitud y su proyección en el futuro. Se yergue frente al mundo como un hombre cuyas victorias han sido victorias en el orden moral.

“A mi juicio, la lucha por restringir la fuerza de los monopolios y evitar que opriman al pueblo de los Estados Unidos marca uno de los más significativos e importantes periodos en vuestra historia. El señor Roosevelt ha hecho frente a la crisis como todo un gran hombre.

“No hay duda de que es un hombre puro, un hombre fuerte, un patriota que ama a su país y lo comprende. Ese temor de los norteamericanos por un tercer periodo con él al frente del gobierno me parece a mí completamente injustificado. No puede haber, en modo alguno, cuestión de principio en este asunto, si la gran mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política y desea que continúe su obra. Éste es el punto real y vital: el hecho de que una mayoría del pueblo lo necesita y reclama que sea él precisamente quien continúe en el poder.

“Aquí en México nos hemos hallado en diferentes

condiciones. Recibí este gobierno de manos de un ejército victorioso, en un momento en que el país estaba dividido y el pueblo impreparado para ejercer los supremos principios del gobierno democrático. Arrojar de repente a las masas la responsabilidad total del gobierno habría producido resultados que podían haber desacreditado totalmente la causa del gobierno libre.

“Sin embargo, a pesar de que yo obtuve el poder principalmente por el ejército, tuvo lugar una elección tan pronto que fue posible y ya entonces mi autoridad emanó del pueblo. He tratado de dejar la presidencia en muchas y muy diversas ocasiones, pero pesa demasiado y he tenido que permanecer en ella por la propia salud del pueblo que ha confiado en mí. El hecho de que los valores mexicanos bajaran bruscamente once puntos durante los días que la enfermedad me obligó a recluirme en Cuernavaca indica la clase de evidencia que me indujo a sobreponerme a mi inclinación personal de retirarme a la vida privada.

“Hemos preservado la forma republicana y democrática de gobierno. Hemos defendido y guardado intacta la teoría. Sin embargo, hemos adoptado también una política patriarcal en la actual administración de los asuntos de la nación, guiando y restringiendo las tendencias populares, con fe ciega en la idea de que una paz forzosa permitiría la educación, que la industria y el comercio se desarrollarían y fueran todos los elementos de estabilización y unidad entre gente de natural inteligente, afectuoso y dócil.

“He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de

revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que, finalmente, ese día ha llegado.”

Nuevamente, la marcial figura se volvió hacia la gloriosa escena extendida entre las montañas. Era fácil observar que el presidente estaba profundamente conmovido. El recio rostro se había vuelto sensitivo como el de un niño y los oscuros ojos se habían humedecido. ¡Y qué inolvidable visión teñida de romanticismo y emotividad fue aquélla!

Bajo aquellos árboles gigantescos que por siglos han circundado el cerro de Chapultepec —única elevación en el valle—, Moctezuma, el monarca azteca, gustaba de caminar en sus horas de reposo, antes de que Cortés y Alvarado viniesen con la cruz de Cristo y la despiadada espada española, para ser seguidos después por trescientos años terribles durante los cuales el país se retorció y lloró bajo la férula de sesenta y dos virreyes españoles y cinco gobernadores, sucedidos a su vez por un ridículo emperador nativo y una larga línea de dictadores y presidentes; entre ellos, la invasión del emperador Maximiliano, hasta que Díaz, héroe de cincuenta batallas, decidió que México debería cejar en sus luchas, aprender a trabajar y pagar sus deudas.

Aquí, en la ladera de Chapultepec, donde florecen en diciembre rosas rojas y blancas, margaritas, extrañas pinceladas de capullos escarlata, jazmines que se extienden sobre las rocas esculpidas por los aztecas, macizos de mirtos azules, violetas, amapolas, lirios, laureles, palpitó el corazón con una emoción nacida del color.

Allá atrás quedaba el derruido molino de paredes de piedra rosa, en el que Winfield Scott se hizo fuerte con su artillería

en 1847, cuando veloces líneas de bayonetas cruzaron el pantano, pasaron los cipreses y laureles del bosque, y la bandera americana fue izada en la cima de Chapultepec, entre los cadáveres de los valientes jóvenes cadetes de México, cuyo blanco monumento, una vez cada año, es adornado por veteranos norteamericanos.

Mientras paseábamos por la terraza del castillo, podíamos ver largas procesiones de indígenas que, acompañados por sus esposas e hijos, vistiendo enormes sombreros, envueltos en sarapes de vivos colores, irnos descalzos, calzados otros con sandalias —huaraches—, se dirigían desde todos los puntos del valle y de las montañas circunvecinas hacia la basílica de Guadalupe. Dos días más tarde pude ver a cien mil aborígenes de América reunirse en torno de ésta, la más sagrada de las basílicas americanas, en donde, bajo una corona de esmeraldas, rubíes, diamantes y zafiros, cuya sola confección costó 30 000 dólares, y frente a una multitud de indígenas embozados en sus mantas, mientras a su lado se arrodillaban sus mujeres y sus tiernos hijos que sostenían ramos de flores, venerando a la imagen con una devoción que hubiera movido a reverencia al espectador más cínico, frente a esta multitud, digo, el arzobispo de México, resplandeciente, celebró misa en el altar mayor, al pie de la tilma del piadoso Juan Diego. Es ésta la tilma en cuya superficie la imagen de la Virgen de Guadalupe se apareció milagrosamente en 1531.

Difícilmente veíamos la pequeña capilla en lo alto de la colina, en donde estuvo primero expuesta la sagrada tilma. Frente a la puerta de la pequeña iglesia, Santa Anna, el dictador que derrocó al imperio mexicano de Iturbide, cedió a

las fuerzas conquistadoras de los Estados Unidos, por 15 000 000 de dólares, California, Nevada, Utah, parte de Colorado y una gran parte de Nuevo México y Arizona, todo lo cual, junto con el territorio de Texas, aportó cerca de 850 000 millas cuadradas de extensión al poderío de las barras y las estrellas. Y todo esto tan sólo nueve días después de que en California se habían descubierto yacimientos de oro.

En el pequeño cementerio, al lado de la capilla, está la olvidada tumba del dictador Santa Anna, y entre el abigarrado conjunto de los techos de la ciudad podíamos distinguir el de la otra capilla en que, con pompa reluciente, hizo sepultar su pierna amputada, misma que, más tarde, fue exhumada por una multitud indignada que la amarró a una cuerda y la arrastró por las calles en medio del regocijo del populacho.

“Es una creencia extendida la de que es imposible, para las instituciones verdaderamente democráticas, nacer y subsistir en un país que no tiene clase media”, sugerí.

El presidente Díaz se volvió a mí, me clavó una mirada penetrante y movió la cabeza, para responder:

“Es verdad”, dijo. “México tiene hoy una clase media, pero no la tenía antes. La clase media es aquí, como en todas partes, el elemento activo de la sociedad.

“Los ricos están demasiado preocupados por sus mismas riquezas y dignidades para que puedan ser de alguna utilidad inmediata en el progreso y en el bienestar general. Sus hijos, en honor a la verdad, no tratan de mejorar su educación o su carácter. Pero, por otra parte, los pobres son a su vez tan ignorantes que no tienen poder alguno.

“Es en la clase media, surgida en gran parte de los pobres pero también en alguna forma de los ricos —clase media que es activa, trabajadora, que se mejora a cada paso—, en la que una democracia debe confiar y descansar para su progreso. Es la clase media a la que principalmente atañe la política y el mejoramiento general.

“Antiguamente, no teníamos una verdadera clase media en México, porque las conciencias y las energías del pueblo estaban completamente absorbidas por la política y la guerra. La tiranía española y el mal gobierno habían desorganizado la sociedad. Las actividades productivas de la nación habían sido abandonadas en las luchas sucesivas. Existía una confusión general. No había garantías para la vida o la propiedad y es lógico que una clase media no podía aparecer en estas circunstancias.”

“General Díaz”, le interrumpí. “Usted ha tenido una experiencia sin precedentes en la historia de las repúblicas. Durante treinta años, los destinos de este país han estado en sus manos, para moldearlos a su gusto; pero los hombres mueren y las naciones continúan viviendo. ¿Cree usted que México puede seguir su existencia pacífica como república? ¿Tiene usted absoluta certeza de que el futuro del país está asegurado bajo instituciones libres?”

Si el viaje desde Nueva York fue valioso por todos conceptos, más lo fue por poder ver la expresión de la cara del héroe en ese momento: fuerza, patriotismo, belicosidad y don profético aparecieron y brillaron de pronto en sus ojos oscuros.

“El futuro de México está asegurado”, dijo con voz clara y firme. “Mucho me temo que los principios de la democracia no han sido plantados profundamente en nuestro pueblo.

Pero la nación ha crecido y ama la libertad. Nuestra mayor dificultad la ha constituido el hecho de que el pueblo no se preocupa lo bastante acerca de los asuntos públicos como para formar una democracia. El mexicano, por regla general, piensa mucho en sus propios derechos y está siempre dispuesto a asegurarlos. Pero no piensa mucho en los derechos de los demás. Piensa en sus propios privilegios, pero no en sus deberes. La base de un gobierno democrático la constituye el poder de controlarse y hacerlo le es dado solamente a aquellos quienes conocen los derechos de sus vecinos.

"Los indios, que son más de la mitad de nuestra población, se ocupan poco de la política. Están acostumbrados a guiarse por aquellos que poseen autoridad, en vez de pensar por sí mismos. Es ésta una tendencia que heredaron de los españoles, quienes les enseñaron a abstenerse de intervenir en los asuntos públicos y a confiar ciegamente en que el gobierno los guíe. Sin embargo, yo creo firmemente que los principios de la democracia han crecido y seguirán creciendo en México."

"Pero, señor presidente, usted no tiene partido oposicionista en la república. ¿Cómo podrán florecer las instituciones libres cuando no hay oposición que pueda vigilar a la mayoría o al partido del gobierno?"

"Es verdad que no hay partido oposicionista. Tengo tantos amigos en la república que mis enemigos no parecen estar muy dispuestos a identificarse con una tan insignificante minoría. Aprecio en lo que vale la bondad de mis amigos y la confianza que en mí deposita mi patria; pero esta absoluta confianza impone responsabilidades y deberes que me fatigan

cada día más.

“No importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios; me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré ya ochenta años.

“El país ha confiado en mí, como ya dije, y ha sido generoso conmigo. Mis amigos han alabado mis méritos y pasado por alto mis defectos. Pero pudiera ser que no trataran tan generosamente a mi sucesor y que éste llegara a necesitar mi consejo y mi apoyo; es por esto que deseo estar todavía vivo cuando él asuma el cargo y poder así ayudarlo.”

Cruzó los brazos sobre el ancho pecho y habló con gran énfasis:

“Doy la bienvenida a cualquier partido oposicionista en la República Mexicana”, dijo. “Si aparece, lo consideraré como una bendición, no como un mal. Y si llegara a hacerse fuerte, no para explotar sino para gobernar, lo sostendré y aconsejaré, y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en mi país.

“Es para mí bastante recompensa ver a México elevarse y sobresalir entre las naciones pacíficas y útiles. No tengo deseos de continuar en la presidencia, si ya esta nación está lista para una vida de libertad definitiva. A los setenta y siete años, estoy satisfecho con mi buena salud y esto es algo que no pueden crear ni la ley ni la fuerza. Yo, personalmente, no me cambiaría por el rey americano del petróleo y sus millones.”

Su atezada piel, sus brillantes ojos y su paso elástico y ligero

iban bien con el tono de sus palabras. Para quien ha sufrido las privaciones de la guerra y de la cárcel, y hoy se levanta a las seis en punto de la mañana para quedarse trabajando tarde por las noches hasta el máximo de sus fuerzas, la condición física del presidente Díaz —quien es además un gran cazador y sube la escalinata del palacio de dos en dos escalones— es casi increíble.

"El ferrocarril ha jugado un papel importante en la paz de México", continuó. "Cuando yo llegué a presidente, había únicamente dos líneas pequeñas: una que conectaba la capital con Veracruz; la otra con Querétaro. Hoy día tenemos más de 19 000 millas de ferrocarriles. El servicio de correos que entonces teníamos era lento y deficiente, transportado en coches de posta, y el que cubría la ruta entre la capital y Puebla era asaltado por facinerosos dos o tres veces en el mismo viaje, de tal manera que los últimos en atacarlo no encontraban ya nada que robar.

"Tenemos ahora un sistema eficiente y económico, seguro y rápido a través de todo el país y con más de doscientas oficinas postales.

Enviar un telegrama en aquellos tiempos era cosa difícil. Hoy tenemos más de 45 000 millas de líneas telegráficas operando.

"Empezamos castigando el robo con pena de muerte y apresurando la ejecución de los culpables en las horas siguientes de haber sido aprehendidos y condenados. Ordenamos que dondequiera que los cables telegráficos fueran cortados y el jefe del distrito no lograra capturar al criminal, él debería sufrir el castigo; y en el caso de que el corte ocurriera en una plantación, el propietario, por no haber tomado medidas preventivas, debería ser colgado en el

poste de telégrafo más cercano. No olvide usted que éstas eran órdenes militares.

"Éramos duros. Algunas veces, hasta la crueldad. Pero todo esto era necesario para la vida y el progreso de la nación. Si hubo crueldad, los resultados la han justificado con creces."

Las aletas de su nariz se dilataron y temblaron. Su boca era una línea recta.

"Fue mejor derramar un poco de sangre, para que mucha sangre se salvara. La que se derramó era sangre mala; la que se salvó, buena.

"La paz era necesaria, aun cuando fuese una paz forzada, para que la nación tuviera tiempo de pensar y actuar. La educación y la industria han llevado adelante la tarea emprendida por el ejército."

Se paseó lentamente a lo largo de la terraza, con la mirada fija abarcando la escena, como si los viejos días gravitaran sobre él una vez más: la matanza y victoria de Puebla; la marcha sobre la ciudad de México; la visita de la altiva princesa de Salm Salm a sus filas y sus vanas súplicas por la vida del emperador Maximiliano, quien se preparaba a morir en Querétaro; la entrevista clandestina con el sacerdote secretario de Maximiliano; la palidez de la señora doña Luciana Arrozola de Baz, esposa del ministro de la Guerra, quien salió a ofrecer la capitulación de la capital si Díaz abandonaba la República; las tentativas de generales traidores, aquí en el cerro de Chapultepec, dispuestos a traicionar al emperador para salvarse ellos mismos; todos heroínas, héroes, sacerdotes, soldados, rechazados sin esperanza, y las líneas de afilado acero, gloriosas ya de

sangre opresora extranjera, se reforzaban y estrechaban alrededor de la ciudad. Después, la bandera blanca ondeando allá sobre las torres grises de la catedral, el fin del bastardo imperio y la entrada del polvoso ejército republicano, con Díaz a la cabeza, entre muchedumbres de peones tocados con sombreros enormes, envueltos en sarapes, descalzos y llorando de gratitud.

"¿Y cuál es, en su opinión, la fuerza más grande para mantener la paz: el ejército o la escuela?", pregunté.

La cara del soldado enrojeció levemente y la espléndida cabeza blanca se irguió aún más:

"¿Habla usted del presente?"

"Sí."

"La escuela. No cabe la menor duda acerca de ello. Quiero ver la educación difundida por todo el país, llevada por el gobierno nacional. Espero verlo antes de morir. Es importante para los ciudadanos de una república el recibir todos la misma instrucción, de modo que sus ideales y sus métodos puedan armonizar y se intensifique así la unidad nacional. Cuando los hombres leen las mismas cosas y piensan lo mismo, están más dispuestos a actuar de común acuerdo."

"¿Y cree usted que la vasta población indígena de México es capaz de un gran desarrollo?"

"Sí, lo creo. Los indios son amables y agradecidos. Todos, menos los yaquis y algunas tribus mayas. Tienen tradiciones de una antigua civilización propia. Se les encuentra a menudo entre los abogados, ingenieros, doctores, oficiales del ejército y otros profesionales."

Sobre la ciudad flotaba el humo de las numerosas fábricas.

“Es mejor que el humo de los cañones”, dije.

“Sí”, me contestó, “pero hay, sin embargo, tiempos en los que el humo del cañón no es una cosa tan mala. Los trabajadores pobres de mi país se han levantado para sostenerme, y no olvidaré nunca lo que mis compañeros de armas y sus hijos han sido para mí en mis numerosas horas críticas.”

Había lágrimas en los ojos del veterano.

“Eso”, dije, señalando una plaza de toros moderna cercana al castillo, “es la única institución española que sobrevive todavía en este paisaje.”

“Usted no ha visto nuestros empeños”, exclamó. “España nos los trajo, al igual que las plazas de toros.”

La terraza en la que estaba el prócer de América muestra todavía las feas decoraciones de estilo pompeyano que el sentenciado emperador Maximiliano y la bella emperatriz Carlota hicieron pintar en los cielos rasos para satisfacer sus gustos a la austríaca. El patriota que aplastó al invasor imperial y en cuya sangre se halla mezclada la corriente ancestral española con la de una civilización nativa de América, cuyos monumentos son hasta la fecha la maravilla del continente, no preservará los recuerdos oropelescos del aventurero coronado a quien combatió, y cuyos intentos de soborno desdeñó, ni siquiera lo alteraron o quiso tocar.

A nuestros pies, buscando la ciudad desde los jardines del castillo, corría la ancha y hermosa avenida que la joven emperatriz Carlota regaló a México. Ella, la princesa que perdió la razón suplicando al papa que interviniera ante Napoleón III para salvar a su esposo, vive hoy día, con la

cabeza gris, silenciosamente, en un castillo de Bélgica.

Aquí, en el paseo, existe —erigido por el presidente Díaz— un monumento a Cuauhtémoc, el último de los Moctezuma. Hay también un monumento a Carlos IV, que es la mayor fundición de una sola pieza de bronce que se ha hecho en el mundo y cuyo autor se suicidó al percatarse de que al caballo le faltaban estribos para el imperial jinete.

Lejos, a la derecha, entre los árboles de Coyoacán, está el jardín en el que Cortés estranguló a su esposa y el sitio en donde le quemó los pies a Cuauhtémoc, en un vano intento de hacer que el monarca le revelara el escondite de los tesoros aztecas.

Aún más allá, en el valle, están la pintoresca casa y el jardín de Alvarado, el cruel capitán de Cortés, y la que, antes de la llegada de los españoles, era residencia de un jefe azteca. En ella vive hoy la señora Nutall, encantadora mujer oriunda de California y que busca descifrar el misterio de los indígenas americanos estudiando las majestuosas ruinas de México.

A la derecha está el camino por el cual Cortés y sus huestes se retiraron de la capital de Moctezuma cuando los aztecas se rebelaron contra la cruel opresión; y el árbol, verde todavía, bajo cuyas ramas lloró el Conquistador en la Noche Triste, cuando se halló frente a sus filas derrotadas.

Y a través de todo el valle se mueve un magnífico sistema de tranvías eléctricos y aun la derruida casa de Cortés se alumbra con electricidad. Un elevador, eléctrico también, corre a través del túnel que, en caso de peligro, podía servir a Moctezuma de vía de escape y que existe en la colina de Chapultepec.

Es difícil pensar que esta bellísima llanura fue alguna vez un lago y que los aztecas construyeron en él su grandiosa ciudad lacustre, con calzadas que la unían a la tierra firme. El presidente Díaz hizo perforar un túnel a través de las montañas del este y el Valle de México deja escapar hoy sus aguas hasta el mar, mediante un sistema de canales y alcantarillas que costó más de 12 000 000 de dólares.

"¿Existe una base verdadera para el movimiento panamericano? ¿Existe una idea netamente americana que pueda unir los pueblos de este hemisferio y que los ate y distinga del resto del mundo?"

El presidente oyó la pregunta y sonrió. Hacía sólo unas cuantas semanas que el secretario de Estado norteamericano había sido huésped de México, alojado y tratado en el Castillo de Chapultepec a cuerpo de rey, mientras la colina a los pies del castillo se había convertido en un jardín de cuento de hadas, y toda la nación, desde el presidente hasta el último trabajador, se esforzó por demostrar que, de todas las repúblicas americanas que el ilustre huésped había visitado, ninguna podía igualar a la tierra de Moctezuma en la magnificencia de su bienvenida.

"Existe un sentimiento americano y va tomando incremento", dijo el presidente. "Pero es inútil negar un instintivo sentimiento de desconfianza, un miedo de absorción territorial, que interfiere con la más estrecha unión de las repúblicas americanas. Así como los guatemaltecos y otros pueblos de América Central parecen temer una absorción ejercida en ellos por México, así hay mexicanos que sienten temor de la ejercida por los Estados Unidos. Personalmente, yo no comparto este miedo. Tengo plena confianza en las

intenciones del gobierno norteamericano aun cuando —de repente, parpadeó rápidamente— los sentimientos populares cambian, cambian los gobiernos y no podemos predecir lo que traerá el futuro.

“El trabajo realizado por el Departamento de Repúblicas Americanas en Washington es favorable y tiene un gran campo de acción. Merece un apoyo sincero y fuerte. Todo lo que se necesita es que los pueblos de las naciones americanas se conozcan mejor entre sí, y el Departamento de Repúblicas está haciendo una gran labor en este sentido.”

Hablaba con marcada confianza en la utilidad interamericana del Departamento, bajo la supervisión de su director, el señor Barrett.

“Es de suma importancia que los líderes del hemisferio se visiten unos a otros en sus respectivos países. La visita a México del secretario Root y las palabras que aquí dijo han sido fructíferas. Los grupos ignorantes del pueblo de México habían sido llevados a pensar que sus enemigos vivían al otro lado de la frontera norte del país. Pero una vez que han visto a un distinguido estadista y funcionario del gabinete, como lo es el señor Root, hospedado en México, y una vez que han escuchado y aprendido las palabras de amistad y respeto que él dijo, no pueden ser engañados de nueva cuenta. Dejad a los dirigentes de las Américas frecuentarse más, y la idea panamericana crecerá cada vez con más fuerza, mientras que las repúblicas aprenden que no tienen nada que temer una de otra y sí mucho que esperar de sus relaciones.” “¿Y la Doctrina Monroe?”

“Limitada a un propósito particular, la Doctrina Monroe merece y recibirá el apoyo de todas las repúblicas

americanas. Pero como un vago clamor general de poderío por parte de los Estados Unidos, pretensión que se asocia fácilmente con la intervención armada en Cuba, es causa de profundas sospechas. No hay ninguna razón de peso por la cual la Doctrina Monroe no deba ser una doctrina general de América más que una simple política nacional de los Estados Unidos. Las naciones de América debieran poder unirse entre ellas para la mutua defensa y cada nación estar acorde en suministrar su parte de recursos en caso de guerra. Aún más: debieran establecerse penas para aquellos países que no cumplieran con las obligaciones que el tratado impusiera. Una Doctrina Monroe, así, haría a cada nación sentir que su respeto propio y su soberanía y dignidad no quedaban comprometidas y aseguraría a las repúblicas americanas contra invasiones de tipo monárquico o conquistas."

"¿Cómo repercute en usted, a esta distancia, la actual tendencia de un sentimiento nacionalista en los Estados Unidos, señor presidente? Como guía del pueblo mexicano, nos ha estudiado usted por más de treinta años."

¡Qué fuerte parecía, qué franco, sencillo y sano, mientras bajo la luz del sol permanecía firme, ahí en ese suelo en donde nació la civilización del Nuevo Mundo. Él, cuyo brazo infantil era aún demasiado débil para defender a México cuando fue despojado de la mitad de su territorio por bayonetas americanas. Él, que desde ese aciago día ha hollado cincuenta campos de batalla y ha defendido a su país contra todo enemigo de dentro y de fuera!

"El pueblo de los Estados Unidos se distingue por su espíritu público", dijo. "Tiene un amor especial a la patria. He conocido miles de norteamericanos cada año, y he hallado,

por regla general, que son trabajadores, inteligentes y hombres de gran energía de carácter. Pero su principal característica es ese amor patrio. En mi opinión, en caso de guerra, este espíritu se convierte en un espíritu militar.

"Al tomar las Filipinas y otras colonias, han puesto su bandera muy lejos de sus costas. Eso significa que tienen ustedes una gran marina. No abrigo la menor duda de que, si el presidente Roosevelt permanece en su puesto por otros cuatro años, la marina norteamericana igualará en fuerza a la marina británica."

"Pero, señor presidente, Cuba será devuelta a su gente y en los Estados Unidos está claramente entendido que el pueblo de las Filipinas recibirá su independencia política y territorial tan pronto como esté listo para gobernarse solo."

Escuchando gravemente y sin expresión en el rostro, miró allá lejos, hacia los nevados volcanes, detrás de los cuales se representaba la escena sangrienta de la lucha en que él aplastó el poder de Europa en los acontecimientos de México e hizo del imperialismo una palabra despreciada de sus coterráneos.

"Cuando Estados Unidos les dé la independencia a Cuba y a las Filipinas", dijo en voz baja, ligeramente afectada por la emoción, "tomará el lugar que le corresponde a la cabeza de las naciones y toda la desconfianza y todo el miedo desaparecerán para siempre de las repúblicas americanas."

Es de todo punto imposible transmitir la gravedad y vehemencia con que habló el presidente.

"Mientras ustedes conserven las Filipinas, se verán obligados a mantener no sólo una gran marina, sino también un

ejército que crecerá cada vez más.”

“Estamos tratando de hacer que los maestros de escuela norteamericanos tomen el lugar de los soldados en las Filipinas”, aventuré.

“Aprecio eso, pero yo me siento satisfecho con saber que, al final, los filipinos saldrán ganando más que los norteamericanos. Y que, mientras más pronto dejen ustedes sus posesiones en Asia, será mejor desde cualquier punto de vista. No importa qué tan generosos puedan ustedes ser; la gente que gobiernen se sentirá siempre un pueblo conquistado.”

Hubo una pausa. Una bandada de palomas revoloteó alrededor del castillo. De la ciudad subía, lejano, el tañer de las campanas de las iglesias.

“Los hombres son más o menos iguales en todo el mundo”, continuó. “Las naciones son como los hombres. Deben ser estudiadas y sus movimientos comprendidos. Un gobierno justo es simplemente el conjunto de las ambiciones colectivas de un pueblo, expresadas prácticamente.

“Todo se reduce a un estudio de lo individual. Es lo mismo en todos los países. El individuo que apoya a su gobierno en paz o en guerra tiene algún motivo personal. La ambición puede ser buena o mala, pero no es, en el fondo, más que una ambición personal. El principio de un gobierno verdadero es descubrir cuál es ese motivo y el gobernante nato debe buscar, no para extinguir, sino para regular, la ambición individual. Yo he tratado de seguir esta regla en mis relaciones con mis compatriotas, quienes son por naturaleza amables y afectuosos y siguen con más frecuencia los

dictados de su corazón que los de su cabeza. He tratado de descubrir qué es lo que el individuo quiere. Aun de su adoración a Dios un hombre espera algo a cambio y ¿cómo un gobierno humano espera obtener algo más grande de su organización?

"Tuve en mi juventud duras experiencias que me enseñaron muchas cosas. Cuando tuve a mis órdenes dos compañías de soldados, hubo un tiempo en el que por seis meses no recibí de mi gobierno ni instrucciones, ni consejos, ni ayuda económica. Tuve que ser yo mi propio gobierno. Encontré entonces que los hombres eran iguales que hoy. Creía en los principios democráticos como todavía ahora creo, a pesar de que las circunstancias me han obligado a tomar medidas severas para asegurar la paz y con ella el desarrollo, que deben preceder a un gobierno absolutamente libre. Meras teorías políticas, por sí solas, no crean una nación libre.

"La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista debe buscar premiar la ambición individual tanto como sea posible, pero debe poseer un extinguidor, para usarlo firme y sabiamente cuando la ambición individual arde demasiado para que siga conviniendo al bien común."

"¿Y el problema de los monopolios, señor presidente? ¿Cómo es que un país como México, rico en recursos naturales en espera de explotación, va a protegerse de la opresión de este tipo de alianzas entre la unión industrial y la riqueza, tal como han crecido en los Estados Unidos, su más inmediato vecino?"

"Favorecemos y protegemos el capital y la energía del mundo entero en este país. Tenemos un campo para inversionistas como quizás no se halle en ninguna otra parte. Pero al mismo

tiempo que somos justos y generosos con todos, vigilamos que ninguna empresa llegue a constituirse con detrimento de nuestro pueblo.

“Por ejemplo: pasamos una ley que previene que ningún propietario de yacimientos petrolíferos tiene derecho a venderlos a ninguna otra persona sin previo consentimiento del gobierno. No quiero decir con esto que objetemos la explotación de nuestros campos petroleros por el rey americano del petróleo, sino que estamos resueltos a que nuestros pozos no sean suprimidos para prevenir la competencia y mantener el precio del petróleo americano.

“Hay siempre algunos puntos sobre los cuales los gobiernos no hablan, porque cada caso debe ser tratado de acuerdo con sus propios méritos, pero la República Mexicana usará toda su fuerza en preservar para su pueblo un justo reparto de sus riquezas. Hemos mantenido el país en condiciones de libertad y de bonanza hasta hoy, y creo que podemos seguirlo manteniendo así en el futuro.

“Nuestra invitación a todos los inversionistas del mundo no está basada en vagas promesas, sino en el modo como los tratamos cuando vienen a nosotros.”

Y así, dejé al guía del México moderno entre las flores y los recuerdos de las alturas de Chapultepec.

El niño mestizo que más tarde iba a hacer de la explotada y degradada nación mexicana un reto para los estadistas y una confusión para los visionarios políticos del mundo, nació hace setenta y siete años en la ciudad de Oaxaca, entre las montañas del suroeste de México.

El mismo valle vio nacer a Benito Juárez, el indio de sangre

zapoteca pura, abogado y patriota, “el hombre de la levita negra”, quien fue el primer presidente constitucional de la república.

Porfirio Díaz era descendiente de españoles que casaron con mujeres de raza mixteca, gente esta industriosa, inteligente y honrada, cuya historia se pierde en los mitos de la América aborigen.

Era hijo de un posadero. Hoy, una institución docente se levanta a guisa de monumento en el lugar en que nació. Tres años de edad contaba cuando su padre murió de cólera y su madre, mixteca, se quedó sola para mantener a una familia de seis hijos.

Cuando el muchacho, ya más grande, quería un par de zapatos, observaba atento a un zapatero, pedía prestadas las herramientas y se los confeccionaba él mismo. Así hizo también cuando quiso tener una pistola: tomó un viejo cañón de mosquete, enmohecido, y la llave de una pistola, y se fabricó con ellos un arma que ofrecía seguridad. Así aprendió también a hacer muebles para la casa de su madre.

Hizo entonces cosas diversas de la misma manera que forjó después a la nación mexicana: con la clara fuerza de su iniciativa moral, confianza en sí mismo, laboriosidad y diligencia práctica. No pidió nunca a nadie nada que él pudiese conseguir por sí mismo.

Yendo de un extremo al otro de las 767 005 millas cuadradas del territorio de México, en el que más de quince millones de personas viven hoy día, se ven por todas partes las pruebas de su genio constructor. Se pasa de los campos de batalla a las escuelas, de las escuelas a los ferrocarriles, fábricas, minas

y bancos. Y lo maravilloso está en cómo un solo hombre puede significar tanto para una nación, y esa nación ser una república americana, la más cercana vecina de los Estados Unidos y la que le sigue en importancia.

Este hombre se halló con un México en bancarrota, dividido, infestado de bandidos, presa de mil modos distintos de soborno. Actualmente, la vida y la propiedad están seguras entre las fronteras de la república.

Después de gastar cantidades en millones de dólares para mejorar los puertos, obras de drenaje y otros vastos proyectos de ingeniería, pagando bonos de la deuda pública —para no mencionar nada del hecho de haber basado en oro las finanzas nacionales—, la nación tiene un superávit de 72 000 000 de pesos en el erario y esto a pesar de los enormes subsidios gubernamentales que han producido 19 000 millas de líneas férreas.

Cuando llegó al poder, el comercio exterior anual de México llegaba a 36 111 600 pesos en total. Hoy día su comercio con otras naciones alcanza la enorme suma de 481 363 388 pesos con un balance de venta a su favor de 14 636 612 pesos.

Había solamente tres bancos en el país cuando el presidente Díaz asumió el mando por primera vez; tenían poco capital y prestaban a enormes intereses que cambiaban constantemente.

Hay ahora treinta y cuatro bancos constituidos por sí solos, cuyo activo total asciende a cerca de 700 000 000 de pesos con un fondo de capital combinado de 158 100 000 pesos.

Ha cambiado también un proyecto irregular e ineficaz de educación pública, que tenía cuatro mil ochocientas

cincuenta escuelas y alrededor de ciento sesenta y tres mil alumnos, en un sistema espléndido de educación obligatoria, que cuenta a la fecha con más de doce mil escuelas a las que asisten quizá más de un millón de alumnos; escuelas que no sólo educan a los niños de la república, sino que penetran en las prisiones, barracas militares e instituciones de caridad.

Y de un extremo al otro del país, con 800 000 000 de pesos en oro —de capital norteamericano únicamente—, está el testimonio incontrovertible, de propios y extraños, de que el gobierno administra honradamente y de que las empresas negociantes son conducidas con justicia, inteligentemente y sin la menor sugerencia de extorsión, allí en donde antes todo era corrupción, opresión y confusión.

Aquel niño oaxaqueño, delgado, de grandes ojos oscuros, con sangre española y mixteca en las venas, que había de hacer estas cosas admirables por su país, y cambió a México de la debilidad y la vergüenza a un sitio de honor y fuerza entre las naciones americanas, no podía vislumbrar el importante papel que más tarde desempeñaría en la historia. Cuando niño, le gustaba vagar entre las ruinas de Mitla, inquiriendo y preguntándose entre esos vastos restos acerca de una civilización indígena que se remonta más atrás de Colón, más atrás de Cortés, más atrás de los peregrinos del Mayflower, antes aun que los aztecas, a un tiempo en que los zapotecas y los mixtecas levantaron sus altares y palacios, vivieron su vida teocrática y socialista, en este mismo continente suyo, y no soñaron nunca en que habían de venir los españoles a imponer una teología dogmática y la fuerza de sus armas de fuego.

Fue aquí, entre los derruidos altares de sus antepasados

aborígenes, que él aprendió a amar a su patria con un amor y una intensidad que ha hecho vivir el espíritu nacional aletargado, descalzo, bajo la manta de la ignorancia de México; que hizo a un hombre capaz de erguirse y sobresalir entre los peones, nobles, derrotados y hambrientos, para implantar una república que sería solvente y respetada.

Es difícil creer que el presidente de cabeza blanca con quien hablé en el Castillo de Chapultepec, en diciembre —héroe y guía de su pueblo—, es el Porfirio Díaz que jugaba entre las ruinas de Mitla y que había sido destinado por su pobre madre para la carrera eclesiástica.

Nadie puede determinar la edad del pueblo que Díaz iba a convertir en una gran nación.

Antes del nacimiento de Cristo, México tenía ciudades, templos, leyes y palacios. Sus esculturas, su cerámica, sus jardines y minas de oro, plata y cobre se pierden en la sombra, más allá del conocimiento humano.

En Yucatán y en Oaxaca subsisten los vestigios de maravillosos edificios levantados por los primeros civilizadores de la América. No lejos de la ciudad de México se encuentra la imponente pirámide de Cholula, mayor que cualquiera de las de Egipto y en cuya cúspide estuvo el templo de Quetzalcóatl, el “dios justo”. Desde lo alto de esta pirámide, Cortés, el Conquistador, contó cuatrocientas torres de los templos que existieron antes de que el cristianismo español se extendiera y destruyera los anales del pueblo. Todavía hoy, los científicos que excavan alrededor de la pirámide afirman que ya era vieja y desconocido su origen cuando los antiguos aztecas descubrieron la llanura de

Cholula.

Cuando Penda, el rey idólatra, luchaba en Inglaterra para mantener la religión de Woden en contra de la religión de Cristo, y cuando Teodoro I era obispo de Roma, la raza tolteca reinaba en México. Los aztecas aparecieron en el siglo XII, cuando Ricardo Corazón de León intentó rescatar el Santo Sepulcro del poder de los sarracenos. Se establecieron en el Valle de México y construyeron su capital sobre pilotes, en medio de un lago profundo, ciudad que es hoy la capital de México.

El imperio de los Moctezuma empezó, según es fama, alrededor del año 1460, y cuando Cortés, el sanguinario y codicioso invasor español, llegó ante los aztecas, reinaba Moctezuma II. La muerte de este monarca amigable y generoso, víctima de las flechas de sus propios soldados cuando Cortés lo obligó a aparecer ante el pueblo indignado con la esperanza de calmarlo así; la tortura y muerte de Cuauhtémoc, su real sucesor y último de los Moctezuma; la destrucción de los templos y anales indígenas por la España cristiana, fueron incidentes en el grandioso y estrujante espectáculo de toda una civilización extinguida por la fuerza.

En toda la extensión de México se ven actualmente millones y millones de descendientes de los antiguos mexicanos, envueltos en sus llamativas mantas, tocados con sombreros absurdamente altos y anchos, vistiendo pantalones tan ajustados que uno se admira pensando en cómo se los quitarán, calzados con sandalias, o bien, descalzos. Gente de piel bronceada, cabellos lacios, grandes ojos oscuros y ademanes indolentes; gente afectuosa, amable, atenta y agradecida.

Es suficiente para hacer brotar lágrimas de los ojos de cualquier norteamericano el ver a estos peones maltratados, a sus mujeres e hijos pobres, pacientes, ansiosos todos de ser amados, respondiendo al instante a toda mirada o palabra amable, adheridos a la religión con sencilla buena fe, que añade un nuevo sentido de santidad a las derruidas capillas cristianas de su país. Se les ve, hombres y mujeres humildes, tomados de la mano, cariñosamente, aun en las carreteras; se ve al pobre dando constantemente al pobre y el orgullo solemne del más infeliz desheredado cuando habla de la independencia de México. Y se piensa en los trescientos años de indescriptible horror que sus antecesores pasaron bajo la dominación española, robados, torturados y degradados casi hasta el nivel de las bestias.

Existen en México cincuenta y cinco lenguas nativas y aún hoy grandes masas del pueblo hablan solamente la lengua azteca.

Y para estos indígenas americanos Porfirio Díaz es algo menos que un dios, pero algo más que un hombre. Si ha derramado sangre, si ha gobernado con mano de hierro, si por momentos parece que ha negado los principios democráticos por los que peleó en el frente, si se ha mantenido en funciones cuando deseaba retirarse, ha sido principalmente por las clases oprimidas, para que, con la ayuda de la educación y de la industria en una paz firme y duradera, aun cuando las condiciones para lograr todo esto sean impuestas por la fuerza de las armas, ellos, los humillados, los despojados herederos de la primera civilización de América, puedan elevarse y permanecer libres para siempre en una atmósfera de luz, para que algún día,

después de todo, cada voto gane y cuente y el país sea gobernado por sus propios hijos.

Una y otra vez durante mis pláticas con el general Porfirio Díaz, en diciembre, me expresó su confianza en que estas maravillosas razas alcanzarán el más alto grado de la civilización. Parecía engrandecerse con una nueva dignidad cuando hablaba de ellos. Su plan para nacionalizar la educación ha nacido de su fe en ellos y en su futuro.

Sin embargo, a pesar de las loables e inmejorables cualidades de los indígenas, cuando se les ve por todas partes descansando bajo la luz del sol, recargados en sus pequeñas chozas de adobe, inertes, felices en su somnolencia, perezosos, parece verdaderamente milagroso que un solo hombre pudiera haber cambiado el más corrompido, confuso y desvalido país del mundo en un México moderno. Fue quizá esta transformación la que confirmó al guía de la nación en sus democráticos principios y la que lo hace esperar confiadamente en que llegará el gobierno definitivo de la voluntad del pueblo.

A la caída del imperio azteca, los monjes españoles barrieron materialmente todo vestigio de la civilización original, y el total aniquilamiento del gran templo indígena en el sitio preciso en que hoy se levanta la catedral de la ciudad de México fue un mero incidente del fiero vandalismo que hizo perder al mundo la clave de una de sus más viejas e interesantes civilizaciones.

No es necesario narrar la historia aterradora de los trescientos años bajo el poder de los virreyes de México. Éstos esclavizaron a la gente y la despojaron de la tierra. En el reinado de Felipe II —aquel cuyo fanatismo religioso

provocó la rebelión de los Países Bajos, y el mismo que envió su armada contra Inglaterra— la terrible Inquisición se estableció en México, y todavía en fechas relativamente recientes —1815— los herejes eran ejecutados en una plaza de la capital, por la que hoy se puede pasear entre flores y árboles a los acordes de una banda militar.

Antes de la llegada de los españoles, los aborígenes ofrecían sacrificios humanos a los dioses, de víctimas a las que arrancaban el corazón, pero la cristianización que siguió a Cortés pareció dejar a veces profundas huellas en el alma de los conquistados.

Monjes dominicos, franciscanos y carmelitas cruzaron el país. Las órdenes monásticas se hicieron inmensamente ricas. Sus monasterios, verdaderas fortalezas. Se apoderaron de las mejores tierras. Millones y millones de dólares se gastaron en la ornamentación de las iglesias. Todavía hoy es posible ver la evidencia de la casi increíble extravagancia que acompañó a la cruel altivez de la regla monástica, mientras que la masa del pueblo, derrotada y acobardada, se hundía cada vez más en los abismos de la más profunda miseria e ignorancia.

Así y todo, fue el pueblo mismo el que dio los dos más grandes hombres en la historia de México: Benito Juárez y Porfirio Díaz, ambos de sangre india.

Fue un sacerdote —¡oh rueda admirable de la justicia!—, un sacerdote de sangre española, el que dio el primer gran paso para la independencia de México, en septiembre de 1810. Miguel Hidalgo tenía sesenta años cuando desde su púlpito en la pequeña población de Dolores proclamó en alta voz la revolución y, con un estandarte que tenía impresa en tela de algodón la imagen de la Virgen de Guadalupe, seguido de un

puñado de patriotas armados de cuchillos y garrotes, levantó en armas a una parte del país, asaltó y tomó Guanajuato, San Miguel y Celaya, y marchó sobre la capital.

Pero el venerable sacerdote de cabeza blanca fue derrotado, capturado y fusilado después de un juicio sumario, junto con tres de sus compañeros. Sus cabezas fueron colgadas de clavos y exhibidas durante once años en los muros de la fortaleza de Guanajuato. A la fecha, descansan en la espléndida catedral de México.

Fue otro sacerdote, José María Morelos, el que siguió la lucha comenzada por Hidalgo. Convertido en un buen soldado, la historia de su lucha por la libertad es una de las páginas más coloridas de la historia. En 1815 fue hecho prisionero, condenado por la Inquisición como "hereje, inconfeso, traidor a Dios, al rey y al papa" y fusilado.

Fue Agustín de Iturbide, antes coronel de las fuerzas españolas, quien ganó la tremenda lucha intentada por Hidalgo y Morelos.

Pero Iturbide se proclamó emperador, vivió en un gran palacio convertido actualmente en hotel con gran movimiento de compañías norteamericanas, y estableció un monopolio eclesiástico.

Surgió entonces el general Santa Anna, aventurero arrojado y valiente pero vulgar, cuyas fuerzas fueron finalmente diseminadas por descargas norteamericanas. Este tirano, pintoresco y bribón, proclamó una república, desterró a Iturbide y, cuando el emperador regresó a México, lo hizo fusilar.

Santa Anna no fue más que un brillante jugador político que

gobernó al país valiéndose de presidentes títeres y que jugaba, a su vez, a ser presidente o dictador.

Ganó batallas, hizo carnicerías con sus prisioneros, trató de frustrar la revolución texana, fue capturado por los texanos y liberado, perdió una pierna defendiendo a Veracruz contra los franceses y la hizo sepultar con pompa real; fue dos veces desterrado y dos veces vuelto a llamar; y, una vez más desterrado por una revolución, regresó a morir oscuramente. Fue un soldado polifacético y sin escrúpulos y que dirigió la guerra, desastrosa, contra los Estados Unidos.

El país iba quedando en bancarrota por las continuas guerras e intrigas políticas; las carreteras estaban cortadas y en poder de cuadrillas de bandoleros; oficiales del ejército, chantajistas y pérfidos fueron el escándalo de su época, y, mientras todo esto pasaba, el joven Porfirio Díaz se encontraba estudiando en un seminario católico romano de Oaxaca.

La noticia de que un ejército norteamericano había invadido México puso su alma en efervescencia. Caminó 250 millas a campo traviesa hasta la capital para ofrecerse como soldado. Pero ya era demasiado tarde: México había entregado casi la mitad de su territorio a los conquistadores norteamericanos.

El niño volvió a lado de su madre con una expresión distinta en el rostro. Su padrino, el obispo de Oaxaca, le recordó la decisión tomada de llegar a ordenarse sacerdote. Él se opuso a esta decisión: había resuelto ser soldado.

Siguió una escena terrible en la que se mantuvo firme sin hacer caso de los reproches de su madre y del obispo. En esa hora la semilla del México moderno principió a germinar inconscientemente en el corazón y en la cabeza de aquel

muchacho mestizo de diecisiete años.

Habiendo renunciado a la carrera sacerdotal, estudió leyes y pudo, con el tiempo, ayudarse a pagar sus estudios, impartiendo clases de materias de la misma carrera a un grupo de alumnos.

Fue a través de uno de sus profesores, don Marcos Pérez, que tuvo oportunidad de conocer a Benito Juárez, el ilustre abogado indígena entonces gobernador del estado de Oaxaca. Fue Juárez quien inició la obra de la reforma mexicana, completada y unificada por Díaz. El joven le llamó poderosamente la atención y lo hizo nombrar bibliotecario del colegio. Estos dos nombres son los más grandes en la historia de México: Juárez y Díaz.

Pero, inesperadamente, don Marcos Pérez fue arrestado y confinado en el torreón del convento de Santo Domingo, acusado de conspirar en contra de la dictadura de Santa Anna. Las cosas de este género terminaban generalmente en una muerte ignominiosa. Era, por tanto, de vital importancia que el prisionero tuviera medios de comunicarse con el exterior: su vida dependía de ello.

El joven Díaz no abandonó a su benefactor. En compañía de su hermano escaló los muros del convento durante la noche, se descolgó con una cuerda hasta la ventana del prisionero, habló con él, escapó a los centinelas del dictador y repitió hasta dos veces más la emocionante aventura. No hay nada comparable en ninguna novela o cuento a la hazaña de estas tres noches, cuando el que había de ser andando el tiempo presidente de México planeó en la oscuridad, colgado de una cuerda y casi al alcance de los centinelas, la seguridad del patriota mexicano que era su amigo.

Yo pensé en el pálido joven meciéndose en el aire al filo de la media noche, cincuenta y tres años atrás, cuando lo vi hace poco mirando hacia abajo desde el Castillo de Chapultepec. Y no tengo nada más que decir acerca de este hombre de edad avanzada sino que es, a la vez que forjador de su nación, la más impresionante figura de su tiempo.

La revuelta en contra de la tiranía de Santa Anna, en 1854, fue dirigida por el general Álvarez, indio puro que había peleado en la guerra de independencia contra España. Pero el dictador, audazmente, pidió el voto popular para sostenerse en el poder.

Votar contra Santa Anna significaba muerte o prisión. En Oaxaca, las tropas y cañones del dictador estaban apostados en la plaza en que se recogían los votos. A los profesores del Instituto de Leyes —Díaz era ahora profesor— les fue ordenado que votaran, como un solo hombre, por Santa Anna.

El joven profesor, que contaba a la sazón con veinticuatro años únicamente, fue hacia el libro de forro escarlata en el que los otros profesores, temblorosos, estaban inscribiendo sus nombres a favor del dictador, y solicitó que se le excusara de votar.

Fue insultado y tachado de cobarde. Sin decir palabra, fue hacia el libro de la oposición, en el que nadie se había atrevido a inscribir su nombre, y puso abiertamente su voto por el general Álvarez, jefe de la revolución en contra de Santa Anna.

En medio del rumor que levantó su atrevimiento, Díaz desapareció entre la multitud y, cuando fue ordenado su

arresto, ya había montado a caballo y, rifle en mano, derribó a todos los que le opusieron obstáculos, salió con rumbo al pueblo de la Mixteca, en donde se puso a la cabeza de los grupos de peones descalzos pero armados para derribar la dictadura y derrotó a las tropas que habían sido enviadas a perseguirlo. Éste era Porfirio Díaz a la edad de veinticuatro años.

Después de la caída de Santa Anna, el general Álvarez fue presidente y nombró a Juárez ministro de Justicia y Asuntos Eclesiásticos. Juárez proyectó una ley para sujetar a los soldados y al clero al juicio civil. Esto provocó la oposición de la Iglesia, que predicó la resistencia. El general Álvarez renunció a la presidencia e Ignacio Comonfort formó un gobierno provisional, anunciando que el clero debería acatar las leyes.

Hubo una revuelta clerical en Puebla, que fue rápidamente sofocada, y los gastos que originó fueron cubiertos por el Estado mediante la venta de propiedades del clero. La guerra entre la República y la Iglesia había comenzado y no terminó hasta que el suelo mexicano se empapó en sangre.

La República prohibió a las corporaciones religiosas la posesión de tierras, restringiéndola a lo absolutamente necesario para las necesidades de la Iglesia, y dirigió la venta de todas las propiedades de ésta.

Se adoptó entonces una Constitución que abolía todos los privilegios militares y eclesiásticos, proveyendo a la educación pública y garantizando la libertad de palabra y de imprenta, el derecho de petición y asociación y la portación de armas. Esto fue la causa de una gran guerra civil.

Díaz se convirtió en capitán de la Guardia Nacional y en julio de 1857 dirigió un ataque contra los revolucionarios conservadores y clericales cerca del pueblo de Ixcapa. La batalla se convirtió en lucha cuerpo a cuerpo: el joven capitán de veintisiete años cayó herido por una bala que le desgarró un costado. Cayó, pero al momento, con el rostro pálido y desangrándose, se levantó y arrojó a la pelea, alentando a sus soldados hasta que se ganó la batalla. Cerca de dos años más tarde un cirujano norteamericano le extrajo a bala.

Todavía sufriendo a consecuencia de esta herida fue llamado para ayudar a recapturar su ciudad natal, Oaxaca, de las manos de un feroz jefe revolucionario apellidado Cobos. Con un escuadrón de hombres, dirigió un ataque desesperado por romper las líneas enemigas. Más tarde, cuando la herida se abrió nuevamente y él estaba tan débil que no podía ni ceñirse la espada, la batalla por la posesión de Oaxaca se ganó gracias a su valor y bajo su dirección.

Comonfort, habiendo proclamado una nueva constitución, se nombró dictador y acto seguido huyó a los Estados Unidos.

Juárez subió a la presidencia, prometiendo mantener la nueva constitución y tomando sobre sí la tarea de destruir el poder político de la Iglesia y confiscar sus vastas propiedades. Los clericales y los conservadores nombraron presidente a Miramón en la ciudad de México, el mismo general Miramón cortesano y pulido que fue ejecutado más tarde al lado de Maximiliano.

La guerra se desató por todo México. Las huellas de la terrible lucha aún pueden verse hoy día por todas partes.

Fue una guerra en la que los sacerdotes, con crucifijos en la mano, aparecían a la cabeza de tropas a la carga; una guerra en la que la Iglesia lanzaba anatemas desde miles de altares; una guerra en la que los tesoros de siglos eran bárbaramente arrancados de los muros, retablos y sacristías; guerra en la que los peones patriotas armados entraban rudamente a los recintos deslumbrantes de oro, plata y joyas, inapreciables tallas antiguas, bordados, pinturas y esculturas de Cristos y Madonas, santos estofados, ropas consteladas de gemas, relicarios maravillosos con la suave pátina del tiempo —y toneladas de plata de los altares, vasos de oro, bordados hechos con hilos de metales preciosos y toda clase de riquezas que fueron sacrificadas para pagar la soldada de las tropas.

Díaz era ya gobernador de un estado y comandante militar de un distrito. Tenía el grado de coronel.

Los Estados Unidos reconocieron a Juárez como presidente, pero estando bloqueado por sus enemigos en Veracruz lanzó desde allí una proclama confiscando las tierras de la Iglesia, seguida de otras varias que secularizaban el matrimonio y garantizaban la libertad de cultos.

Aun en contra del poder de la Iglesia y sus aliados políticos, aun en contra de los anatemas eclesiásticos y la enorme influencia acumulada por una tradición, sumada a una soldadesca desesperada y respaldada por una aristocracia inteligente, el presidente indio de la levita negra y su ejército ganaron la lucha rápidamente.

Una vez que se hubo tomado la capital y Juárez estableció su autoridad, Díaz regresó a Oaxaca y fue electo al Congreso.

El general Márquez, cruel asesino de sus prisioneros, sucedió a Miramón en su puesto y avanzó con sus tropas dispuesto a tomar la capital. Se oían ya las detonaciones de las armas de fuego, cuando Díaz se levantó y pidió al Congreso que le fuera concedido unirse a las fuerzas de la República.

El joven coronel, en un ataque nocturno que él mismo encabezó, derrotó a Márquez, capturó siete cañones y siete u ochocientos prisioneros, todo lo cual le valió ser ascendido a general.

Sería tarea inútil referir las batallas en que Díaz ha tomado parte. Su hoja de servicios demuestra que ha militado como soldado de México por espacio de cincuenta y cuatro años.

En 1862, el presidente Juárez suspendió el pago de los bonos del gobierno mexicano. No había dinero. La guerra había dejado vacío el tesoro nacional.

Inglaterra, Francia y España requirieron que se pagara a sus tenedores de bonos y, viendo que no obtenían más que promesas, formaron una alianza y enviaron una flota a México.

La República estaba exhausta y se permitió a los aliados desembarcar y ocupar Veracruz.

Entonces el débil espíritu de Napoleón III se enardeció y soñó en conquistas. Mandó a un agente, don Juan Almonte, para proponer a México un imperio mexicano bajo la soberanía de Francia, mientras que España e Inglaterra retiraban indignadas sus tropas.

Al momento, el francés proclamó una dictadura militar a cargo Almonte y un ejército francés marchó al interior. El

hermano de Díaz fue el primer mexicano herido en este avance.

Se libró una gran batalla en la ciudad de Puebla. Díaz era el segundo al mando del general Zaragoza. Aunque los mexicanos eran excedidos numéricamente de tres a uno, infligieron una terrible derrota a los invasores, y Díaz es la más arrojada y heroica figura en la historia de la lucha de ese día. México celebra la victoria del 5 de mayo como uno de sus más grandes aniversarios nacionales.

Casi un año más tarde, con un ejército mucho más numeroso, los franceses sitiaron Puebla, y después de semanas de combatir, a veces de casa en casa y cuerpo a cuerpo, con Díaz alentando a sus compañeros con sus brillantes métodos y su valor a toda prueba, la ciudad se rindió por hambre.

Díaz fue hecho prisionero, se rehusó a dar su palabra y, cubriéndose el uniforme con la manta de un peón, consiguió escapar gracias a su astucia, entrevistó al presidente Juárez en la ciudad de México y aceptó el mando del Ejército Oriental de la República, justamente antes de que Juárez abandonara la capital a los invasores.

Una vez ocupada la ciudad por los franceses, se ofreció la corona imperial de México al archiduque Maximiliano, hermano del actual emperador de Austria. El joven príncipe y su bella y joven esposa, Carlota, fueron escoltados por buques de guerra franceses y austríacos a través del océano y fueron coronados emperador y emperatriz en la catedral de México. Esto ocurría en 1863, cuando la guerra civil impidió a los Estados Unidos esa violación directa a la Doctrina Monroe.

Maximiliano, que era joven, hermoso y con mucho de soñador, formó una corte brillante bajo la influencia de la juvenil pero intensamente ambiciosa emperatriz Carlota. Pero reforzó y llevó adelante el proyecto de las Leyes de Reforma promulgadas por Juárez, lo que le costó perder mucho del apoyo del clero. También mandó fusilar a varios generales mexicanos, incluyendo al hermano de Díaz. Los republicanos nunca reconocieron el imperio sino que continuaron sus relaciones con el presidente Juárez, quien se retiró primero a San Luis Potosí y más tarde a Monterrey.

Fuertemente acosado, Juárez cruzó la frontera de Estados Unidos. El emperador publicó una proclama declarando que todo aquel que se levantara en armas en contra del gobierno debía ser considerado fuera de la ley y fusilado en el momento de capturarlo. Fue bajo este decreto infame que Maximiliano ejecutó a los generales mexicanos.

Napoleón había enviado al mariscal de campo Bazaine para apoyar a Maximiliano con aproximadamente cuarenta mil bayonetas francesas. Bazaine reconoció en Díaz al más inteligente y peligroso de sus enemigos y por consejo suyo trató Maximiliano de ganar al patriota general para su causa. Logró persuadir al general Uraga, bajo cuyas órdenes había militado Díaz, de que le escribiera a éste una carta seductora. Díaz contestó en términos fraternales, pero se burló de la propuesta escribiendo:

> Cuando un mexicano se presentó ante mí con las proposiciones de Luis [el mensajero de Uraga], yo debía haberlo hecho procesar de acuerdo con la ley y no haberte mandado más respuesta que la sentencia y notificación de la muerte de tu enviado. Pero la gran amistad que invocas, el respeto que te tengo y el recuerdo de días más felices que me unían a tí y a ese mutuo amigo, relajaron mi energía y la convirtieron en debilidad, al extremo de devolvértelo sano y salvo, sin una sola palabra de odiosa recriminación.

> La prueba a que me sometiste ha sido muy dura, porque tu nombre y tu amistad constituyen la única influencia, si es que hay alguna, capaz de forzarme a negar mi pasado y a romper con mis propias manos la preciosa bandera, emblema de la libertad e independencia de México. Como fui capaz de soportar la prueba, puedes creer que ni las más crueles desilusiones ni las mayores adversidades me harán titubear jamás…
>
> Ni conmigo ni con el distinguido personal del ejército, ni con las ciudades de esta extensa zona de la República, se puede pensar en la posibilidad de llegar a un entendimiento con el extranjero invasor, resueltos como estamos a pelear sin tregua, a conquistar o a morir en el empeño, para legar a la generación que nos sucederá la misma República que nosotros heredamos de nuestros padres.

Después de esa carta, escrita por Díaz a los treinta y cuatro años, cuando el jefe de su gobierno estaba fugitivo, cuando Francia y Austria sostenían a Maximiliano y cuando el emperador y su distinguido mariscal de campo estaban prontos a honrar al soldado a quien le extendían manos llenas de promesas, ¿no es de admirar que durante los largos años en el poder, con la República a sus órdenes y toda oposición desvanecida, ni una sola vez ha estado tentado de coronarse, y que hoy, en la cima de su autoridad y de su gloria, se presente ante el siglo XIX y ante todos los venideros como un testigo a favor de la democracia, un profeta de la virtud y la capacidad potencial de su pueblo?

Bazaine reunió un ejército y se dirigió contra Díaz en Oaxaca. El mariscal comandaba personalmente el ataque contra el patriota a quien no pudo corromper. Por espacio de varias semanas, sitiados y sitiadores pelearon a diario y la ciudad estuvo constantemente bajo el fuego de la artillería. Pero finalmente, después de haber perdido más de las dos terceras partes de sus soldados y cuando los víveres y el parque se acabaron, Díaz fue a pie, durante la noche, al encuentro de Bazaine, y Oaxaca capituló.

El mariscal expresó la alegría que le causaba el ver que Díaz

se percataba finalmente de su error: “Era criminal levantarse en armas contra el soberano.”

Díaz irguió la cabeza y contestó mirando a su vencedor directamente a los ojos:

“Yo no me uniré, ni aun menos reconoceré al Imperio. Soy tan hostil a él como lo he sido siempre al pie del cañón. Pero prolongar la resistencia es imposible y el sacrificio inútil, ya que no tengo hombres ni armas.”

Después siguió una larga prisión. Díaz se rehusó una vez más a dar su palabra de que no tomaría nuevamente las armas a favor de la República. El emperador le envió mensajes de advertencia. Los franceses amenazaban con dar muerte a los prisioneros, para doblegarlos, pero Díaz dijo francamente que, si él lograba escapar, tomaría partido contra el Imperio.

El prisionero pasó cuatro o cinco meses excavando un pasaje subterráneo desde la celda del convento en que estaba confinado, pero antes de que pudiera terminar su trabajo fue trasladado a otro convento; su celda carecía de luz y fue doblada la guardia.

Durante su larga prisión, uno de sus viejos generales, que había ingresado al servicio de Maximiliano, vino a su celda y le dijo que el emperador deseaba verlo y que la carroza imperial esperaba para llevarlo ante la presencia del soberano. Éste deseaba dar a Díaz el mando de una gran parte de su ejército.

El prisionero escuchó fríamente la propuesta y luego, irguiéndose en toda su estatura, dijo:

“No tengo objeción que poner a tal entrevista, pero no iré en la carroza imperial. El comandante de vuestros ejércitos tiene

el derecho de llevarme ante él, pero sólo en calidad de prisionero y, si me ve, ha de ser a la altura de los otros prisioneros.”

Era una contestación justa la del héroe de las Américas al aventurero coronado. Maximiliano no la olvidó nunca.

Es una prueba extraordinaria de la energía, resolución y coraje de este hombre que, a pesar de que su prisión era custodiada con una vigilancia poco común y de que un centinela entraba cada hora a su celda —porque no ocultó la intención de obtener su libertad—, se valió de un subterfugio para distraer la atención de sus guardias y se las arregló para escapar solo. He aquí en sus palabras la historia de esa dramática noche:

> Muy entrada ya la noche del 20,[1] hice una pequeña bola con tres cuerdas que me había procurado subrepticiamente para ayudarme en mi huida, poniendo otra en mi morral junto con una daga perfectamente afilada y puntiaguda, única arma que poseía.
>
> Después que hubo sonado en la campana de la prisión el toque de queda, subí hasta un balcón abierto cerca de los tejados y que daba a un patio interior del convento. En este lugar, las idas y venidas de un prisionero no llamarían la atención de los guardias porque era usado de ordinario por todos nosotros para hacer ejercicio.
>
> La noche estaba muy oscura pero las estrellas brillaban claramente en el cielo. Envuelto en una tela oscura, tomé las cuerdas, me aseguré de que nadie estaba cerca y las lancé al tejado contiguo. Entonces arrojé mi última cuerda sobre una gotera de piedra que salía encima de mí, y que parecía muy fuerte, y la aseguré con dificultad. La luz era demasiado débil para que pudiera ver bien la gárgola.
>
> Probé la fuerza de mi soporte y sintiéndome satisfecho trepé por la cuerda hasta el tejado. La desaté allí y cogí las otras tres que previamente había lanzado.
>
> Mi caminata sobre los techos hasta la esquina de San Roque, lugar que había escogido para mi descenso, fue de lo más peligroso. Frente a mí tenía el techo de una iglesia que dominaba desde su altura todo el convento prisión. Antes de que hubiera podido yo caminar mucho, llegué a una parte del tejado en la que había numerosos peraltes, porque cada una de las celdas del convento estaba construida dentro de un arco semicircular y los corredores iban entre estas filas de arcos. Siguiendo mi camino, aprovechando cada pedazo de resguardo y arrastrándome a veces con pies y manos, me moví lentamente en dirección del centinela mientras buscaba el lugar por donde habría de efectuar mi descenso.

Tenía que atravesar dos de los lados de un patio cuadrado. A menudo me detenía a explorar cuidadosamente el terreno en que me movía, porque había muchísimos pedazos de vidrios y tejas desparramados por la azotea y que se rompían haciendo ruido bajo mis pies. Más aún: había en el cielo frecuentes destellos luminosos que podían hacer que en cualquier momento fuera descubierto.

Al fin llegué al abrigo de un muro en donde el centinela apostado en el parapeto de la iglesia no podía verme, a menos que se inclinara completamente. Caminé con firmeza y descansé, deteniéndome a escuchar si había surgido alguna alarma. Aquí estaba yo en gran peligro, porque la construcción estaba en declive y muy resbalosa a causa de las fuertes lluvias. Un momento mi pie resbaló torpemente hacia las hojas de una ventana que hubieran ofrecido muy poca resistencia. De hecho, casi caí hasta abajo.

Para llegar a la calle de San Roque, en la que esperaba descender, tenía que pasar por una parte del convento que se usaba como habitación del capellán. Hacía poco tiempo que este individuo había denunciado a unos prisioneros políticos que en un esfuerzo poco fructuoso de escapar habían cavado un pasaje hasta esta habitación. De resultéis de esta denuncia fueron sacados de sus celdas al día siguiente y fusilados. Por consiguiente, yo necesitaba ser muy cauteloso para no despertarlo.

Casi sin aliento alcancé a llegar al techo de la casa del capellán, justo cuando un joven que seguramente vivía allí entraba por la puerta. Probablemente venía del teatro, porque canturreaba alegremente. Esperé hasta que hubo entrado a su cuarto. Poco después salió con una vela encendida y caminó directamente hacia donde yo estaba escondido, pero afortunadamente no me vio. Después de un intervalo, volvió a la casa; probablemente todo esto fue sólo cuestión de unos minutos, pero en esas circunstancias a mí los minutos me parecían horas. Cuando calculé que había pasado ya bastante tiempo y que el joven debería haberse metido en cama y quizá quedado dormido, caminé hasta la esquina de San Roque, a la que por fin llegué.

Exactamente en esta esquina hay en el techo una estatua de San Vicente Ferrer que había pensado usar para asegurar en ella mi cuerda. Pero, desgraciadamente, el santo se tambaleó cuando lo toqué. Pensé, sin embargo, que probablemente tuviera un soporte de hierro en algún sitio para sostenerlo, pero para mayor seguridad até la cuerda solamente alrededor de la base del pedestal que formaba el ángulo del edificio y me pareció que había quedado lo bastante fuerte para sostener cualquier peso.

Temía que pudiera ser visto por algún transeúnte si descendía directamente a la calle en esa esquina. Así, decidí bajar por el lado de la casa más lejano de la calle principal, lo que me daría la ventaja de algo de sombra. Pero, ¡ay!, cuando había llegado al segundo piso, mis pies perdieron el apoyo en la pared y, deslizándome del lado del jardín, caí en una zahúrda.

La daga se desprendió de mi cinturón y cayó entre los puercos. A mi vez, yo resbalé y caí también entre ellos, los cuales alarmados por la intrusión armaron tal chillería que si alguien hubiera ido a ver qué pasaba me hubiera descubierto. Tan pronto me hallé ya sobre mis pies, me escondí, pero tuve que esperar hasta

> que los puercos se tranquilizaron de nuevo para aventurarme a salir al jardín. Entonces, para alcanzar la calle, trepé una barda baja y tuve que hacer una rápida retirada, porque un gendarme pasaba haciendo su ronda y examinaba en ese momento las cerraduras de la puerta que estaba exactamente debajo de mí. Cuando se fue me dejé caer a la calle y aspiré nuevamente el aire de la libertad.
>
> Sudando y casi exhausto de fatiga, corrí a la casa donde esperaba hallar a mi criado, un guía y mi caballo [Díaz había logrado previamente comunicarse con sus dos aliados] y llegué al lugar sin ningún otro contratiempo.
>
> Estando ya a cubierto en la casa, los tres cargamos nuestras pistolas, montamos en los caballos y, después de evitar una patrulla, también de a caballo, salimos de la ciudad. Estaba casi seguro de que seríamos detenidos en la garita por la guardia y estaba resuelto a pelear para salir, pero afortunadamente la puerta estaba abierta, había una luz en la caseta y un caballo esperando fuera.
>
> Pasamos trotando y, una vez fuera de la ciudad, para ganar tiempo emprendimos un galope veloz.

Apenas Díaz había empezado a organizarse y a librar una serie de combates desesperados, cuando un mensajero de Maximiliano vino a decirle que el emperador estaba dispuesto a ponerse en manos de los liberales y para, al mismo tiempo, intimar a Díaz con que, si trocaba su lealtad, podría ser nombrado comandante en jefe de los ejércitos del Imperio.

La respuesta de Díaz fue la de siempre: su único objetivo era hacer prisionero al emperador y sujetarlo a la ley de la República. Una y otra vez arrasó a las fuerzas imperiales enfrente de él.

Pero el fin de la Guerra Civil dejó entonces a los Estados Unidos libres para defender la Doctrina Monroe: Napoleón III fue advertido por el gobierno norteamericano de que su intervención armada en los asuntos del continente no sería tolerada por más tiempo y él retiró sus tropas, dejando a Maximiliano solo en México.

El mundo entero sabe lo que ocurrió después: el viaje de la emperatriz Carlota a Europa para pedir ayuda para su esposo,

cómo Napoleón le volvió la espalda, cómo fue ella al Vaticano y perdió la razón mientras suplicaba al papa y cómo fue recluida en un castillo de Bélgica, en donde vive todavía ignorante de la muerte de Maximiliano.

Díaz tomó Puebla después de terrible matanza y, mientras ponía sitio a la ciudad de México, Maximiliano fue capturado en Querétaro por el general Escobedo, condenado en consejo de guerra por su bárbaro decreto que ordenaba que los soldados mexicanos fueran exterminados como bandidos, y con sus dos generales, Miramón y Mejía, fue fusilado.

La capital se rindió y Juárez, el presidente indio, volvió para encontrar la bandera de la República ondeando sobre un mar de bayonetas de los soldados de Díaz. Éste pronto se retiró de la escena para convertirse en granjero.

Más tarde, volvió como soldado a tomar las armas contra Juárez, porque éste había fallado en llevar a cabo sus promesas de reforma. Juárez murió y fue sustituido por Lerdo, quien intentó sofocar la revolución de Díaz mediante la formación de un gran ejército. Díaz se retiró a los Estados Unidos, navegó disfrazado hacia el sur de México desde Nueva Orleáns y, habiendo sido reconocido en Tampico, saltó al mar, fue perseguido y capturado en el agua, y logró escapar de nueva cuenta.

A continuación, la historia de lo ocurrido tal como fue escrita por uno de los viejos oficiales de Díaz:

> Surto en Tampico, el vapor *City of Havana* llevaba a bordo tropas del gobierno que iban a Veracruz y entre las que se encontraban varios oficiales que reconocerían a Díaz al momento, ya que eran los mismos hombres a quienes el general había derrotado y hecho prisioneros durante la campaña de Matamoros. Era inútil que el pasajero misterioso tratara de evitar las miradas inquisitivas de sus compañeros de viaje y que se abstuviera de aparecer a la mesa.
>
> Desde el primer momento comprendió que había sido descubierto y que era

vigilado estrechamente, y, como un inesperado mal tiempo estaba retardando la partida del buque a alta mar, sospechó que podrían capturarlo y fusilarlo. Antes que correr este peligro, decidió escaparse y confiar su vida a los tiburones y otros peligros del mar. Para hacer la situación aún más difícil, el vapor había anclado a gran distancia de la entrada del puerto. De cualquier manera, la resolución estaba tomada: se despojó de sus ropas y, sin más arma que una daga para defenderse de los tiburones, saltó al mar por un costado del navío. No se proveyó ni siquiera de un salvavidas, para no llamar la atención y evitar que alguien le disparara una vez en el agua.

Como efectivamente sucedió, pues fue visto inmediatamente porque era vigilado muy de cerca, y el grito de "¡hombre al agua!" le avisó que había sido descubierto y que sería perseguido. Muy pronto oyó el ruido de uno de los botes del barco al ser bajado.

Comenzó entonces una cacería humana terrible, una carrera observada por cientos de espectadores, en la que los destinos de la nación temblaban en la balanza. La impresionante persecución fue vista por los pasajeros del *Havana* y los tripulantes de otros dos barcos, uno norteamericano y otro de Campeche, anclados ambos cerca del lugar.

Le ofrecieron ayuda del de Campeche mientras nadaba cerca, pero no podía aceptarla. Con toda la fuerza de sus poderosos pulmones y con toda la habilidad y entrenamiento de un nadador experto, avanzaba en el agua rápidamente, pero en un esfuerzo por hacer que sus perseguidores lo perdieran de vista, en lugar de dirigirse a tierra, cambió de dirección y equivocadamente se dirigió a mar abierto.

A la larga, aunque el general Díaz nadaba rápidamente, sus fuerzas empezaron a abandonarlo, y, después de nadar describiendo círculos en un vano empeño de encontrar la verdadera dirección, se vio forzado a abandonar su intento y fue subido al bote. Ahí quedó, en el fondo, exhausto por el esfuerzo sobrehumano y la gran cantidad de agua salada que tragó por causa del mal tiempo, pero no inconsciente como algunos han dicho. Cuando llegaron al lado del barco, el agente postal Gutiérrez Zamora le arrojó una camisa para que se cubriera porque estaba desnudo.

Apenas conducido a bordo, el teniente coronel Arroyo, comandante de las fuerzas de Lerdo, trató de hacerse cargo del prisionero y hacerlo juzgar por una corte marcial, obteniendo así su ascenso al grado de general como recompensa de su celo y diligencia. Pero el intrépido nadador protestó contra este proceder y, sacando su pistola de debajo del colchón de su camarote, donde estaba escondida, recordó al capitán del barco su ofrecimiento de protección bajo la bandera americana, a cuya sombra navegaban el *Havana* y su tripulación.

El teniente coronel Arroyo quería ejecutar al general Díaz sin más ceremonia, porque así aseguraba su ascenso de grado, mientras que, si solamente lo tomaba prisionero, el gobierno no consideraría esto como un servicio especial y no sería ascendido, como había ocurrido en el caso de Terán, que había sido hecho prisionero pero no ejecutado en el mismo lugar.

El capitán del barco escuchó la petición de Díaz y ofreció su ayuda de buen

grado, y más aún cuando entre él y el prisionero se intercambiaron algunas señas masónicas y porque el marino norteamericano había quedado gratamente impresionado por el atrevimiento y el valor de un hombre que había arriesgado su vida de una manera tan audaz.

Se resolvió que sería dejado bajo guardia, pero considerándose que estaba en suelo norteamericano, y el capitán aclaró debidamente que él no lo entregaría hasta que llegaran a Veracruz. Trató, sin embargo, de desarmarlo, a pesar de que el general Díaz declaró que él sólo usaría su pistola en defensa propia, pero que tendrían que matarlo antes de permitir que alguno le quitara su única arma.

El capitán ordenó que una guardia integrada por un oficial y cinco soldados que había sido puesta a la puerta del camarote del general Díaz fuese retirada; pero Arroyo, que tenía fija la idea del ascenso, con el pretexto de vigilar el depósito de municiones quiso poner una guardia para continuar ejerciendo de este modo estrecha vigilancia sobre el hombre a quien él consideraba como su prisionero.

La noche siguiente fue intensamente oscura y el hecho de que una fuerte tormenta se desencadenara puso todas las circunstancias favorables para Díaz, que decidió emprender otra tentativa de escape a pesar de que el capitán le había ofrecido transbordarlo a un buque de guerra norteamericano anclado cerca de Tampico, oportunidad que no aprovechó porque hubiera retrasado sus planes.

Astutamente consiguió escurrirse dentro del camarote del sobrecargo, apellidado Coney, y le informó de sus planes. El oficial, que era un buen amigo, trató de disuadirlo de su determinación y eventualmente sugirió otra manera de salir de la dificultad. El general Díaz siguió su consejo: una boya salvavidas fue arrojada al mar, de modo que los soldados del gobierno pensaran que era él quien había saltado por la borda, mientras el prisionero se escondía en el camarote de Coney, no debajo de un sofá, como es la creencia general, sino en un pequeño armario.

Esta artimaña tuvo un éxito completo cuando poco después fue notada la desaparición del prisionero; sus captores corrieron inmediatamente a la borda y comenzaron a escudriñar el mar con la esperanza de hallarlo. Lo que vieron fue la boya salvavidas y, como estaba cubierta de grandes manchas brillantes de óxido rojo que parecía sangre, supusieron que el fugitivo, en su intento de alcanzar la costa, había sido pasto de los tiburones.

Sin embargo, y como precaución adicional, el general Alonso Flores había apostado tropas a lo largo de la playa, para capturar al prisionero en caso de que intentase llegar a la orilla.

Mientras tanto, el general Díaz sufría tormentos indescriptibles, apretado como se encontraba en el estrecho espacio del pequeño armario o alacena del camarote. No podía tenerse de pie, enderezarse, ni tampoco podía sentarse, y tenía, además, que mantener las piernas abiertas ampliamente, para que las pequeñas puertas del armario se pudieran cerrar. Para aumentar lo tirante de su situación, el sobrecargo Coney, como medida de prudencia con miras a desviar

> toda sospecha, invitó a su camarote a los oficiales lerdistas, en donde a menudo venían a pasar las horas charlando y jugando a las cartas. Uno de ellos, que se sentaba frente al armario, columpiaba su silla hacia atrás a cada momento, presionando así las hojas de la puerta contra el desdichado que estaba escondido dentro y que sufrió verdaderas agonías mientras todo esto duró.
>
> Pasaron así los siete interminables días, con una dieta a base de bizcochos y agua, hasta que el buque llegó a Veracruz, en donde los peligros y dificultades para escapar se multiplicaron. El primer obstáculo que tenía que vencer era escapar del barco sin caer en manos de los soldados lerdistas, que se mantenían a la expectativa.
>
> El coronel Juan Enríquez era entonces jefe del servicio de guardacostas de Veracruz y se las arregló para enviarle un viejo traje raído de marino y un par de botas gastadas, mandándole recado al mismo tiempo de que un bote de remos, conducido por un hombre a quien Díaz reconocería por ciertas señales, vendría a buscarlo.
>
> Cuando el barco comenzó a descargar unos fardos de algodón y las barcazas se aproximaron, apareció entre ellas un bote y el hombre que todos supusieron devorado por los tiburones en Tampico pudo finalmente escapar.

Ya una vez en el sur, su poder se acrecentó y con su ejército obtuvo victoria tras victoria. En noviembre de 1876, entró con doce mil soldados triunfante en la capital y unas semanas más tarde fue electo presidente.

Con la sola excepción de cuatro años (1880-1884), cuando el general González fue electo de acuerdo con la Constitución, posteriormente reformada, que entonces prohibía la reelección de un presidente, Díaz ha ocupado su alto cargo sin interrupciones y en él permanecerá al frente de la nación hasta que muera u opte por retirarse.

El soldado se convirtió en estadista. Mantuvo en paz a las turbulentas masas. Hizo de la revolución un imposible. Organizó un sistema de policía que acabó definitivamente con los bandidos. Construyó escuelas. Castigó la corrupción e hizo saber a todos que una concesión garantizada por México no sería nunca repudiada. Hizo organizar las finanzas nacionales y los impuestos fueron cobrados e invertidos

honrada e inteligentemente. Empezó las reducciones reduciendo su propio salario de 30 000 a 5 000 pesos. Hizo de México una nación. Una nación cuyas leyes y promesas significan algo.

Se había propuesto que entre México y Estados Unidos no debería existir ningún ferrocarril. La república debía estar a salvo de una futura invasión gracias a sus desiertos. Contra la más acre oposición y afrontando las más acerbas acusaciones que ponían en duda su lealtad a la república, Díaz dio la bienvenida a las grandes líneas de ferrocarril construidas con capital norteamericano y les aseguró generosos subsidios.

Ésta fue la política que Díaz estableció contra el grito de cobardía de "entre el fuerte y el débil, el desierto".

Los intereses Harriman están construyendo a la fecha dos inmensas líneas de ferrocarril a través del poniente de México, gastando 1 000 000 de dólares a la semana, líneas que se unirán, a través de otras ya existentes, a la troncal panamericana, que ha sido construida casi hasta la frontera con Guatemala.

Entre las empresas más notables que reciben gran impulso está la línea Kansas City, México y Oriente, que Arturo E. Still está construyendo. La vía tiene 1 600 millas de longitud y el costo total será de 30 000 000 de pesos. Ha sido tendida ya la mitad. La línea Kansas, México y Oriente cruzará las nuevas líneas Harriman en su ruta de salida al Pacífico.

Sé operan 19 000 millas de ferrocarriles en México, casi todas con conductores, gerentes e ingenieros norteamericanos. Y lo único que hay que hacer es viajar por el sistema Central Mexicano o disfrutar de los trenes de lujo del Ferrocarril

Nacional, para darse cuenta del alto nivel de transportes del país.

Tan decidido está el presidente Díaz a no dejar caer su país en manos de los monopolios, que el gobierno está tomando posesión y uniendo en una sola corporación nacional, poseedora de la mayoría de las acciones, el Central Mexicano y los ferrocarriles Nacional e Interoceánico, para que, con este poderoso sistema de transporte fuera del alcance del control privado, la industria, la agricultura, el comercio y el tráfico de pasajeros queden libres de toda presión.

Esta unión de 10 000 millas de líneas férreas en una sola compañía con 113 000 000 de pesos de capital, cuyas acciones están en su mayoría en poder del gobierno, es la respuesta del presidente Díaz y su brillante secretario de Economía a la predicción de que algún día México se vería inutilizado por las garras de un monopolio ferrocarrilero.

Los dirigentes norteamericanos del ferrocarril que representan a las líneas que serán fundidas y controladas por el gobierno me hablaron con gran entusiasmo del plan como de un paso en firme hacia adelante, deseable tanto para los expedidores de carga como para los pasajeros y los inversionistas privados en negocios ferrocarrileros.

Dos tercios de los ferrocarriles de México son propiedad de norteamericanos que han invertido provechosamente en ellos cerca de 300 000 000 de pesos.

Así las cosas, las tarifas de carga y de pasaje son fijadas por el gobierno y no se puede alterar ni hacer un horario sin la aprobación oficial. Puede sorprender a algunos norteamericanos saber que el pasaje de primera clase cuesta

en México solamente dos centavos y dos quintas partes por milla, mientras que en segunda clase, en la cual viaja cuando menos la mitad del total de viajeros del país, el costo es únicamente de un centavo y un quinto la milla: se dan estas cifras en oro para poder compararlas con el costo en los Estados Unidos.

Me han asegurado, en privado, los principales funcionarios e inversionistas norteamericanos que la gran red que forman los ferrocarriles de México los hace sentirse orgullosos de sus méritos, y su labor les da nuevas fuerzas para seguir adelante, sin ningún tipo de presiones, ya ejercidas directa o indirectamente.

El señor Stillwell, de Kansas City, no sólo está construyendo una línea de Kansas al Pacífico a través de México (para reunir el capital ha estado trayendo a México, por espacio de dos años, a mil cuatrocientos hombres de negocios), sino que ha establecido y controla en la república una vasta red de empresas dedicadas a bienes raíces. Tiene un capital de cerca de los 7 000 000 de dólares invertido en México.

"En mis frecuentes tratos con los oficiales mexicanos", me dijo, "nunca me ha pedido nadie un solo dólar para sobornar directa o indirectamente. Para establecer la terminal de mi línea en Norteamérica, he tenido que luchar contra los políticos y los sobornos constantemente. Aquí en México he sido tratado no sólo justamente, sino con gran generosidad. El presidente Díaz me ha dicho que, si alguna vez un funcionario mexicano me pidiera un solo dólar como soborno, le notificara el hecho y, sin importar el grado que este oficial tuviera, sería inmediatamente dado de baja."

Más de 1 200 000 000 de pesos de capital extranjero se han

invertido en México desde que el presidente Díaz sistematizó y estabilizó la nación. El capital para ferrocarriles, minas, fábricas y plantaciones ha estado redituando la suma de 200 000 000 de pesos al año. En seis meses el gobierno vendió más de 1 000 000 de acres de tierra.

A pesar de todo lo que se ha realizado, aún hay cabida para invertir billones de dólares en las minas e industrias diversas de la república. Norteamericanos y extranjeros de otros países, interesados en minas, bienes raíces, fábricas, ferrocarriles y otras empresas, han asegurado privadamente, no una vez sino varias, que bajo el régimen de Díaz las condiciones para la inversión en México son mejores y tan dignas de confianza como en los países más desarrollados de Europa. El presidente Díaz ha hecho declaraciones en el sentido de que estas condiciones prevalecerán después de su muerte o su retiro.

Desde que Díaz asumió el poder, los ingresos del gobierno han aumentado de aproximadamente 15000000 de pesos a más de 115000000 de pesos a pesar de que los impuestos han sido firmemente reducidos.

Cuando el precio de la plata bajó a la mitad, se notificó al presidente Díaz que su país jamás podría pagar la deuda nacional que se había duplicado con el cambio de valores. Fue apremiado a rehusar el pago de una parte de la deuda, pero él consideró el consejo tonto y poco honrado, y es un hecho que algunos de los funcionarios de más alto grado en el gobierno no recibieron sus correspondientes salarios hasta que México pudo hacer frente a sus obligaciones financieras y pagó dólar por dólar.

Las ciudades relucen con la luz eléctrica y se llenan de ruido

con los tranvías; el inglés se enseña en las escuelas públicas del amplio Distrito Federal; el tesoro público está lleno y, en la abundancia, la deuda nacional decrece; hay aproximadamente setenta mil extranjeros que viven contentos y prósperos en la república —más norteamericanos que españoles—; México tiene tres veces más población por milla cuadrada que el Canadá. Los negocios públicos se han desarrollado bajo la dirección de jóvenes como José I. Limantour, el inteligente secretario de Hacienda, uno de los más distinguidos financieros; el vicepresidente Corral, quien es también secretario del Interior; Ignacio Mariscal, ministro de Asuntos Extranjeros, y Enrique Creel, brillante embajador en Washington.

Y es ésta una tierra de belleza incomparable. Su valle y montañas, sus grandes plantaciones, su indescriptible y variada vegetación, sus bellas y abundantes flores, sus frutos, sus cielos, su maravilloso clima, vetustos pueblos, catedrales, iglesias y conventos, no hay nada con qué compararlo en el mundo, dada su variedad y belleza. Pero es el indio gentil, veraz y agradecido, con su increíble sombrero y su sarape multicolor, el que acaba ganándose el corazón. Después de viajar por todo el mundo, el norteamericano que visita México por primera vez se pregunta cómo pudo ser posible que nunca antes entendiera qué maravilloso país de romance dejaba junto a su propia puerta.

Es el momento de crecimiento, fuerza y paz el que convence a Porfirio Díaz de que su labor en el continente americano está casi terminada.

No se ve un solo sacerdote con ropas talares en todo este país eminentemente católico. No se ven procesiones religiosas. La

iglesia ha enmudecido salvo en sus recintos y es ésta la tierra en donde he visto la más profunda emoción religiosa, los espectáculos religiosos más solemnes, desde los humildes peones, cubiertos con sus mantas, arrodillados por horas en la catedral, junto a hombres que llevan artículos para sus hogares, mujeres que amamantaban a sus hijos, hasta aquel indescriptible conjunto de indios que van de rodillas a la Basílica de la Virgen de Guadalupe.

Interrogué al presidente Díaz acerca de esto mientras paseábamos por la terraza del Castillo de Chapultepec. Inclinó su blanca cabeza y, levantándola nuevamente, fijó directamente sus oscuros ojos en los míos.

"No admitimos que los sacerdotes voten ni les permitimos desempeñar puestos oficiales. Tampoco permitimos que lleven vestimentas que los distingan como tales en público, ni permitimos procesiones en las calles", dijo. "Cuando hicimos esas leyes no estábamos luchando contra la religión, sino contra la idolatría. Pretendemos que el más humilde de los mexicanos quede libre del pasado, de manera que pueda comparecer sin miedo frente a cualquier ser humano. No soy hostil a la religión, sino todo lo contrario; a pesar de las experiencias pasadas, creo firmemente que no puede haber verdadero progreso nacional en ningún país, en ninguna época, sin una verdadera religión."

Así es Porfirio Díaz, el hombre más destacado del hemisferio americano. Todo lo que ha hecho, casi solo, en estos pocos años para un pueblo degradado y desorganizado por la guerra, sin ley y con políticos de ópera cómica, es la gran inspiración del panamericanismo, la esperanza de las

repúblicas hispanoamericanas.

Dondequiera que se le vea, en el Castillo de Chapultepec, en su despacho del Palacio Nacional o en la exquisita sala de su sencilla casa en la ciudad, con su joven y bella esposa, rodeado de sus hijos y nietos por parte de su primera esposa, o rodeado de tropas, con el pecho cubierto de las condecoraciones que le han conferido las grandes naciones, él es siempre el mismo: sencillo, conciso y lleno de la dignidad de su fuerza consciente.

A pesar del férreo gobierno que le ha dado a México, a pesar de su prolongada permanencia en el poder que ha hecho decir a la gente que ha convertido una república en una autocracia, es imposible mirarlo a la cara cuando habla de los principios de la soberanía popular sin creer que aún hoy tomaría las armas y derramaría su sangre en defensa de ella.

Hace solamente unas semanas que el secretario de Estado, señor Root, resumió la actitud del presidente, al decir:

> Me ha parecido a mí que, de todos los hombres que hoy viven, el que más vale la pena ver es el general Porfirio Díaz, de México. Porque, aun considerando los rasgos aventureros, atrevidos e hidalgos de su carrera, cuando se considera el vasto programa de gobierno que su valor y sabiduría, aunados a su carácter imperioso, ha cumplido, cuando se considera su atrayente personalidad única, no hay ser viviente hoy día a quien quisiera ver yo con más interés que al presidente Díaz. Si fuera poeta, escribiría su elogio. Si músico, marchas triunfales. Si mexicano, sentiría que una devota fidelidad de toda la vida no pagaría todo lo que él ha hecho por el que sería mi país. Pero como no soy ni poeta, ni músico ni mexicano, sino solamente un norteamericano que ama la justicia y la libertad y que espera ver su reino entre la humanidad progresar y fortalecerse, veo a Porfirio Díaz, presidente de México, como uno de los grandes hombres que debe ser considerado modelo de heroísmo por el género humano.

Notas

1 Para este episodio, Creelman se atiene a las *Memorias*.

CONTENIDO

Índice